

NOAJ

Revista Literaria

***La demonización de Israel:
un desafío intelectual***



**Nº 14-15
Jerusalem
Noviembre 2003**

Asociación Internacional de Escritores Judíos en Lengua Hispana y Portuguesa



Revista Literaria

N° 14-15 - Noviembre 2003

Director: **Leonardo Senkman**

Sub-Directora: **Florinda F. Goldberg**

**Fundada en Jerusalem en 1987 por la
Asociación Internacional de Escritores Judíos
en Lengua Hispana y Portuguesa**

Consejo Internacional de Redacción:

Argentina: **Eliahu Toker, Mario Goloboff**

Brasil: **Moacyr Scliar**

EE.UU.: **Saúl Sosnowski**

España: **Mario Satz**

Francia: **Luisa Futoransky**

México: **Esther Seligson, Angelina Muñoz-Huberman**

Uruguay: **Teresa Porzecanski**

Venezuela: **Isaac Chocrón**

Suscripción anual:

Israel, NIS 45

América Latina, EE.UU., Canadá, Europa: \$ 25

Instituciones y Bibliotecas: \$ 35

Suscripciones y correspondencia a

NOAJ, P.O.B. 4658, (91042) Jerusalem, Israel

senkman@mscc.huji.ac.il; msflori@mscc.huji.ac.il

Promoción y suscripciones en Argentina:

Dalila Senkman

Austria 1998, apto. 50, Buenos Aires. Tel. 4825-6247

Copyright © by NOAJ

ISSN 0792-0318

NOAJ agradece la ayuda de



מסרכז הישראלי לקהילות דוברות
ספרדית ופורטוגזית אשקלון - ע"ר
Centro Israeli para las
Comunidades Iberoamericanas

en la publicación de este número especial

Las opiniones expresadas en los textos son de
responsabilidad de sus autores.

Composición gráfica e impresión:

EDITORIAL DORGRAF. Allenby 100 - Tel Aviv

La demonización de Israel: el debate intelectual

1

El escándalo más escandaloso ocurre cuando nos acostumbramos a él, afirmaba Simone de Beauvoir, denunciando el silencio de los intelectuales franceses durante la guerra de Argelia. Beauvoir y Jean Paul Sartre volvieron a romper el acostumbramiento tras la Guerra de los Seis Días, al publicar un número especial de *Les temps modernes* para demistificar el escándalo con que se condenaba a Israel desde el campo de la izquierda.

Desde entonces, décadas de sangre derramada no impidieron que los intelectuales de izquierda y derecha continúen la acostumbrada condena unilateral contra Israel, tanto en los ya nostálgicos años de los procesos de paz Oslo I y II, como especialmente a partir de su violento colapso provocado por la Intifada al-Aqsa.

Tampoco los intelectuales iberoamericanos fueron la excepción en esta condena maniquea. De todos los conflictos nacionales y étnicos del Tercer Mundo, ninguno como el enfrentamiento israelo-palestino genera en el campo intelectual de Ibero-América una toma de posición que se desentiende escandalosamente de la violencia terrorista que sufre una de las partes — la sociedad civil israelí. Cuando la política y las conversaciones de paz han sido secuestradas por el terror, parecería que a importantes escritores, poetas y ensayistas que crean en español y portugués sólo les preocupase justificar ideológicamente a las víctimas palestinas por sufrir la ocupación y ser la parte “débil”. Pero también ensayan otra coartada: algunos intelectuales separan su conmiseración por las víctimas judías del antisemitismo tradicional, de la comprensión política que les merece la judeofobia cuando es utilizada por el Islam en

su combate contra Israel. El resultado es que Israel dejó de ser un tema de reflexión intelectual desapasionada, convertido casi en un paria entre las naciones y obligado a una comparecencia con sentencia ya dictada.

En este número especial, NOAJ se propone ofrecer a los lectores del mundo cultural ibero-latinoamericano un espacio para un desafío intelectual hasta ahora no intentado: el ineludible debate sobre la demonización de Israel y sobre la violencia —material y de palabra— que desalojó a las negociaciones de paz entre israelíes y palestinos. Sus colaboradores, residentes en varios países y con ideas y estéticas muy heterogéneas, no escriben como polemistas políticos para defender al gobierno de Israel, ni como expertos en el conflicto del Medio Oriente, sino desde la especificidad de su quehacer intelectual y escritural.

La primera sección se integra con la *palabra polémica* de intelectuales muy reconocidos, a quienes responden dialécticamente algunos escritores latinoamericanos invitados por NOAJ. No casualmente, la segunda sección, “*La palabra recuperada*”, incorpora al debate precedente polisémicas voces que desde la literatura expresan el dolor, el miedo, la solidaridad y el luto de judíos de Israel y la diáspora. La revista se cierra con una sección en que escritores y ensayistas iberoamericanos analizan el discurso de/sobre la violencia.

En suma, propusimos promover un desagravio imposterizable urgidos por nuestro compromiso intelectual, con la esperanza de que la ética del pensamiento iberoamericano rompa el vicioso círculo del más escandaloso de los escándalos.

Leonardo Senkman - Florinda F. Goldberg

La tarea de los intelectuales

Sin visión el pueblo perecerá

Proverbios 29:18

En estos momentos en que se buscan nuevos caminos hacia la paz en Medio Oriente, los intelectuales deben asumir tareas y contraer obligaciones que son específicas al lugar que ocupan en la sociedad y la cultura: esclarecer la complejidad del acontecer histórico y al mismo tiempo ser visionarios y ensanchar los horizontes más allá de las limitaciones del momento actual.

Los intelectuales, los hombres y mujeres de letras, los artistas, tienen, con sus medios de expresión y sus mensajes, una influencia enorme sobre la sociedad, particularmente hoy cuando la informática ha suprimido todo límite a la comunicación.

Nosotros vivimos un momento dramático en que el odio y la muerte, la vida y la esperanza se entremezclan. El desafío planteado al intelectual no es sencillo: superar la confusión, hacer saber que vivimos un momento de *transición* y que las salidas esperanzadas son posibles. Para ello es necesario llegar al público con un pensamiento independiente

y los resultados de un razonamiento fecundo y una constructiva visión del futuro.

Creo que llegó el momento de que el mundo ibérico participe de manera esclarecida de la impostergable tarea de bregar por una paz justa. Al enterarme del proyecto de Leonardo Senkman, Florinda Goldberg y su equipo internacional de *Noaj*, de inmediato percibí que el mismo respondía a esa necesidad. A mi modesto entender, este número de *Noaj* aporta un especial mensaje: la necesidad de una nueva forma de enfrentar realidades y entender el momento que atraviesan Israel y toda la región, sin tapujos, sin falsas ilusiones y al mismo tiempo de cara al porvenir.

Creo firmemente que la nave de *Noaj* llegará a buen puerto y marcará la ruta para un futuro mejor.

Arie Fainstein
Presidente de CICLA



Su piel de todos los colores

Elías Scherbacovsky

El 30 de abril de 2003 se inmoló un terrorista islámico en el bar musical Mike's Place, situado en el paseo marítimo de Tel Aviv, causando la muerte de tres civiles e hiriendo a cuarenta y ocho jóvenes. Entre estos últimos, varios sufrieron quemaduras graves debido a la explosión. Fue la primera vez que un extranjero, en este caso un turista procedente del Reino Unido, perpetró un ataque suicida en Israel.

El autor del relato es padre de uno de los quemados, que milagrosamente sobrevivió.

Ocurrió a la una y cuarto de la madrugada frente al Mediterráneo. Sentado ante mi ordenador, yo escribía las primeras líneas de la noticia que se convertiría en una pesadilla familiar. Cuando el periodista que habita en mí desde hace décadas informaba de "más de 30 heridos" a raíz de la inmolación de un suicida presuntamente palestino en el bar Mike's Place de Tel Aviv, no sabía que

entre ellos estaba mi hijo Ariel. Mi hijo se gana la vida tocando el bajo.

En otro contexto menos desgraciado (porque es sabido que el terrorismo es la antítesis de toda gracia, el maniqueísmo en su máxima expresión, así lleve el sumiso sello del Islam y el de su glorioso profeta de moda, un guerrero de dios, idealizado cual hombre de paz), hubiese podido describir lo ocurrido contra los "infieles" del Mike's Place como una... "comedia de enredos".

Es que ¿quién le arrebató la vida a aquella camarera francesa, Dominique, de 29 años, llena de fantasía y salero, y a dos de los músicos que como Ariel participaban en las sesiones de jazz de los martes, Ran Bar-On de 23 años y Ianai Weis, de 46? Ran murió en plena vida con el talento abierto de par en par. El "viejo" Weis se fue en un segundo, trepado a la música que hacían juntos frente al mar. Sin un instante siquiera para pensar que se moría. La explosión no le dio tiempo.

Argentino; reside en Israel desde 1967. Es periodista para agencias internacionales y narrador. Su última novela *La Mona Lisa de Jerusalén* fue publicada recientemente en Buenos Aires.

4 Ahora es el padre que le cortaron de cuajo a sus dos hijos y el hombre que no volverá a su mujer. ¿Quién habrá sido el que se inmoló?, me pregunté delante del ordenador, sin saber que minutos después, oprimidos por el silencio, bajaríamos de Jerusalem hasta el hospital Sheba en Tel Hashomer. Mi otro yo hubiese apostado que era un suicida palestino. Un periodista, en cambio, debe ser lo más preciso posible. La precisión es a menudo una dimensión de la justicia, no sólo de la objetividad. No tardamos demasiado en saberlo. Fue un joven inglés educado en Londres, tal vez cerca del viejo, noble e indiferente Támesis. Casi una comedia de no ser tanta la alevosía de ese joven inglés.

En el campo de refugiados de Deheishe, al lado de Belén, entrevisté a los padres de una universitaria que se inmoló a la entrada del supermercado de Kiriath Yovel. Y en la ciudad de Gaza al padre de otro universitario palestino que activó sus explosivos cuando tres soldados acudieron a su llamado para desenganchar al coche aparentemente atrapado en un arenal.

Los padres coincidieron en el orgullo por el martirio de sus hijos y en que lo hicieron llevados por la desesperación, protestando por su vida sin salida bajo la represión militar israelí.

¿Pero quién era ese desconocido que, entre los heridos graves y lesionados que ganó antes de subir o bajar al paraíso ni bien estalló en pedazos, le quemó a Ariel el 65 por ciento de los dos metros y medio de piel que a él, como a todos, nos protege de los virus, del mal de ojo y del mundo? No fue un palestino. Era, en efecto, efectivamente, un joven inglés educado en Londres.

Digo que tal vez fuese un aprendiz de hechicero que necesitaba poner una pica en Flandes, o de verdad irse al paraíso. La puso en Tel Aviv, quizá para expresar su solidaridad con los palestinos antes de llegar a los jardines del edén. Aun así, no puedo dejar de sonreír imaginando a su madre advirtiéndole al pie de la maleta, seguramente hasta el hartazgo, hasta el mismo momento de abordar el avión, que se cuidara. Que no comiera porquerías en los bares de pescado y papas fritas, esa pizza de los ingleses, y que no fuese atolondrado, que guardara el dinero por si alguien quisiera robarle, que mirara bien antes de cruzar la calle pues los automovilistas corren como locos en todas partes y no respetan las señales de tránsito. Todos somos inmigrantes con miedos de pobres en esta historia. Los suyos, de Pakistán.

Ese joven inglés, Mohamed Hanif, 22 años, que encantó con sus buenos modales y una voz sedosa sin asperezas (no como la de los groseros e irritables israelíes) al personal del albergue de la calle Hayarkón 48, era un idealista del Islam. Y quizá más que eso un integrista en el colmo de un sentimiento de superioridad. De esos idealistas que no discuten sus ideas ni su fe. Un digno fascista. Como todos los suicidas que se inmolan por un ideal, lo habrá hecho seguro de sí mismo y de su doctrina. Se martirizó con la frente bien alta para castigar a los infieles judíos.

Mohamed, pobrecito digo yo que veo a su padre allá en Londres, no sé si orgulloso, no sé si desesperado por algo, Mohamed, un año menor que mi hijo, había viajado a estudiar árabe a Siria para leer el Corán en su

versión original antes de inmolarse frente al Mediterráneo, en Tel Aviv. Como quienes aprenden inglés en Londres para leer en su lengua al príncipe Hamlet, el melancólico rey de la duda, el creador del *to be or not to be*.

No oí a José Saramago tras la explosión en el Mike's Place. ¿Es justo pedirle una opinión a este hombre progresista, integrista de la izquierda, a quien la fama parece haberle otorgado el derecho de opinar acerca de lo que no sabe? ¿O estoy incurriendo en demagogia? Tampoco oí opinar sobre el martirio de Mohamed Hanif, y menos acerca de sus víctimas, a los juveniles y exultantes activistas del Movimiento Internacional de Solidaridad. El paroxismo para ellos consiste en echarse una foto manifestando sus protestas delante de un tanque israelí. Los solidarios se apresuraron a negar cualquier vínculo. "Nada que ver" tenían con ese desconocido joven inglés. Entre ellos supieron confundirse en Gaza Mohamed Hanif y su amigo Omar Jan Sharif, otro joven inglés que también iba a inmolarse al Mike's Place y que, al parecer, se echó atrás, al Mediterráneo. Dos semanas después su cadáver hinchado por las aguas apareció en la playa. ¿Se ahogó o

lo ahogaron? Omar y Mohamed llegaron a Tel Aviv confundidos entre periodistas extranjeros, al parecer con los explosivos sintéticos dentro de un ejemplar del Corán, si es que el ministro de Defensa Shaul Mofaz está en lo cierto, y con el mecanismo que, se cree, le habrían proporcionado integristas palestinos en Gaza.

Cada vez que veo a mi hijo —no a él sino a su piel de todos los colores menos el color sosegado de la piel que todos llevamos—, veo que era lo único que tenía para protegerse. Mohamed Hanif lo convirtió sin saber nada de él, sin cruzar siquiera una palabra con él, en una momia quemada que respiraba agitadamente por medio de un infernal pulmomotor. Probablemente habría hecho buenas migas con Ariel si se hubiesen conocido, si le gustara la música, o aunque fuera sólo para reírse de las costumbres de sus viejos, todos inmigrantes, todos con esos oscuros miedos de pobres.

Tras dos semanas y media trepado al filo de la navaja, en la cuerda floja, Ariel volvió a la vida y a su guitarra. Lo que no sabemos todavía es si Mohamed llegó al paraíso y alcanzó la paz que no tenemos. La que quizá nunca tendremos aquí.

"Yo soy un extranjero de la filosofía occidental"

Jacques Derrida

El 25 de mayo de 2003, Jacques Derrida recibió el título de Doctor Honoris Causa de la Universidad Hebrea de Jerusalem. "La Universidad Hebrea distingue a Jacques Derrida por su ininterrumpido esfuerzo de interpretación renovada del pensamiento occidental. En sus numerosas obras, Derrida ha logrado articular su elevada cualidad de lingüista con la razón filosófica que abre nuevas perspectivas al saber", afirmó el Prof. Menajem Meguidor, presidente de la Universidad.

Sin embargo, para el famoso creador de la teoría de la deconstrucción, el significado de su presencia en la Jerusalem violentada por la Intifada surge de su profunda voluntad de desagaviar a Israel:

"Me siento muy honrado de haber sido elegido para recibir este honor de la Universidad Hebrea, y me alegra venir a Jerusalem a recibir de mis colegas el Honoris Causa y, en especial, poder salir tenazmente al cruce del boicot que ciertas universidades europeas y miembros de la comunidad científica internacional lanzaron el año pasado contra Israel por su política en los territorios ocupados". "Venir aquí en este momento —declaró Derrida en la entrevista realizada por Dalia Karpel y publicada en Ha'aretz (5.6.2003)— expresa, entre otras cosas, mi profundo rechazo a ese boicot. Pienso que se trata de un grave error, no sólo porque cercenará fuentes de financiación para la investigación en

universidades israelíes e interrumpirá la cooperación de instituciones europeas con Israel. Es un grave error, además, porque conozco personalmente a muchos colegas israelíes que luchan en aras de la paz y a favor de una nueva línea política, tanto del gobierno israelí como de la Autoridad Palestina. Pensé que este es, precisamente, el momento de venir a Jerusalem y expresar mi solidaridad con el Estado de Israel, y mi esperanza por la continuidad de su existencia y seguridad. Por supuesto, no oculto mi oposición a la actual política del gobierno israelí".

Derrida es conocido por su sensibilidad hacia la causa de los derechos humanos en el mundo, actitud que lo condujo en su momento a condenar el apartheid sudafricano y salir en favor de los intelectuales de Checoslovaquia durante el régimen comunista.

En Jerusalem, Derrida ofreció una disertación magistral ante el público que colmó el auditorio universitario para oír su interpretación de un enigmático poema de Paul Celan, "Grosse, glühende Wölbung" ('Vasta bóveda resplandeciente'). Luego de ese acto académico —en el que habló durante dos horas, como en uno de sus legendarios seminarios parisinos—, tuvo lugar esta conversación con Dalia Karpel (de la que reproducimos varios fragmentos), a pesar de su desconfianza a los reportajes, porque Derrida prefiere

que sus lectores conozcan su pensamiento directamente de sus textos y seminarios, "escritos personalmente, palabra por palabra".

DK: Hay quienes sostienen que su actual visita a Israel no expresa, precisamente, una posición crítica respecto a la ocupación israelí en los territorios.

JD: Esta es mi cuarta visita a Israel. En otras ocasiones fui invitado por las universidades de Jerusalem y Tel Aviv a participar de congresos académicos, y durante la última, en enero de 1998, exigí que mis colegas palestinos tomaran parte en el congreso, porque sostengo la necesidad de la cooperación de los intelectuales de ambos lados del conflicto. En mi segunda visita condicioné mi viaje a que se posibilitase mi traslado a Ramala y a la Universidad Bir Zeit. En esos días, Ramala estaba bajo estado de sitio, pero me encontré en privado con varios profesores palestinos con quienes mantuve una larga conversación, y escuché sus dificultades y el sufrimiento creado por la situación. Más de una vez expresé durante esas visitas mi protesta contra la ocupación israelí en los territorios, pero afirmé que esa posición surgía del respeto que siento por Israel. Jamás hablé contra Israel. A mí me interesa preservar la imagen del Estado de Israel y velar por su dignidad.

DK: Tal vez haya venido a Jerusalem como un judío conmovido...

JD: Tengo la esperanza de ser un judío justo. Nací en el seno de una familia judía argelina de origen sefardí. El origen del apellido Derrida seguramente es sefardí. Mi familia vivía en Argelia mucho antes de la colonización francesa, y probablemente mis antepasados llegaron

desde España o Portugal a mediados del siglo XVI, luego de que en 1518 los judíos empezaron a establecerse allí, y residieron en un barrio en la ciudad de Alger. Mis bisabuelos recibieron la ciudadanía francesa en 1870, que la familia perdió bajo el régimen de Vichy en 1940.

DK: En ese año Ud. también perdió la nacionalidad francesa...

JD: Sí, la perdí por varios años, y fui alejado de la escuela por mi origen judío. En 1941 todos los niños, maestros y profesores judíos fueron expulsados de la escuela, y se fundaron colegios judíos, en uno de los cuales me educué. Pero en aquellos años no me sentía cómodo dentro de la comunidad judía, muy cerrada en sí misma. Tenía apenas 11 años, y ya entonces se desarrolló en mí una reacción ambigua: por un lado, una reacción contra el antisemitismo y el racismo, frente a los cuales hasta hoy día soy muy sensible; pero, al mismo tiempo, experimenté un rechazo por esa tendencia judía de replegarse sobre sí mismos. Hoy también me siento mal frente al antisemitismo, pero al mismo tiempo no me siento en lo mejor de mí cuando estoy metido en el interior de la comunidad judía. Aquí reside la ambivalencia de mi judaísmo, a la que puede haber contribuido el hecho de que recibí una educación judía muy superficial. Mi familia era tradicionalista, pero practicaba las ceremonias religiosas de un modo superficial.

DK: ¿Es cierto que su nombre original es Iaacov Eliahu Haim Derrida?

JD: Haim era el nombre de mi padre. Mi nombre es Iaacov, Jacques, Jacqui. Mi segundo nombre, Eliahu,

8 nunca fue registrado en los documentos, pero sé que éste era mi nombre judío. En realidad, me confronté con este hecho relativamente tarde en mi vida, y en mis últimos escritos asumo que mi verdadero nombre judío es Eliahu. Me ocupó bastante en mis escritos del profeta Elías y la ceremonia de la circuncisión, rito de tránsito mediante el cual el judío siente pertenecer a su comunidad. Circuncisión que es el pacto del cuerpo a través de la herida abierta en su carne.

DK: ¿Sus padres alcanzaron a ver sus éxitos intelectuales?

JD: Mi padre murió en 1971, cuando yo ya había publicado varios libros; mi madre en 1991, y aunque supo de mis logros, ella nunca leyó mis obras. Ninguno de los dos tenía cultura filosófica. Mi familia se sorprendió de mi fama, porque entre ellos no había intelectuales. Mi padre trabajaba en Argel como repartidor en una empresa de bebidas alcohólicas, y muchas veces yo lo acompañaba en la camioneta para repartir las bebidas en bares, hoteles, despensas. Se pasó toda la vida trabajando duro para mantener a la familia. En esa época yo no pensaba en la cuestión judía. Ante mis ojos había ricos y pobres, trabajadores y patrones. Cuando el antisemitismo estatal empezó a cundir en Argelia, en 1940-1942, mi padre no terminaba de agradecer a su patrón porque lo protegió y no fue despedido como ocurrió con otros judíos. Me sentí humillado al ver sus esfuerzos por honrar a su patrón y su reverencia por esas personas para quienes trabajó cuarenta años, sólo porque tuvieron la "generosidad" de conservarle el puesto. Siempre vi a mi padre como la imagen de la

víctima: víctima de la familia que no reconoció nunca su valor, y de la sociedad que lo explotó cuanto pudo...

DK: ¿Ud. cree que existen perspectivas de paz en Medio Oriente?

JD: No soy optimista respecto a reconciliaciones espontáneas. Soy más optimista si interviene una tercera parte, otro país o una mediación internacional con la colaboración de los EE.UU. y la comunidad europea. Tengo mucha fe en Europa, y según mi parecer, es menester imponer a ambos contendientes del conflicto una solución que conduzca lentamente hacia una renovada reconciliación, a la partición territorial y a compartir la soberanía sobre Jerusalem. Tengo la esperanza de que el plan denominado "Mapa de rutas" puede conducir a una solución. Confío en que la violencia cese, tanto de parte de los suicidas que se explotan contra los israelíes, como también la que surge de la presión y fuerza que Israel ejerce en los territorios. Una solución ética conducirá al Estado Palestino que desarrollará buenas relaciones con el Estado de Israel. Es posible que yo sea demasiado optimista, y tal vez raye en lo utópico, pero creo que ambos estados existirán uno al lado del otro, y mantendrán buenas relaciones entre sí. En el pasado soñaba con una especie de confederación. Renuncié a ese sueño, y hoy la visión de dos estados separados compartiendo la soberanía sobre Jerusalem me parece factible.

DK: ¿Cuál es su posición respecto al movimiento israelí de objetores de conciencia, cuyo rechazo a prestar servicio militar en los territorios se está expandiendo?

JD: Soy consciente del hecho que existen diversos tipos de rechazo. Respecto de aquellos soldados que se niegan a prestar servicio militar en determinadas zonas en los territorios y se obstinan en no tomar parte de la responsabilidad de ciertos operativos de Tzáhal, me alinee completamente junto a ellos y merecen mi simpatía y completo apoyo. Ellos son valientes. Yo comprendo que Israel deba emprender acciones para la seguridad de sus ciudadanos y que necesite luchar contra el terror, pero a veces es difícil delinear el límite, que entonces se borrona. Hay que trazar con claridad los límites entre la lucha antiterrorista y la represión policial contra la población civil, entre la dominación ciega sobre los territorios y la preservación de la seguridad del Estado de Israel. Soy consciente del hecho de que en determinadas situaciones resulta difícil demarcarlos con precisión, pero comprendo a los soldados israelíes que no estén de acuerdo en atravesarlos. En este tema yo estoy junto a los objetores de conciencia israelíes.

DK: ¿Qué piensa Ud. del hecho de que la izquierda israelí se evaporó durante la Intifada El Aksa?

R.: La muerte de la izquierda israelí me ha dado mucha tristeza. Sin dudas, ello es una gran pérdida, que proviene de la irrupción de los suicidas terroristas surgidos de determinadas facciones palestinas. Yo anhelo y confío en la resurrección de la izquierda israelí.

DK: ¿Cómo se decidió por el estudio de la filosofía?

JD: Desde finales del colegio secundario quise ser escritor y estudié especialmente poesía. Cuando quise inscribirme en el departamento de literatura de la École Normale Supérieure de Paris no pude hacerlo porque

desconocía el griego, que no estudié en el secundario. En cambio, en el departamento de filosofía el griego no era materia obligatoria para ingresar, y así me hice estudiante de filosofía... El griego lo aprendí solamente a los 22 años, de modo que me transformé en filósofo profesional casi por casualidad.

DK: ¿Renunció a la creación y a la escritura literaria?

JD: Probé hacer algo intermedio entre ambas disciplinas. Al menos, lo intenté. El enigma de qué es la escritura y cuál es el significado de escribir se transformó para mí en pregunta filosófica, y mediante esta pregunta amplí mi horizonte para hacer una nueva interpretación de la historia de la filosofía. Mediante mis preguntas a la escritura perfecciono mi teoría, que denomino deconstrucción, un abordaje para investigar la genealogía de los conceptos y de sus estratos conceptuales. La deconstrucción no es una vía negativa, no es destrucción, sino la travesía para pensar de nuevo, mediante la genealogía, en torno a la fragmentación, socavando los cimientos de las limitaciones históricas de los conceptos. No todo concepto es algo natural. Todo concepto es una estructura plausible de interpretación. Analicé varios textos de Platón, Descartes, Kant, Husserl, Heidegger, y escribí bastante sobre poetas franceses como Blanchot, Celan, Genet, Mallarmé, Artaud y otros. La deconstrucción no es un método ni tampoco una doctrina, sino una teoría, y a menudo digo que la deconstrucción es lo que acontece y sucede. El mundo es deconstrucción, y ello es reconocible en todo ámbito: la política, la economía, el derecho, la teología. Y si es

aceptada, es porque responde a cierta necesidad. En todo momento está sucediendo algo deconstructivo: un acontecimiento inesperado o la llegada imprevista de alguien. En la teoría de la hospitalidad, por ejemplo, la llegada de un huésped constituye un momento deconstructivo, momento que separa al otro, y dado que el mundo hoy es deconstruible, está en la naturaleza de su disciplina poder transformar la teoría para adecuarla a distintas esferas.

DK: ¿Cuál es su reacción ante las diversas interpretaciones de su teoría?

JD: La teoría no puede estar exenta de interpretaciones. Es una serie de textos y disertaciones y nosotros debemos interpretar a las interpretaciones. Algunas son interesantes, y más consistentes que otras, pero todas son interpretaciones. De mi parte, realizo interpretaciones conforme a mi abordaje de la deconstrucción, y propongo mi propia interpretación. Pero existen también otras. Hay músicos que hacen deconstrucción musical y también quienes la aplican a la arquitectura, según su interpretación profesional. La deconstrucción no constituye un sistema de afirmaciones ni una ortodoxia que exige reverencia. Es un movimiento, un acontecer, y existen interpretaciones todo tiempo que las personas son deconstructivistas. Soy consciente del hecho que en determinados lugares la deconstrucción despierta más interés que en otros. Fuera de Francia, fue bien recibida en Alemania y EE.UU. En Israel fue recibida lentamente, con mucha precaución. Ignoro la causa. Posiblemente se deba a que en Israel hubo rechazo al pensamiento alemán, debido al vínculo

de la filosofía alemana a Martin Heidegger. Tal vez otra causa resida en el predominio en Israel durante la última década de la filosofía analítica anglosajona, la cual es alérgica a la deconstrucción. Pero este estado de cosas está cambiando lentamente, han aparecido varias traducciones de mis obras al hebreo, y estimo que el honor de haber recibido el Doctorado Honoris Causa de la Universidad Hebrea muestra que algo cambió en el ámbito académico israelí.

DK: Su posición de filósofo mundianamente reconocido, ¿influye sobre su vida?

JD: Si hay algo importante en mi trabajo no surge porque yo sea filósofo, sino porque mi obra conforma un haz de cuestiones que interrogan a la filosofía. No soy un filósofo, sino alguien que le plantea preguntas a la filosofía desde una perspectiva exterior a ella, y, probablemente, ello esté ligado a mi judeidad argelina, al hecho de que no soy un europeo verdadero. Por cierto, estudié en Europa, pero mis fuentes se hallan en el judaísmo de Argelia y son extrañas a la cultura europea. Esto es en mí algo inconsciente. De modo que mis vínculos con la filosofía se caracterizan por algo exterior a ella. Yo soy *un extranjero*, un *outsider* de la filosofía occidental, y las preguntas que lanzo a la filosofía provienen del lugar de un extranjero. Tal vez por eso se relacionan conmigo como con un filósofo importante, porque se trata de un extraño que produce cambios en la filosofía a causa de su extranjería.

(Trad.: L. Senkman)

Derrida ante la Ley, la escritura y la diferencia

11

Natan Ofek

—No —dijo el sacerdote— no es preciso que sea cierto todo lo que se dice; sólo se le debe aceptar como necesario.

—Triste opinión —dijo K.—. Convierte la mentira en un principio universal.

Franz Kafka, *El Proceso*
Comprendre c'est avant tout unifier.
Albert Camus

En la entrevista adjunta, Jacques Derrida es presentado, y se presenta a sí mismo, de un modo que no puede sino despertar simpatía. El lector percibe su inteligencia, sus posiciones progresistas y la valentía de exponerlas. Su posición a favor de la paz israelo-palestina, la crítica a la política oficial israelí y, al mismo tiempo, el valor de criticar a la izquierda intelectual europea antiisraelí, merecen elogios, tal como los merecieron en el pasado sus posiciones en contra del *apartheid* en África del Sur y su lucha en favor de los derechos humanos.

Mi elogio personal se amplía aún más cuando me entero de que Derrida no quiso desistir de viajar a Jerusalem para recibir el Honoris Causa de la Universidad Hebrea, a pesar de que le diagnosticaron una grave enfermedad cuatro días antes de su partida a Israel. Y yo, que me identifico con sus posiciones políticas, y también comprendo la angustia de Derrida frente a la

enfermedad y la muerte, no desisto de escribir una nota crítica sobre el pensador francés. Mi crítica elude tratar en esta ocasión ciertas posiciones controversiales de Derrida, como el debate en torno a Heidegger. Con este propósito me concentraré en exponer las dificultades que surgen de la relación entre las lúcidas posiciones políticas expuestas por Derrida en el reportaje y su teoría, tal como él prefiere denominar al deconstruccionismo, íntimamente ligado al postestructuralismo y postmodernismo que influyeron poderosamente en el espíritu de nuestra época.

A tal fin, y por restricciones de espacio, me limitaré a su trabajo *Kafka: Ante la Ley*, interpretación del relato homónimo del gran escritor de Praga.⁽¹⁾ Derrida expone uno a uno los elementos centrales de su teoría deconstruccionista al analizar la historia de aquel campesino que procura trasponer la puerta de la Ley, deseo impedido por el guardián quien, sin embargo, no se lo prohíbe de un modo terminante. El campesino espera, y ya próximo a su muerte, interroga al guardián cómo es posible que nadie más que él haya intentado acudir a esa puerta si la Ley es para todos. El guardián responde que la puerta estaba destinada sólo a él; y al ver morir al campesino, dice: "Ahora me dispongo a irme y cierro". Este relato fue publicado en vida de Kafka con el título "Ante la Ley", en su libro *Un médico rural*

Paraná, Argentina, 1942; vive en Israel desde 1965. En 1998 obtuvo el Doctorado en Filosofía de la Universidad Hebrea de Jerusalem. Su libro *Kafka y el ser judío: la crisis, el absurdo y la esperanza* (Jerusalem, 2002) será próximamente publicado en castellano.

12 (1920), y después de su muerte en el capítulo IX de *El Proceso*.

Uno de los conceptos centrales en la teoría de Derrida es el de "*différance*", neologismo que une la "diferencia" con "diferir", 'posponer, aplazar, retrasar'.

El primer aspecto que interesa a Derrida sobre el relato pone en duda la supuesta ley axiomática que confiere carácter de literatura al texto. Hay un abismo insoslayable entre la ley de lo literario y el texto que parece ocultar definitivamente la Ley que lo constituye. El segundo aspecto que destaca Derrida es el "conflicto sin encuentro de la Ley y de la singularidad" (p.100). Esta diferencia insuperable constituye el aspecto enigmático del relato. El campesino no accede a la Ley: el relato, precisamente, nace de esa misteriosa inaccesibilidad. Dos abismos, a los cuales Derrida agrega un tercero, ineludible: "Estamos ante un texto que, no diciendo nada claro, no presentando ningún contenido identificable más allá del texto, sino una diferencia interminable, permanece no obstante rigurosamente intangible. Intangible: entiendo por esto, inaccesible al contacto, no susceptible de ser tomado, y finalmente inaprehensible, incomprensible..." (p.123). Es decir, la diferencia insalvable entre el texto y el lector.

Al destacar esta tríada básica de ausencias, Derrida hace inexpugnable todo intento de abordar a la Ley a partir de alguna actitud que la conecte con algo tangible, dentro o fuera del texto. A medida que leemos la fascinante prosa de Derrida nos damos cuenta de que, en vez de ayudarnos a develar la riqueza del texto kafkiano, su propósito es guiar al lector a comprender su

propia teoría, "su verdad". Derrida incurre en el mismo error que duramente le criticaba a Lacan cuando éste transformó el relato *La carta robada* de Edgar Allan Poe en instrumento de exposición y prueba de la "verdad" de su concepción.⁽²⁾

Derrida recuerda un seminario sobre Kant donde trata el tema del relato *Ante la Ley*, afirmando que Kant "habla... de un respeto que, si no se refiere nunca a las cosas, sin embargo, no se relaciona con las personas sino en cuanto estas dan el *ejemplo* de la Ley moral: el respeto es debido tan sólo a la Ley moral, su única causa que, como tal, *jamás se halla presente*" (mi subrayado; p.103 y también p.110).

Pregunto: ¿es verdad que la ley moral no se halla presente? Creo que Kant pensaba lo contrario: la ley moral se presenta en cada acto libre que nace de la razón. La ley moral es accesible, su universalidad incluye a todos los que se inspiran en ella, en tanto se formula como imperativo categórico. El respeto —sentimiento moral por excelencia— es expuesto por Kant en diversos contextos. En uno de ellos (*Crítica de la razón práctica*), afirma inequívocamente: "Por consiguiente, la ley moral anula la vanidad. Mas como esta ley es algo positivo en sí, a saber, la forma de una causalidad intelectual, esto es, de la libertad, es al mismo tiempo objeto de respeto... el respeto por la ley moral es un sentimiento producido por un fundamento intelectual, y este sentimiento es el único que conocemos del todo *a priori* y cuya necesidad podemos comprender".⁽³⁾ Ahora bien: si la ley moral kantiana 'es algo positivo en sí', por ende está presente y origina respeto, ¿cuál sería el significado de la

interpretación de Derrida en su lectura de Kant? Creo que Derrida intenta convencernos de que la ley que se oculta en el relato de Kafka "Ante la Ley" repite el destino de la ley moral. Lo que Derrida no toma en cuenta es el tiempo que media entre Kant y Kafka. Se trata del tiempo del fracaso de la ley moral racional, tan cara a la Ilustración. El campesino del relato de Kafka espera pacientemente acceder a la Ley que no es religiosa ni racional. Espera entrar a la Ley presente pero distante, prohibida, oculta, insondable pero fascinante hasta provocar el sacrificio y la muerte de quien desea legítimamente entrar en su antro. Según el teórico del deconstruccionismo, esta Ley sería siempre esencialmente evanescente. Su destino sería desaparecer, estar ausente, mientras que en su lugar sólo surgirían textos elípticos e ilegibles.

Además, en otro artículo sobre la presunta influencia freudiana sobre Kafka, y utilizando un recurso retórico, presuntuoso de erudición, escribe entre paréntesis, de un modo borgiano: "Freud (Kafka era, como saben, un gran lector de Freud)". Derrida utiliza el sobreentendido, "como bien saben, como saben", y el oyente se siente intimidado si osa dudar: ya que si Derrida supone que "lo sabemos" (porque si él lo afirma, debería ser de público conocimiento), entonces cualquiera que dudase de su palabra se sentiría un ignorante. Por tanto, aceptará que Kant pensaba que la ley moral no se halla presente, o que Kafka era un gran lector de Freud...

Ironías aparte, Freud es ampliamente citado en el artículo de Derrida para intentar demostrar la

contradicción explícita que contiene la genealogía de la Ley en el modelo ofrecido por Freud: "Los primeros preceptos y las primeras restricciones éticas de las sociedades primitivas debían ser considerados como una reacción provocada por un acto que constituyó para sus autores el origen del concepto de 'crimen'. Arrepintiéndose de este acto (¿mas cómo y por qué, si ha ocurrido *antes* de la moral, *antes* de la ley? (J.Derrida), decidieron que no debía volver a ocurrir y que en cualquier caso su ejecución no sería ya para nadie una fuente de ventajas o de beneficios" (*Ante la Ley*, p.111).

En *Totem y Tabú* (cap. IV, art.5), Freud explica que el remordimiento no nace de la ley moral sino de la ambivalencia afectiva de los hijos quienes, además de odiarlo hasta matar, sentían también amor y admiración hacia el padre.

La genealogía de la ley en Freud es coherente. Amor y odio, la fuerza libidinosa en sus diversas formas, preceden a la moral. Uno puede aceptarla o negarla. Pero se trata de un modelo mítico que propone una hipótesis sobre el origen de la ley moral que habita en el corazón de nuestra cultura.⁽⁴⁾

Freud ofrece un modelo explicativo, y aunque yo lo denomine mítico (en algunas ocasiones Freud llamó mítica a su concepción), no quiere decir que sea ficcional o ficticio. Derrida, en cambio, cree que las dos prohibiciones fundamentales del totemismo que inauguran la Ley —asesinato e incesto— comparten el destino del texto de Kafka. No creo que sea así. Desde la ficción resurge la paciente, vital y dolorida cuestión de

- 14 Job para insertarse en la conciencia vigilante de la realidad espiritual. En lo que aún resta de esa realidad.

Mientras que la concepción de Freud tiene un poder transpersonal y fundacional que permite orientarnos en un mundo donde la ley moral es permanentemente violada, Derrida desea conferir a Freud el estatuto de creador de ficciones: es lo que hace al equiparlo a Kafka, nada menos que en el relato "Ante la Ley" con su acuciante interrogación. A esta altura de mi exposición, nos encontramos en el núcleo mismo de la teoría de Derrida. La ciencia y la literatura se confunden: su Ley se nos rehúsa, "y la diseminación es fatal" (J. Derrida, *Positions*, Univ. Chicago Press, 1981, p.122).

"Apelando al relato y a la vez rechazándolo, este casi-acontecimiento (la muerte del padre y la prohibición del asesinato y del incesto, N.O.) se carga de narratividad ficticia (ficción de narración así como ficción en tanto que narración: narración ficticia en tanto que simulacro de narración y no tan sólo en tanto que narración de una historia imaginaria). Es el origen de la literatura, al mismo tiempo que el origen de la Ley, como el padre muerto, una historia que se cuenta, un rumor que corre, sin autor ni fin, mas un relato insoslayable e inolvidable" (p.113, el subrayado es mío).

Pero la ley que descubre Freud, la cual prohíbe el crimen y el incesto, permitiendo el surgimiento de la cultura y la culpa, no es la ley a la cual desea acceder el campesino del cuento. Porque la ley, tal como Freud la formula, corresponde al reino de lo real, mientras que la ley del relato kafkiano constituye un anhelo metafísico,

religioso, o en todo caso trascendente. Muy distinta es la ley conforme a la interpretación de Derrida:

"El relato 'Ante la Ley' no contaría o no describiría otra cosa que a sí mismo en cuanto texto. No haría más que esto o también haría esto. No mediante una reflexión especular sustentada en algún tipo de transparencia auto-referencial, sino, e insisto en este punto, mediante la ilegibilidad del texto... El texto se protege, como la Ley. No habla más que de sí mismo, mas con ello halla su no-identidad. No llega ni permite llegar a sí mismo. Es la Ley, hace la Ley y deja al lector ante la Ley" (p.123).

En un artículo sobre el mismo trabajo de Derrida aquí tratado sostiene el profesor Shimon Zandbank: "Derrida lee el relato ['Ante la Ley'] como un *manifiesto deconstruccionista*, haciendo de él una reducción alegórica". Según Zandbank no sólo dicho texto rechaza el sentido o su significación, sino que Derrida dice que los textos (en tanto tales) rechazan el significado".⁽⁵⁾ En otras palabras: en la lectura del relato de Kafka, Derrida hace permanentemente referencia a su propia teoría, y si al comenzar la lectura nos situamos ante la Ley, al finalizarla, nos sentimos fuera de ella. La retórica discursiva de Derrida, su brillo y fecundidad aporética, no sólo que no nos ayudan a comprender el texto de Kafka, sino que nos alejan de su riqueza onírica y de su acuciante fuerza inspiradora.

En el relato que aparece en *El Proceso*, capítulo IX, el Capellán indaga sobre la interpretación del relato en cuestión, y dice:

"—No me interpretes mal —manifestó el sacerdote—. Yo sólo te expongo las diferentes opiniones

concernientes al particular. No les des demasiada importancia. La Escritura es inmutable y los comentarios dejan ver la desesperación de quienes los comentan”.

En verdad, lo único que se puede hacer con las Escrituras es interpretarlas. La inevitable desesperación radica en que la escritura oculta celosamente su secreto, quizás aun ante quien la escribe. Pero gracias a la aproximación dialógica a un texto podemos iluminar la serie de actos físicos, mentales y espirituales que forman parte del acto de la creación. Es la aproximación imprescindible para comprender los textos en que Kafka compareció permanentemente ante la Ley. Textos como *En la colonia penitenciaria*, *El Castillo*, *El Proceso* y quizá en menor medida *América*, constituyen modos de abordar el eterno interrogante acerca de la ley, su origen, sentido y justicia. Kafka continúa la tradición que comienza quizás con Abraham y Job, Jesús, Prometeo y Sócrates, y continuarán Nicolás Kolhas de Kleist, Dostoievsky, Jaspers y otros.

Derrida no quiere ayudarnos a aproximarnos al mensaje que escribió otro hombre. Porque él cree que no hay autor ni literatura: sólo textos que se diseminan, y que le rehúsan al lector asir todo significado.

Derrida confiesa en la entrevista que se siente un extraño, un extranjero. Pero Derrida es un extraño, que no sufrió la amenaza, la soledad y la crueldad del exilio. Derrida pertenece a una casta privilegiada de exiliados de lujo. Con sabihonda omnipotencia estruja los papeles de Kafka, exiliado auténtico y sufriente que deseaba, como K., el personaje de *El Castillo*, ser un ciudadano legítimo, o acceder a la Ley. Esta experiencia es ajena a

Derrida. Lo que caracteriza a Kafka es la fuerza de su anhelo, de fraternidad y pertenencia, del cual Derrida no participa quizá con igual intensidad.

Derrida está enfermo y en el reportaje confiesa nuevamente que teme a la muerte, tiene un obsesivo miedo a morir. Esta confidencia suya me conmueve: hay enfermedad y hay muerte, y esto no (se) puede deconstruir.

Y a pesar de estas angustias, Derrida también decidió venir a Israel para expresar su solidaridad con la coexistencia y la paz entre israelíes y palestinos. Pero esta posición, al igual que la evocación llena de ternura sobre la vida sacrificada de su padre, no surgen de su teoría de la deconstrucción, sino de una ley que lo habita y lo obliga, aunque la considere inaccesible, impenetrable e ilegible.

Desde estas páginas críticas que escribo para disociar su posición política y moral de su teoría deconstruccionista, quiero desearle fraternalmente a quien influyó tanto a tematizar rasgos distintivos del quehacer intelectual contemporáneo, que encuentre la calma necesaria para amar, vivir y morir en paz.

- (1) J. Derrida, *La filosofía como institución*, Barcelona, 1984, pp. 93-144.
- (2) J. Derrida, *El concepto de verdad en Lacan*, Bs.As., Homo Sapiens, 1977.
- (3) Emmanuel Kant, *Crítica de la razón práctica*, Buenos Aires, 1961, p.81.
- (4) S. Freud, *El malestar en la cultura*, Madrid, 1970, pp. 58-75, caps. 6-7.
- (5) Shimon Zandbank, “Amalia. Amalia”, *Moznaim*, agosto 1983, pp. 23-25; subrayado en el original.

En nombre de la paz y la reconciliación

Susan Sontag

Cuando se hizo público que la escritora norteamericana había sido distinguida en junio 2001 con el máximo galardón que otorga el Estado de Israel [el Premio Jerusalem], la comunidad literaria de su país casi le exigió que lo rechazara porque provenía de un gobierno endurecido en su posición con los palestinos. Pese a las críticas, la autora de *Contra la interpretación* aceptó la distinción pero, durante la ceremonia de entrega, dio un discurso, que aquí reproducimos, en el que no sólo habló de literatura y de los deberes del artista. También les dijo a quienes la premiaban: "No puede haber paz en tanto no cese la instalación de asentamientos israelíes en los territorios".

A nosotros, los escritores, nos inquietan las palabras. Las palabras significan. Las palabras apuntan. Son flechas. Las flechas se clavan en la dura piel de la realidad. Y cuanto más portentosas, más generales son las palabras, más se parecen a cuartos o a túneles.

Pueden expandirse, o derrumbarse. Pueden llenarse de un olor nauseabundo. A menudo nos recordarán otros cuartos, donde nos gustaría vivir o donde creemos estar viviendo. Podemos perder el arte o la sabiduría de habitar ciertos espacios. Y a la larga esos ámbitos de objetivos intelectuales que ya no sabemos cómo habitar, serán abandonados, tapiados, clausurados.

¿Qué entendemos, por ejemplo, por la palabra "paz"? ¿Entendemos por ello una falta de contienda? Entendemos olvido? ¿Entendemos perdón? ¿O entendemos un enorme cansancio, un agotamiento, un vaciarse de rencor?

Me parece que lo que la mayoría de las personas entienden por paz es "victoria". La victoria de los suyos. Eso es lo que "paz" significa para ellas, mientras que para otros significa derrota.

Si se afianza la idea de que la paz, aunque es deseada en principio, implica una inaceptable renuncia de legítimos derechos entonces el camino más probable

Nueva York, 1933. Investigadora especializada en expresiones artísticas heterodoxas de la década de 1960. Entre sus ensayos: *Contra la interpretación* (1966), *Bajo el signo de Saturno* (1980); entre sus novelas: *El amante del volcán* (1992), *En América* (1966).

será la práctica de la guerra mediante una capacidad menor que la total. Las demandas de paz serán consideradas, si no fraudulentas, por lo menos prematuras. La paz se convierte en un espacio que la gente ya no sabe cómo habitar. La paz debe ser re-estalecida. Re-colonizada...

* * *

¿Y qué entendemos por "honor"?

El honor es una rigurosa pauta de conducta privada que corresponde aparentemente a una época remota. Pero nuestra costumbre de conferirnos honores unos a otros —para halagarnos a nosotros mismos y a los demás— no ha cambiado.

Conferir un honor es afirmar una forma supuestamente compartida. Aceptar un honor significa creer, por un momento, que uno lo ha merecido. (Lo que decentemente uno puede decir es que no es indigno del mismo.) Rechazar una distinción otorgada resulta grosero, insociable, pretencioso.

Un premio acumula honores —y la capacidad de conferirlos— mediante la elección que ha hecho en años anteriores de honrar a determinadas personas.

Según esta norma es que debemos considerar el polémicamente denominado Premio Jerusalén que, en su historia relativamente breve, ha sido otorgado a algunos de los mejores escritores de la segunda mitad del siglo XX. Si bien por un criterio obvio es un premio literario, no se denomina Premio Jerusalén de Literatura sino Premio Jerusalén por la Libertad del Individuo en la Sociedad.

¿Todos los escritores que ganaron este premio defendieron realmente la libertad del individuo en la sociedad? ¿Es eso lo que ellos —ahora debo decir "nosotros"— tenemos en común? 17

No lo creo.

No sólo representan un ancho espectro de la opinión política. Algunos de ellos apenas han rozado las Grandes Palabras: libertad, individuo, sociedad...

Pero lo que importa no es lo que un escritor dice sino lo que un escritor es.

Los escritores —con ello quiero decir los miembros de la comunidad literaria— son emblemas de la persistencia (y la necesidad) de una visión individual.

La incesante propaganda actual en favor del "individuo" me parece profundamente sospechosa, puesto que la "individualidad" misma se ha vuelto, cada vez más, sinónimo de egoísmo. Una sociedad capitalista obedece a intereses creados cuando elogia la "individualidad" y la "libertad", lo que podría significar, poco más o menos, el derecho a un perpetuo engrandecimiento del yo, y la libertad de ir de compras, adquirir, gastar, consumir, convertir una cosa en obsoleta.

No creo que el cultivo del yo tenga un valor inherente. Y pienso que no hay cultura (usando el término normativamente) si no existe una pauta de altruismo, si no se estima a los otros. Creo que hay valor inherente en el hecho de extender nuestro sentido de lo que puede ser una vida humana. Si la literatura me ha atraído como un proyecto, primero como lectora y luego como escritora, se debe a que es una extensión de mis

* * *

Como escritora, como hacedora de literatura, soy narradora y meditadora. Las ideas me mueven. Pero las novelas no están hechas de ideas sino de formas. Formas de lenguaje. Formas de fuerza expresiva. No tengo en la mente un argumento hasta que no logro darle forma. (Como dijo Vladimir Nabokov: "La forma de una cosa precede a esa cosa".) Y —tácitamente o implícitamente— las novelas están hechas del sentido que el escritor tiene sobre qué es o puede ser la literatura. La obra de todo escritor, toda obra literaria, es, o equivale a, una descripción de la literatura misma. La defensa de la literatura misma se ha convertido en uno de los temas principales del escritor. Pero como observó Oscar Wilde: "En el arte, una verdad es aquello cuya contradicción también es cierta". Parafraseando a Wilde, yo diría: Una verdad sobre la literatura es aquello cuyo opuesto también es cierto.

Así, literatura —y hablo en sentido preceptivo y no meramente descriptivo— significa conciencia, duda, escrúpulo, exigencia. Es también —lo repito, en sentido preceptivo tanto como descriptivo— canto, espontaneidad, celebración, dicha.

Las ideas sobre literatura —a diferencia de las ideas, digamos, sobre el amor— no surgen casi nunca sino como respuesta a las ideas de otros. Son ideas reactivas.

Digo tal cosa porque tengo la impresión de que ustedes —o la mayoría de las personas— dicen tal otra.

Por tal motivo quiero dar cabida a una pasión más vasta o a una práctica diferente. Las ideas autorizan y yo quiero autorizar un sentimiento o una práctica diferentes: digo esto cuando ustedes dicen esto otro, y no porque los escritores sean, a veces, adversarios profesionales. No sólo porque restablecen el inevitable desequilibrio o parcialidad de toda práctica que tenga el carácter de una institución —y la literatura es una institución— sino porque la literatura es una práctica que está arraigada en aspiraciones inherentemente contradictorias.

Mi opinión es que cualquier descripción de la literatura es inexacta, es decir, reductora y meramente polémica. Para hablar verdaderamente de literatura hay que expresarse con paradojas. Por lo tanto: cada obra literaria que cuenta, que merece el nombre de literatura, encarna un ideal de singularidad, de una voz singular. Pero la literatura, que es acumulación, encarna un ideal de pluralidad, de multiplicidad, de promiscuidad.

Toda noción de literatura que se nos ocurra —la literatura como compromiso social, la literatura como búsqueda de intensidades espirituales privadas; la literatura nacional, la literatura mundial— es, o puede llegar a ser, una forma de complacencia espiritual, o de vanidad, o de autoalabanza.

La literatura es un sistema —un sistema plural— de criterios, ambiciones, lealtades. Su función ética es, en parte, enseñar el valor de la diversidad.

Por supuesto, la literatura debe operar dentro de ciertos límites. (Como todas las actividades humanas. La única actividad ilimitada consiste en estar muerto.) El

problema reside en que los límites que la mayoría de las personas quieren trazar reprimirían la libertad de la literatura de ser lo que puede ser, con toda su inventiva y su capacidad de inquietar.

Vivimos en una cultura dedicada a unificar codicias, y entre las vastas gloriosas multiplicidades de lenguas, aquella en la que hablo y escribo se ha convertido en la lengua dominante. El inglés está cumpliendo, en una escala mundial y para poblaciones mucho más vastas dentro de los diversos países del mundo, una función similar a la que cumplía el latín en la Europa medieval.

Pero como vivimos en una cultura cada vez más global y transnacional estamos también empantanados en reclamos cada vez más fraccionados de tribus reales o recientemente autoconstituidas. Las viejas ideas humanistas —la república de las letras, la literatura mundial— son atacadas en todas partes. Algunos las consideran ingenuas o contaminadas porque derivan del gran ideal europeo —algunos dirían ideal eurocéntrico— de los valores universales. Las naciones de "libertad" y de "derechos" han sufrido una sorprendente degradación en los últimos años. En muchas comunidades, los derechos grupales tienen más importancia que los derechos individuales.

Respecto a eso, lo que los hacedores de literatura realizan puede, implícitamente, reforzar la credibilidad de la libertad de expresión y de los derechos individuales. Aún cuando los hacedores de literatura hayan puesto su obra al servicio de las tribus o de las comunidades a que pertenecen, su logro como escritores depende de que trasciendan ese objetivo.

* * *

Las cualidades que hacen que un escritor determinado sea valioso o admirable pueden situarse dentro de la singularidad de la voz de ese escritor.

Pero esta singularidad, que se cultiva en privado y es el resultado de una largo aprendizaje de reflexión y soledad, está constantemente puesta a prueba por la función social que los escritores se creen llamados a desempeñar.

No cuestiono el derecho del escritor a participar en el debate de asuntos públicos, a hacer causa común y practicar la solidaridad con otros que sean afines a él.

Tampoco cuestiono que tal actividad arranque al escritor de ese apartado y excéntrico espacio interior donde la literatura se lleva a cabo. También lo hacen casi todas las otras actividades que nos constituyen como individuos.

Pero una cosa es ofrecerse voluntariamente a participar en el debate y en la acción públicas, incitado por imperativos de la conciencia o por interés, y otra es producir opiniones —proferir exabruptos moralizantes— a pedido. No: Estuve allí, hice eso. Sino: Por esto, contra aquello.

Pero un escritor no debería ser una máquina de opinar. Un poeta negro de mi país lo formuló de esta manera, cuando algunos compatriotas afroamericanos le reprocharon no escribir poemas sobre los ultrajes del racismo: "Un escritor no es una rocola".

* * *

La misión principal de un escritor no es tener opiniones, sino decir la verdad... y negarse a ser cómplice de mentiras e informaciones inexactas. La literatura es la casa del matiz y de la oposición a las voces de la simplificación. La misión del escritor es contribuir a que sea más difícil creerles a los saqueadores intelectuales. La misión del escritor es mostrarnos el mundo tal como es, lleno de diferentes demandas, roles y experiencias. Es misión del escritor descubrir las realidades: las realidades inmundas y las realidades del éxtasis. La esencia de la sabiduría que proporciona la literatura (la pluralidad de la obra literaria) consiste en ayudarnos a comprender que, pase lo que pase, algo diferente siempre está ocurriendo.

Estoy obsesionada por ese "algo diferente".

Estoy obsesionada por el conflicto entre derechos y valores que aprecio. Por ejemplo, que —veces— decir la verdad no promueve la justicia puede acarrear la supresión de buena parte de la verdad.

Muchos de los más notables escritores del siglo XX, en su actividad como voces públicas, fueron cómplices en el ocultamiento de la verdad, con el fin de promover lo que consideraban (lo que eran, en muchos casos) causas justas. Personalmente, si tengo que elegir entre la verdad y la justicia —por supuesto, no quiero elegir— elijo la verdad.

* * *

Desde luego, creo en la acción justa. ¿Pero es el escritor el que actúa?

Hay tres cosas diferentes: hablar, lo que estoy haciendo ahora; escribir, lo que me da el derecho que tuviere a este premio incomparable, y ser, ser una persona que cree en una activa solidaridad con otras personas. Como observó una vez Roland Barthes: "...quien habla no es quien escribe y quien escribe no es quien es".

Y por supuesto, tengo opiniones, opiniones políticas, algunas de ellas formadas sobre la base de lecturas, discusiones y reflexiones, pero no sobre la base de una experiencia directa. Permítanme compartir con ustedes dos opiniones mías, opiniones muy predecibles, a la luz de posiciones públicas que he tomado en asuntos sobre los cuales tengo conocimiento directo.

Creo que la doctrina de la responsabilidad colectiva, como razón fundamental para el castigo colectivo, no está nunca justificada, ni militar ni éticamente. Me refiero al uso de una desproporcionada potencia de fuego contra civiles, a la demolición de sus casas, a la destrucción de sus huertas y arboledas, a la privación de sus medios de vida y del derecho a un empleo, a tener educación y recibir atención médica, y acceso irrestricto a ciudades y comunidades vecinas... todo ello como castigo por actividades militares hostiles que podrían o no estar en la vecindad de esos civiles.

También creo que no puede haber paz aquí hasta que no se detenga el establecimiento de comunidades israelíes en los territorios, y que esto sea seguido —más temprano que tarde— por el desmantelamiento de tales establecimientos y el retiro de las unidades militares concentradas allí para custodiarlos. Apuesto que estas

dos opiniones más son compartidas por muchas personas reunidas aquí en este salón.

¿Pero sostengo estas opiniones como escritora? ¿O acaso las sostengo como una persona con conciencia y utilizo entonces mi posición como escritora para agregar mi voz a otras que opinan igual? La influencia que un escritor puede ejercer es puramente adventicia. Este es, ahora, un aspecto de la cultura de la celebridad.

Tiene algo de vulgar la diseminación pública de opiniones sobre asuntos sobre los que no se tiene un amplio conocimiento de primera mano. Si hablo de lo que no conozco, o conozco a la ligera, se trata de un mero tráfico de opiniones.

Digo esto, volviendo al comienzo, como una cuestión de honor. El honor de la literatura. El proyecto de tener una voz individual. Los escritores serios, creadores de literatura, no sólo deberían expresarse en forma diferente del discurso hegemónico de los medios de comunicación de masas. Deberían oponerse al monótono zumbido de los noticieros y de los talk-shows.

El problema que plantean las opiniones es que uno queda pegado a ellas. Y siempre que los escritores funcionan como escritores siempre ven... algo más. Sea lo que fuere, siempre hay algo más. Cualquier cosa que suceda, siempre hay algo más..

Si la literatura misma —ese gran emprendimiento que ya lleva dos milenios y medio (nuestra visión no va más allá)—, si la literatura en sí y como tal implica una forma de sabiduría, y yo creo que lo es, y esa es la raíz de la importancia que damos a la literatura, es porque demuestra la naturaleza múltiple de nuestros destinos

privados y comunitarios. Menos recordará que puede haber contradicciones, y a veces conflictos irreductibles, entre los valores que más apreciamos. (Eso es lo que se entiende por "tragedia"). Asimismo nos recordará el "también" y el "algo más". Porque siempre está ocurriendo algo más.

La sabiduría de la literatura es enteramente contraria al hecho de tener opiniones. "No hay nada que sea mi última palabra sobre nada", dijo Henry James. Dar opiniones —cuando se las piden—, aun si son opiniones correctas, rebaja lo que mejor saben hacer novelistas y poetas: alentar la reflexión, buscar la complejidad.

La información jamás reemplazará el esclarecimiento. Pero algo que se parece a la información, aunque es mejor que ella —me refiero a la condición de ser informado; me refiero al concreto, específico, detallado, históricamente denso conocimiento de primera mano— es el requisito indispensable para que un escritor exprese sus opiniones en público. Dejen que los otros, las celebridades y los políticos, nos hablen con condescendencia; que nos mientan. Si ser a la vez un escritor y una voz pública representa una opción mejor, tal vez se deba a que los escritores consideran la formulación de opiniones y juicios como una responsabilidad difícil.

Otro problema que plantean las opiniones. Son medios de autoinmovilización. Lo que hacen los escritores es liberarnos, sacudirnos. Abrir vías de compasión y nuevos intereses. Recordarnos que podríamos aspirar, aunque sólo fuera eso, a ser

22 diferentes y mejores de lo que somos. Recordarnos que podemos cambiar.

Como dijo el Cardenal Newman: "En un mundo más elevado las cosas ocurren de otra manera pero, aquí abajo, vivir significa cambiar; y ser perfecto es haber cambiado a menudo".

Y qué entiendo yo por la palabra "perfección". No trataré de explicarles eso, pero sólo diré que la Perfección me hace reír. No cínicamente, me apresuro a añadir. Sino con alegría.

* * *

Estoy agradecida por haber recibido el Premio Jerusalén. Lo acepto como un honor conferido a todos aquellos dedicados a la empresa de la literatura. Lo

acepto como homenaje a todos los escritores y lectores de Israel y de Palestina que luchan por crear una literatura hecha de voces singulares y de una multiplicidad de verdades. Acepto el premio en nombre de la paz y la reconciliación de las comunidades heridas y temerosas. Una paz necesaria. Concesiones necesarias y nuevos acuerdos. Necesaria supresión de los estereotipos. Necesaria persistencia del diálogo. Acepto el premio —este premio internacional, patrocinado por una feria del libro internacional— como un acontecimiento que honra, sobre todo, a la república internacional de las letras.

(Extractado de **La Nación**, Buenos Aires, 17/6/2001)

Susan Sontag y el honor de la soledad

23

Graciela Spector

...puede haber contradicciones, y a veces conflictos irreductibles, entre los valores que más apreciamos. (Eso es lo que se entiende por "tragedia".) Asimismo, (la literatura) nos recordará el "también" y el "algo más". Porque siempre está ocurriendo algo más.

Susan Sontag es, sin duda alguna, una figura fascinante. Desde los años setenta es una de las ensayistas americanas más polémicas y multifacéticas, además de excelente novelista. Ya en sus primeros libros: *En contra de la interpretación* (1966) y *Acerca de la fotografía* (1969) estampó un claro desafío a los ideales culturales y críticos de la época, convirtiéndose rápidamente en objeto de interés y polémica. Poco más tarde, se habría de ubicar en forma definitiva en el centro del campo intelectual norteamericano. Ensayista prolífica, escribió numerosos textos en los que presentó sus discutidas opiniones sobre el comunismo, la fotografía, los medios de comunicación y la violencia, la enfermedad como metáfora, defendiendo con celo cada una de las sucesivas —y a veces efímeras— posiciones que sostuvo con respecto a la pornografía, la cultura popular y el cine. Sontag permanece incólume en su rol de ícono intelectual de las dos últimas generaciones, a pesar de la dificultad que entraña su status de intelectual independiente, extranjera en el reino de la academia,

que la coloca simultáneamente bajo la lupa despiadada de la universidad, la izquierda intelectual y el público general al que se dirige su escritura. A lo largo de su multifacética y fructífera carrera, Sontag siempre proveyó a sus detractores de jugosos motivos para la crítica, cruzando una y otra vez los límites-muralla que se erigen entre las diferentes posturas ideológicas que sostuvo. Siempre radical, siempre en ebullición, lo suficientemente osada como para permitirse cambiar de idea con cierta frecuencia, incurriendo así en pecado mortal ante los ojos de la ortodoxia ideológica. "Vivir significa cambiar, y ser perfecto es haber cambiado a menudo", cita al Cardenal Newman en Jerusalem.

Sus críticos la describen como una eterna adolescente, que pudo darse el lujo de gozar derrumbando paredes porque siempre hubo algún otro que se encargara de mantener al edificio intacto. Estigmatizada como "detractora de la solidaridad norteamericana" a raíz de las opiniones que emitió después del 11 de setiembre, se llegó a decir de ella que carece de sentido común o respeto por la práctica de la escritura. En una de las escasas oportunidades en que trató de reseñar la evolución de sus ideas, Sontag sostuvo que durante los años '60 su generación había tenido la impresión de crear un anexo, una sala de juegos, en la que se podía estudiar a esa gente nueva,

Argentina; vive en Israel desde 1977. Es docente en la Universidad de Tel Aviv e investigadora de psicología de la inmigración y comunicación intercultural.

24 que proponía ideas extrañas. Agregó que no sabía que la transgresión vanguardista de esa época habría de institucionalizarse. Un crítico empleó posteriormente esas declaraciones para afirmar que ella se encuentra aún hoy en su sala de juegos, llorando por la desaparición de un mundo que ayudó a destruir con sus propias manos.

No obstante, sus numerosos admiradores la consideran la escritora más exitosa de América, y sostienen que sus ideas han ejercido y continúan ejerciendo una profunda influencia sobre el pensamiento radical acerca de cultura moderna, y también sobre diversos autores, críticos literarios y artísticos, y generaciones enteras de lectores en todo el mundo. Apasionada, elocuente, profética, tenaz, irresistible, preocupada siempre por la seriedad, la grandeza (¿es aún posible la grandeza literaria?, se pregunta en uno de sus ensayos), la moral, siempre embargada de una sensación de duelo e irreparable pérdida, llorando por el paraíso perdido.

Una rápida mirada sobre su discurso de aceptación del Premio Jerusalem nos permitirá ilustrar algunas de estas características sontaguianas.

En esta ocasión, Sontag se revela más madura. Su ironía es más suave y benevolente. Lo vemos también cuando habla acerca de los honores y de la necesidad de sustento narcisista. No dice que los premios son superfluos. Parece aceptar, dando muestras de sobria modestia, que los escritores necesitan reconocimiento.

Su propuesta de "vaciar de rencor" cuando se pregunta qué es la paz, parece reflejar su estado de ánimo al recibir el premio. Mientras enumera los pecados

de Israel, logra hacerlo sin caer en la oposición ciega. Propone valores de pluralidad, diversidad, ética, libertad, compasión, agradecimiento, paz, reconciliación, diálogo, honra.

"La literatura es la casa del matiz y de la oposición a las voces de la simplificación", dice, estableciendo claramente la relación entre individualidad del escritor como "voz singular" y la literatura como "acumulación... pluralidad, multiplicidad, promiscuidad". A propósito, este último término parece especialmente adecuado para describir la relación entre las distintas "verdades" de la narrativa de esta zona del mundo.

Sontag dice:

La misión del escritor es mostrarnos el mundo tal como es, lleno de diferentes demandas, roles y experiencias. Es misión del escritor descubrir las realidades: las realidades inmundas y las realidades del éxtasis. La esencia de la sabiduría que proporciona la literatura (la pluralidad de la obra literaria) consiste en ayudarnos a comprender que, pase lo que pase, algo diferente siempre está ocurriendo. Estoy obsesionada por ese algo diferente.

Yo siento que, sin embargo, en esta enumeración minuciosa de la pluralidad, hay un elemento que escapa a su análisis de la situación del Medio Oriente. Mantiene una posición eminentemente crítica con respecto a la actitud de Israel, posición ampliamente compartida —según lo explicita— por los intelectuales israelíes en general y, agregó yo, los latinoamericanos en Israel en particular. Detalla su oposición a las medidas

represoras del gobierno israelí, y la influencia nefasta de los asentamientos.

No hace, sin embargo, referencia alguna al rol destructivo del terror palestino. Siento que el silencio que marca la ausencia del rechazo del terror como medio legítimo de lucha representa precisamente uno de esos espacios con los que abre Sontag su discurso, diciendo que "a la larga esos ámbitos de objetivos intelectuales que ya no sabemos cómo habitar, serán abandonados, tapiados, clausurados".

Si bien deslegitimizamos totalmente lo que se ha dado en denominar el "terrorismo del estado", no queremos omitir la expresión clara de nuestro rechazo rotundo del terrorismo, sea cual fuere su justificación o identidad étnica.

Creo que en este único punto ciego de su discurso, Sontag no lleva a la práctica su propia afirmación de que

La misión principal de un escritor no es tener opiniones, sino decir la verdad... y negarse a ser cómplice de mentiras e informaciones inexactas. Si ser a la vez un escritor y una voz pública representa una opción mejor, tal vez se deba a que los escritores consideran la formulación de opiniones y juicios como una responsabilidad difícil.

Y le recuerdo que, "pase lo que pase, algo diferente siempre está ocurriendo". También en Jerusalem. Compartimos su obsesión cuando afirma "Estoy obsesionada por el conflicto entre derechos y valores que aprecio". Porque también aquí se trata de una "multiplicidad de verdades".

Puntualizada nuestra disensión, continuamos enumerando las cualidades de esta escritora carismática y brillante. Sontag afirmó en cierta ocasión que no le gusta sentirse demasiado cómoda. Por eso le gustan los extranjeros y sentirse extranjera. En esta oportunidad, cuando acepta el Premio Jerusalem, sus palabras constituyen una clara ilustración de su capacidad para mantener una posición independiente, que resultará sin duda ambigua y extranjera a oídos de los que se alinean automáticamente junto a las declaraciones anti-israelíes paralizantes y totales que la izquierda radical repite fervorosamente. Al aceptar el Premio Jerusalem, Sontag escapa a la inmovilización a la que conducen las opiniones, y hace precisamente lo que sostiene que debe hacer un escritor:

...liberarnos, sacudirnos. Abrir vías de compasión y nuevos intereses. Alentar la reflexión, buscar la complejidad. Recordarnos que podríamos aspirar, aunque sólo fuera eso, a ser diferentes y mejores de lo que somos. Recordarnos que podemos cambiar.

El hecho mismo de aceptar el premio coloca a Sontag en la vereda de enfrente con respecto a muchos de sus colegas, que le exigieron explícitamente rechazarlo. Sin embargo, Sontag puede tolerar la soledad. Como ella dice, se trata aquí de una cuestión de honor. Y, sin vacilar, con esa valentía que constituye su sello personal, Susan Sontag hace honor a la literatura, a su obra y a Jerusalem.

Panorama desde el puente

El Premio Jerusalem 2003 fue otorgado a Arthur Miller “por su creación literaria, por su actividad en favor de la sociedad y por su defensa del hombre común ubicado en el centro de su obra”. Los considerandos destacan el reconocimiento unánime a su sostenido quehacer en pro de la libertad individual y de los derechos humanos. Sin embargo, el contenido del discurso enviado por Miller a la ceremonia de entrega del premio (a la que no asistió) suscitó reacciones encontradas, debido a lo que fue percibido como una falta de comprensión ante las complejidades que enfrenta actualmente Israel – y no, por cierto, debido a su énfasis en la justicia como la misión necesaria del Estado Judío. Para algunos, su texto parece originado en un distante “panorama desde el puente”, visto por un profeta iracundo. Otros prefieren recoger positivamente el desafío ético que plantea el dramaturgo norteamericano, por encima de la coyuntura de la violencia. Noaj aloja en sus páginas parte de este debate, reproduciendo el discurso de Arthur Miller y el comentario al mismo de un lúcido intelectual judío latinoamericano. F.G.

El país de los judíos

“¿Es por tratarse del país de los judíos que la hostilidad ha hallado tan poca resistencia?”

Arthur Miller

Agradezco este honor que me permite incorporarme a la distinguida lista de escritores que han recibido el Premio Jerusalem. Visité Israel varias veces y habría querido volver, aun en este momento tan dificultoso. Lamentablemente, la Feria del Libro coincide con un evento en Nueva York en honor de mi lamentada esposa Inge Morath, al que no puedo faltar.

La resolución del comité del premio menciona, además de mi labor literaria, mis actividades en defensa de los derechos civiles. Como presidente de Pen Internacional, la asociación mundial de escritores comprometidos en la defensa de la libertad de expresión, he visitado numerosos países con diversos regímenes políticos. En ocasiones lo hice para tratar de liberar escritores presos; en otras, simplemente para apoyar el trabajo

de los centros Pen o aun, a menudo, su lucha por su derecho a existir. La verdad es que no me gusta alejarme de mi escritorio, pero, quizás por ser judío de determinada generación, no he podido olvidar el silencio de los años '30 y '40, cuando el fascismo comenzó su destrucción de nuestro pueblo ante la prolongada indiferencia del mundo. Quizás por haber procurado hacer algo útil para proteger los derechos humanos, sé bien cuán difícil es lograr que ocurran cosas buenas. Al mismo tiempo, mi experiencia me dice que la mayoría continúa creyendo en la justicia y desea que la misma prevalezca.

Poseo al menos cierta noción de las muchas y terribles contradicciones en la situación de Israel *vis-à-vis* los palestinos; soy consciente también de mi distancia respecto de su realidad

cotidiana. De modo que no voy a pontificar ni a tratar de persuadir. Los fundamentos de mi posición son, simplemente, que Israel tiene derecho a existir y que, del mismo modo, los palestinos tienen derecho a su propio estado. La expansión de los asentamientos me produjo al principio sorpresa y luego incredulidad, en tanto creo que es una política de autoderrota. No quiero plantear un debate con un conocimiento de segunda mano, sino afirmar lo obvio: que la política de asentamiento parece haber cambiado la naturaleza misma del Estado de Israel, y que es necesario el renacimiento de una visión humanista para que la presencia judía sea considerada digna de preservación. Para decirlo con tal vez excesiva brevedad: si la justicia no se halla en su centro, ningún estado puede perdurar como representación del carácter judío.

Deseo fundamentar esta afirmación, porque ello permitirá, en mi opinión, percibir el contraste con la trágica situación actual. He tenido alguna pequeña experiencia con el Israel político. Fui invitado a participar de la celebración, en 1948, del reconocimiento por parte de la Unión Soviética del Estado de Israel, el primer reconocimiento oficial. La idea misma de una nación de judíos en tiempos modernos era entonces difícil de concebir, como si de repente cobrara vida una escena de la Biblia, pero con personas reales que fuman cigarrillos. ¡Imagínense: choferes judíos, policías judíos, barrenderos judíos, jueces judíos que juzgan a criminales judíos, prostitutas y estrellas de cine judías, plomeros y carpinteros y banqueros judíos, un presidente judío, un parlamento judío, un primer ministro judío! Era todo tan inaudito que nunca se me ocurrió pensar —y sospecho que lo mismo les pasó a casi todos— que el nuevo Israel, en tanto país regido por seres humanos, se iba a comportar más o menos como todos los estados de la historia,

defendiendo su existencia por todos los medios necesarios y aun expandiendo sus fronteras cuando fuera posible. En 1948, al menos en la perspectiva de Nueva York, la misma idea de un Estado judío era de carácter defensivo, ya que Israel se encontraba bajo un ataque casi perpetuo y existía para amparar a un pueblo escapado a duras penas de un genocidio total pocos años antes. Es por ello, me parece, que en aquella celebración la sensación dominante era que, al hallarse libres del control y dominio ajenos, los judíos comenzarían a actuar de manera normal.

Naturalmente casi nadie pensó, ciertamente no yo, qué significa la normalidad. En esa eufórica celebración y después de ella, no se planteó (o casi no) el lado oscuro en la historia de los estados nuevos, especialmente su violenta colisión con otros pueblos que habitan sus mismas áreas o áreas contiguas. Durante algunos años, especialmente en los Estados Unidos, existió en la imaginación pública un Israel idílico, que probablemente sigue existiendo para algunos: el Israel del *kibutz*, de la tierra recuperada, de los pioneros y del espíritu cooperativo. Había en ese cuadro, inevitablemente, mucho de negación psicológica, como ocurre con toda imagen nacionalista. Yo no era sionista pero participé, sin advertirlo, de esa especie de negación, aun cuando resultaba un tanto extraño oír a Golda Meir cuando, en respuesta a una pregunta sobre los palestinos, respondió: “*Nosotros* somos los palestinos”. Pero ello parecía tan inocuo como la orgullosa afirmación con que el presidente de los Estados Unidos resuelve las ásperas desigualdades en nuestra sociedad: “*Todos* somos norteamericanos”.

La obsesión judía por la justicia se remonta, por supuesto, a los orígenes. Job, al fin de cuentas, no se lamenta meramente por haber perdido todo — no es un burgués en

medio de una depresión económica. Su estupor deriva de la horrenda visión de un mundo sin justicia, lo que significa un mundo hundido en el caos y la fuerza bruta. Y si se le exige que mantenga su fe en Dios, se trata de un Dios que de alguna misteriosa manera continúa favoreciendo la justicia, por inescrutables que sean sus designios.

En la celebración de 1948, Israel significaba el triunfo de la pura sobrevivencia, la determinación de vivir una vida digna. Israel también señalaba la supervivencia de un temperamento, el continuo involucramiento judío en la trama vital y, de alguna manera, en las cosas eternas. En una palabra, Israel era mucho más que un ente político y, por supuesto, que un lugar geográfico, probablemente porque estaba muy lejos y la distancia lo transformaba en algo así como una expresión artística, una suerte de brillante visión de una paz productiva.

Sea cual fuere la dirección en la que pudo haberse desarrollado, visto desde esta distancia parece que a partir del asesinato de Rabin, la política de asentamientos y el aparente abandono por parte de la conducción actual de los valores de la Ilustración ante las implacables bombas suicidas y el inevitable miedo que éstas generan, han alejado al país de su carácter visionario y, con él, de aquellas expectativas de una sociedad normal, pacífica, progresiva, como cualquier otra. Lo que queda, según parece, es lo contrario: una sociedad en armas y bastante desesperada que enfrenta a sus vecinos pero también al mundo. El hecho de que se trata de la única democracia en la región es un hecho que fácilmente se desdeña como inconsecuente, debido a la hostilidad con que muchos la conciben. Quizás la hipocresía en este conflicto no es mayor que la habitual, pero seguramente no es menor.

¿Es por tratarse del país de los judíos que la hostilidad ha hallado tan poca resistencia? Creo que sí, pero no por la obvia razón de un antisemitismo congénito, al menos no sólo por eso. Es también porque los judíos declararon desde el principio que Dios significa ante todo justicia. Somos el pueblo del libro y ese libro, al fin de cuentas, es la Biblia, y la Biblia significa justicia o no significa nada, o por lo menos nada importante. El escudo de Israel, me parece, reside en el hecho de que había tenido lugar una corrección en la balanza de la justicia, este pueblo había logrado sobrevivir el genocidio mecanizado y había vuelto a trabajar su tierra y a fundar ciudades. Ese Israel, en mi experiencia, se ganó pronto la admiración y el respeto de la gente, también de aquellos que no tenían una consideración particular por los judíos o inclusive les eran hostiles. Ese rechazo de la muerte y adhesión a la vida resonaron por el mundo, y creo hoy, como lo creí hace medio siglo, que ése era el escudo de Israel tanto como su valor en las armas.

Puede ser fútil aducir que todo estado moderno pasó por las mismas etapas: un estado democrático para sus propios ciudadanos, y algo muy distinto para quienes se hallan fuera de sus fronteras físicas y psicológicas. La mala suerte de Israel, tal como indudablemente lo consideran la conducción actual del país y sus partidarios, es haber llegado tarse a la escena, mucho después de la época en que la mentalidad colonial era considerada no sólo normal sino hasta loable. Londres, Viena, París aún ostentan largas filas de sólidos edificios que alguna vez albergaron oficinas encargadas de administrar las vidas y destinos de pueblos que se hallaban a millares de kilómetros, en regiones que ningún europeo vería jamás. El Israel post-Rabin, indudablemente como forma de defensa, no sólo está pidiendo

que el reloj se detenga sino aun que retroceda, para permitirle expandirse fuera de sus fronteras.

Finalmente, creo que sería un error atribuir una parte excesiva de la oposición mundial al antisemitismo. Los Estados Unidos, cosa increíble para sus ciudadanos, están experimentando una aversión similar en el mundo, y posiblemente por razones similares. La administración norteamericana ha presentado ante el mundo un rostro extraordinariamente duro e intransigente, y su tono no poco arrogante ha alejado de nosotros a mucha gente que hace poco nos compadecía sinceramente por los sangrientos ataques del 11 de septiembre. No hace tanto que los franceses —sí, los franceses— declaraban en titulares "Ahora Somos Todos Norteamericanos".*

Algunos de ustedes pueden haber percibido que hablé ante todo de relaciones públicas básicas, del impacto de Israel como imagen en el mundo, y no de las duras cuestiones de seguridad y de nuevos arreglos con los palestinos. Pero mi inspiración arranca de una historia muy anterior a la industria de las relaciones públicas. Thomas Jefferson insertó en la Declaración de la Independencia norteamericana una frase que sin duda ayudaba a justificar la decisión de romper con el Imperio Británico: la Declaración se escribía "en decente respeto por las opiniones de la humanidad". De ese modo confiaba en obtener la indulgencia de un hostil mundo monárquico e imperialista. Es decir, la débil sociedad naciente necesitaba la

amistad del mundo o al menos su tolerancia para marchar a la guerra por su independencia.

También en esa *ocasión*, algo único y nuevo era introducido en un mundo *mayormente* hostil; los británicos eran los enemigos y el apoyo *francés* era puramente estratégico, ya que la monarquía no tenía *interés* en una novedosa democracia cuya influencia pudiera *perjudicarla*. Pero Jefferson y sus compañeros comprendieron *y* aceptaron que ninguna nación puede perdurar, sean cuales *fueren* sus necesidades defensivas, sin respetar al resto de la *humanidad* en sus anhelos de justicia e igualdad. Mi propia convicción *es* algo menos que pesimista. La historia de una nación *tiene* gran importancia en la determinación de su futuro. La historia judía es extremadamente larga y está colmada, como dije, de una obsesión por la justicia. Es terriblemente irónico que el Estado de Israel sea hoy atacado en nombre de ideales visionarios originados en el corazón judío. Es hora de que el liderazgo judío se adueñe de su propia historia y restablezca su luz inmortal en el mundo.

25 de junio de 2003
(Trad.: F.F. Goldberg)

*** Apostilla de Saúl Sosnowski:** Dios nos libre de un día (que por otra parte jamás llegará), en que el mundo, con la hipocresía antisemita que a tantos define, diga "hoy somos todos judíos/israelíes", pues ese sería el día (que jamás llegará) en que habremos cesado de ser.

Arthur Miller, "Premio Jerusalem"

Saúl Sosnowski

Al otorgar el "Premio Jerusalem" a un clásico de las letras estadounidenses y de la dramaturgia internacional, el prestigioso jurado aludió en sus considerandos particularmente a la obra de Arthur Miller, y también a su militancia en el amplio registro de los derechos humanos. Ser judío de una generación que sobrevivió al fascismo y a los silencios de los años '30 y '40, así como la convicción de Miller de que la justicia debe prevalecer, han sido factores decisivos en el desarrollo de sus actividades en bien de los perseguidos.

El Miller que está en escena articula la coherencia que impone saber y actuar desde una ética capaz de diferenciar el bien del mal en los (des)órdenes de la modernidad; que sabe distinguir los mecanismos del mal que engendraron el Holocausto; que identifica los factores que afectan y definen al hombre gris, al Loman condenado al fracaso, a la mera supervivencia, a un continuo viaje hacia la nada. Resisto la tentación de hilar el tránsito del viajante milleriano con el que el imperio del mal traducía en humo, pero es inevitable pensar que, salvando enormes distancias, tras cada acto se deja oír una voz que interroga los por qué de Job, la búsqueda de

sentido, la necesidad de justicia. Cuando tantos rechazan, con no poca razón, la identificación de lo global con los productos más mediocres de la cultura estadounidense, la alusión del jurado a lo universal del norteamericano en *La muerte de un viajante* está cifrada en un argumento moral que ya en sí justifica ampliamente su sabia decisión.

Por las múltiples dimensiones que definen a Arthur Miller, cabía esperar que se refiriera a uno de los problemas centrales que Israel enfrenta a diario: la relación con los palestinos. Consciente de condiciones fluctuantes, Miller establece desde el comienzo la distancia lógica que lo separa de hechos que sólo pueden sentir quienes lo viven. Sin embargo, enuncia una posición ya generalizada entre la mayoría de los propios israelíes: el derecho de los palestinos a un Estado junto a las implicaciones de la política que promueve, o tolera, la expansión de los asentamientos. Su argumento es notable en lo que no dice como punto de partida: mientras comúnmente se subraya que los asentamientos amenazan las negociaciones de paz (pero me permito acotar que hay que poner en primer lugar los actos

Argentino. Director de Programas Internacionales y del Centro de Estudios Latinoamericanos de la Universidad de Maryland. Fundador y director de la revista de literatura *Hispanamérica*, actualmente escribe sobre temas de política cultural y coordina el proyecto "Una cultura para la democracia en América Latina".

terroristas y la intolerancia que desde el sector palestino se ancla en el rechazo fundamentalista y en el odio), Miller arguye la necesidad de preservar la justicia como eje del Estado que representa a los judíos.

La relación de Miller con Israel se remonta a los inicios del Estado: comprende que con su fundación en 1948 los judíos certificamos nuestra supervivencia frente a las masacres del nazismo y otras persecuciones; que, a partir de 1948, los israelíes poseen una carta de 'normalidad' afín a la de los ciudadanos de otros países y que, por sus orígenes y tradiciones, Israel es mucho más que una entidad política. Pero el tiempo haría lo suyo con la visión primigenia de fines de los '40 y los '50, minando la visión idílica y los sueños sobre la singularidad del Estado Judío. Al parecer, la construcción de todo estado-nación y de una ciudadanía diferenciada debe atravesar etapas que suelen estar reñidas con la justicia como valor dominante.

A las guerras con los países árabes, instancias de ruptura o continuidad según el caso, se sumaron el asesinato de Rabin, la política de los asentamientos, el terrorismo de organizaciones palestinas y el creciente alejamiento de la 'normalidad' anticipada, quizá esperanzada pero ingenuamente, con el nacimiento del Estado de Israel. Conocedor como pocos de las fibras más íntimas del resentimiento y del odio, Miller interroga la hipocresía del mundo frente a una Israel democrática y halla escaso consuelo en el antisemitismo como justificación del creciente aislamiento de Israel. Lector de la historia e incondicional del judaísmo como baluarte de la justicia, de la justicia como fundamento del

judaísmo, registra una *disonancia* cronológica en el desarrollo del Estado: Israel ha llegado tarde para que la conducta colonial pueda ser tolerada y, menos aún, admirada.

Y sin embargo, agrego a las palabras de Miller, ha llegado muy a tiempo, aún, para retomar los ideales del judaísmo como corporización de una conducta guiada por la justicia. Para ello, claro está, se impone el descarte del fundamentalismo — que poco difiere de una religión a otra, ya que la intolerancia tolera solamente una verdad. Ni Israel, como tampoco Estados Unidos —como bien señala Miller—, pueden ignorar el lugar que ocupan hoy en el mundo, ni dejar de practicar los valores de la convivencia y el respeto por quienes difieren de su política e ideología. Nadie —tampoco Miller lo hace— puede ni debe renunciar a la legítima defensa de su población y de su Estado. Al mismo tiempo, cabe agregar, ningún Estado democrático (no tiene sentido hablar de los autoritarios o de los falsamente democráticos) tiene derecho a abandonar los valores de justicia y equidad que trascienden los intereses de quienes pueblan su territorio.

Sigue siendo difícil equilibrar calles y recintos internos, principios rectores y conductas que avasallan con la máscara del terror y con el rostro surcado por el odio. Siento que el discurso de Arthur Miller se debate precisamente en ese lindero entre la esperanza y el deseo y el saber que nada será posible —tampoco el retorno a la historia primigenia del judaísmo y a los principios que expandió por el mundo— cuando se

32 amenaza la existencia de los cuerpos que encarnan ese posible retorno a la vigencia de lo justo.

Me dicen (vivo geográficamente lejos de Israel, en un Estados Unidos desnortado de los valores de Thomas Jefferson —citado por Miller— y de los mejores ideales de una democracia participativa, con un gobierno que revela a diario nuevas versiones de la arrogancia y la estupidez) que el discurso de Arthur Miller ha suscitado opiniones encontradas y, quizá, según un hermano pródigo en exageraciones, en un pequeño escándalo. Confieso que

me sorprende que la invocación mesurada de Miller sea motivo de escándalo. ¿Es que apelar a los ideales de justicia y recordar los principios que nos definen en tanto judíos sea un motivo de rechazo? ¿Será que los ilustrados que oyeron y vieron a Miller han perdido el sentido de lo que implica la normalidad en un Estado de derecho y bajo las normas éticas de un judaísmo práctico? ¿Será que estas preguntas son demasiado ingenuas o inoportunas cuando todavía hay que saldar las cuentas de la paz, del reconocimiento y de la convivencia?

La escalada de artículos anti-israelíes de José Saramago ha terminado por alienar la simpatía que despertaba su obra narrativa en los lectores israelíes. Saramago comenzó planteando declaraciones irresponsables que pretendían equiparar la situación palestina en Ramallah nada menos que con Auschwitz a fin de condenar a Israel en la lucha antiterrorista, y sus planteamientos culminaron con el artículo "De las piedras de David a los tanques de Goliat" (*El País*, 21 de abril de 2002), en el que la irresponsabilidad cede lugar a una mistificación de indudable cariz judeofóbico.

La diferencia abismal entre sus opiniones prejuiciadas respecto de Israel y el judaísmo, por un lado, y su creación literaria, por el otro, muestra una vez más que no se puede juzgar el valor estético de una obra narrativa según las ideas políticas y fóbicas de su autor. Pero, inversamente, a pesar de la admiración que en Israel suscita la narrativa de Saramago, traducida al hebreo, no podemos dejar pasar impunemente el discurso mistificador anti-israelí de dicho autor.

En su último artículo, Saramago vuelve a utilizar el recurso retórico de la inversión, que ya intentó utilizar cuando visitó Ramallah: entonces pretendió perversamente denunciar cómo las víctimas de Auschwitz se habían transformado en victimarios "nazis"

de los palestinos. Tal inversión simétrica entre inermes y totalitarios, entre débiles y poderosos, vuelve a ser utilizada, esta vez apelando al conocido relato bíblico de David y Goliat (Samuel I, 17).

Saramago pretende distinguir la "verdad mítica" de la "verdad histórica" en su lectura prejuiciada anti-israelí del legendario relato bíblico, para demostrar "una engañosa mistificación sobre la desigualdad de fuerzas" entre el pastor de ovejas y el gigante guerrero filisteo, a quien el primero mata de un certero hondazo. El publicista opina que la victoria del pequeño David no fue el producto de la astucia del amenazado pastor frente a la fuerza bruta del guerrero cuyo ejército sitió 40 días el campamento de los israelitas sino la posesión por parte de David de "una pistola [...] un arma de largo alcance" que él sabía manejar. Saramago rechaza por "mítica" la interpretación tradicional del relato, según la cual la valentía del joven pastor de ovejas, conjuntamente con su honda, ayudó a éste a vencer el peligro que amenazaba a su pueblo.

"La verdad mítica [...] nos embaucó hace 30 siglos con el maravilloso cuento del triunfo de un pequeño pastor sobre la brutalidad de un guerrero gigantesco al que, al final, de nada sirvió el pesado bronce del casco, la coraza, las espinilleras y el escudo". En el fondo,

34 Saramago se lamenta de que la victoria totalmente desigual sobre Goliath haya sido posible por la habilidad "del diestro tirador". Lo que interesa respecto del relato bíblico al publicista anti-israelí, es demoler la "verdad mítica" relativa al peligro que amenazaba al rey Saúl y a su ejército sitiado y destacar, en cambio, la "modesta y nada imaginativa" verdad histórica según la cual "Goliath no tuvo ni siquiera la posibilidad de poner las manos encima de David".

A partir de esta inversión mistificadora, Saramago pretende demostrar otras inversiones "históricas" relativas a sucesivas batallas de David, en las que éste dejó de usar la honda y las piedras: desde las conquistas del reino de Israel bíblico allende la margen derecha del Eufrates hasta la conquista por parte del moderno Israel, de tierras palestinas. Esta última inversión constituye el núcleo del discurso bélico y para nada literario de Saramago: "David, hoy, es Goliath, pero un Goliath que ya no carga con armas de bronce inútiles y pesadas. Aquel rubio David de antaño sobrevuela en helicóptero las tierras palestinas ocupadas y dispara misiles contra inocentes desarmados".

Cabe destacar que Saramago remite estos juicios en nombre de "La verdad histórica". Una verdad histórica que sentencia implacablemente quiénes son los buenos y quiénes, los malos, quiénes son totalmente inocentes y quiénes totalmente culpables en este centenario conflicto nacional entre dos pueblos. Pero su discurso bélico se impugna a sí mismo cuando el lector advierte que Saramago no le dedica una sola palabra de condena a los terroristas causantes de la muerte de niños, mujeres y

ancianos israelíes, al referirse a los supuestamente "inocentes desarmados" palestinos, y que Saramago se olvida de destacar que la única respuesta palestina a las avanzadísimas negociaciones de paz de Camp David fue lanzar una ola de terror y masacre indiscriminados contra la población civil indefensa de Israel.

Saramago mistifica la verdad histórica desde el mismo instante en que se abstiene de condenar inequívocamente el uso del terror por el nacionalismo palestino para obtener logros políticos desde posiciones de fuerza. Su lógica de inversiones mistificadoras absuelve de toda responsabilidad criminal a los palestinos, legitimando el terror como arma de los oprimidos, y acusa a Israel de ser el enemigo opresor que ejerce el derecho a "la impunidad absoluta". En vez de alertar sobre la responsabilidad criminal de la violencia terrorista que provoca contraataques bélicos de autodefensa —tal como ocurre en numerosos conflictos internacionales que Saramago omite recordar— su lógica de inversión maniquea se complace en acusar a los descendientes de las víctimas de Auschwitz de autoadjudicarse impunidad al intentar defenderse. Saramago no tiene otra calificación para los sobrevivientes de la Shoah que injuriarlos como provocadores de "acciones nacidas de un racismo obsesivo, psicológica y patológicamente exclusivista", llegando hasta a afirmar que "los judíos arañan sin cesar su propia herida para que no deje de sangrar [...] la muestran al mundo como si se tratase de una bandera".

A estas alturas de su injurioso planteamiento, ya no quedan dudas de que Saramago exhibe la *herida incurable de su judeofobia*, empleando el repositorio argumental revisionista de la Shoá. "Israel quiere que todos nosotros nos sintamos culpables, directa o indirectamente de los horrores del Holocausto", afirma repitiendo casi las mismas palabras de aquellos que no perdonan a los judíos el haber sido victimizados y el haber logrado sobrevivir.

Pero además, incitado por su fobia irreprimible, Saramago pide prestados argumentos a su ateísmo para confundir al lector sobre las verdaderas razones históricas del trágico conflicto nacional y étnico entre palestinos e israelíes, mistificándolo como si fuera la predestinada guerra santa del "pueblo elegido de Dios". Muy curiosamente este autor marxista reemplaza las explicaciones internacionales y políticas por las religiosas, para dar cuenta del nacimiento del Estado de Israel, de su desarrollo bajo amenazas permanentes y de las guerras impuestas a Israel. Saramago acusa a los israelíes de estar "Intoxicados mentalmente por la idea mesiánica de un Gran Israel que haga por fin realidad los sueños expansionistas del sionismo más radical, contaminados por la monstruosa y arraigada 'certeza' de que en este mundo catastrófico y absurdo existe un pueblo elegido de Dios".

Saramago hace así uso de la terminología de la propaganda árabe, al calificar las guerras de defensa de Israel como expansionismo sionista, ello además de afirmar que el motivo que movilizaría a Tzahal sería de índole religiosa: "Israel se adueña de las terribles

palabras de Dios en el Deuteronomio: 'Míos son la venganza y el pago'".

La mistificación del autor de *El Evangelio según Jesucristo* llega al paroxismo cuando en su artículo anterior "La explanada del absurdo" (*El País*, 2 de abril de 2002) afirma, al hacer un recuento de sus imágenes inolvidables: "No tengo ninguna imagen de manos hebreas levantando un rollo de la Torá pero los fusiles lo reemplazan ya que las armas del ejército de Israel son disparadas en nombre de la Torá". Ambas reacciones de Saramago al evocar "imágenes inolvidables": el borrón increíble en su memoria de un judío orando frente a la Torá y el registro superpuesto del israelí que dispara invocando el nombre de Dios, conforman otro núcleo de su discurso judeofóbico.

Como intelectuales fieles a la verdad histórica, rechazamos las conclusiones del discurso plagado de falsedades de Saramago. Este finge creer que "La intransigencia religiosa no es seguramente la menor de las causas del interminable conflicto que opone, generación tras generación a israelíes y palestinos." De pronto el conflicto nacional y político entre ambos pueblos ni siquiera merece una palabra de análisis intelectual. Según Saramago, "Los lazos que históricamente los mantenían y mantienen atados al prejuicio, a la venganza y al odio, fueron y siguen siendo mortalmente moldeados por las respectivas religiones en su más fanática expresión".

Esta inversión del problema conduce a Saramago nuevamente a utilizar un discurso de guerra, pero esta vez, en términos de Bin Laden, de una guerra santa,

36 *Jihad*, contra los infieles. Sólo que en la nueva forma de mistificación del escritor portugués, el Gran Satán es la religión de la Torá y del Corán, no el Occidente infiel.

Saramago finge ignorar que el conflicto palestino-israelí constituye sólo *uno* de los numerosos conflictos étnico-nacionales que estallan fuera del mundo islámico y también en su interior. Satanizar el conflicto palestino-israelí en términos religiosos es una burda falsificación cuyo designio es sustraer su resolución del horizonte de lo posible y de la historia. He aquí una lista incompleta, sólo como muestra, de tragedias regionales cuya resolución, a pesar de que ellas provocan muchas más víctimas que el Medio Oriente, no está condenada por la fatalidad de las guerras religiosas: Nigeria, Sudán, Bosnia, Kosovo, Macedonia, Chechnya, Sinkinag, Kashmir, Mindanao.

Resulta imposible eludir la siguiente pregunta: ¿Por qué Saramago y numerosos periodistas internacionales prefieren satanizar a Israel y no a los pueblos involucrados en los conflictos recién señalados que arrojaron centenares de miles de víctimas? Ello es así, muy probablemente, porque los medios de comunicación tienen acceso libre a Israel y, en cambio, numerosos

regímenes islámicos impidieron toda cobertura periodística cuando masacraron a sus minorías. Sin embargo, releyendo la morbosa atracción que suscita en Saramago, pareciera que el conflicto palestino-israelí atrae la atención por el hecho único de que en él están involucrados *también* los judíos. A diferencia de los conflictos en África y los Balcanes, los dislates anti-israelíes del autor de *Todos los nombres* suscitan la posibilidad, para muchos intelectuales europeos con prejuicios atávicos, de demonizar directa o subrepticiamente al Otro por antonomasia, el judío. Desde esta perspectiva, la tragedia que asuela al Medio Oriente vuelve a conjurar viejos fantasmas xenófobos y ofrece la tentación a numerosos Saramagos de reemplazar el impostergable discurso de paz y reconciliación israelí-palestino por otro de inversión falaz, que tiene como meta única la deslegitimación de Israel.

**Reflejos es publicado por el
Departamento de Estudios Españoles y
Latinoamericanos, Universidad
Hebrea de Jerusalem.**

Saramago y la perversión de las palabras

Juan J. Nudel

Definirse como de izquierda o como de derecha, hace a distintas maneras de ver el mundo y la vida. El prejuicio no es patrimonio de una u otra corriente, sino que puede coexistir como un discurso paralelo al ideológico o político que lo desvirtúa, y que es consecuencia de cómo se aprendió a vincularse con los otros, y cómo resuelve la frustración en los distintos momentos de la vida.

¿Cuál es el sentido de desdecirse de algo que efectivamente se dijo? Es habitual que en estados de emoción violenta digamos algunas cosas que no reflejan nuestro pensamiento, pero no somos tan ingenuos como para creer que las palabras dichas en determinado estado emocional no estaban ya en nuestra mente. Con ese criterio podría inferirse que la xenofobia nos habita, y que se necesita tan sólo de un estímulo emocional para desencadenarla.

En una sociedad donde las instituciones (Dios, Patria, Hogar) son más importantes que las personas, la

propuesta del sacrificio en nombre de las instituciones puede llegar al límite del suicidio. La caracterización de esta opción radical no se agota con la palabra fanático, porque la mente sufrió un cambio fundamental por la cual la vida deja de ser importante.

Pero es necesario diferenciar entre quienes sufren ese cambio debido a una alteración mental (por ej., un estado de melancolía), y aquellos que se suicidan debido a un anhelo de poder. Quien hizo el trabajo de hacerlo sentir poderoso por el hecho de matar mediante su suicidio, no es un ser humano común sino un inhumano que adquirirá mayor poder con esa inmolación terrorista. Así se cumple: (1) el aumento del poder de quien logra que alguien se suicide matando a cuantos más mejor, sean árabes, niños, jóvenes, etc., y en especial judíos; (2) la adquisición de poder por parte de quien no lo posee, el cual, al suicidarse, tiene la certeza de que le aguarda un futuro al que nunca podría aspirar en la vida terrenal; (3) un poder que mata y por el que se muere:

Argentino. Es médico psiquiatra, psicólogo social, ensayista y escritor. Entre sus libros: *El espacio comunitario* (ensayo), *El Jardín de las Delicias* (cuentos), *Pensión "Las Rosales"* (cuentos).

38 el suicidio terrorista es un acto de poder y no de fe espiritual. Lo que trato de demostrar es la perversidad de hacer pasar un acto de poder como si fuera un acto de justicia o de motivación espiritual.

Los derechos humanos no son selectivos, son para todos. Al hablar del terror se confunde el poder con la justicia, y la justicia con la verdad. No siempre coincide la verdad con la justicia. Una manifestación puede ser justa aunque sea mentira, como puede ser verdadera aunque sea injusta.

Esta introducción tiene como propósito demostrar que vivimos en un doble discurso, a merced de mentiras que aparecen como verdades, emitidas por algunos con cuyo discurso nos identificábamos, y quienes, al hacer uso de otro discurso, ponen de manifiesto modos diferentes de comprender el mundo y la vida.

José Saramago, Premio Nóbel de literatura, es un conocido intelectual. En un reportaje reciente (26 de marzo de 2002), equipara la situación de los palestinos en Ramala con Auschwitz, considerando que la única diferencia es que en el caso de los palestinos no existen cámaras de gas.

"Lo que esta sucediendo en Palestina es un crimen que podemos considerar igual a lo que ocurrió en Auschwitz y en Buchenwald. Incluso si se tienen en cuenta las diferencias de tiempo y lugar, es lo mismo. Desde el punto del ejercito israelí, todo Ramala es un cuartel y ustedes los palestinos, son los prisioneros acuartelados".

Amós Oz dijo al respecto: "Saramago muestra una gran ceguera moral. Quien no distingue entre los

diversos grados del mal se convierte en servidor del mal. La ocupación israelí es injusta, pero compararla con los crímenes nazis es como comparar a Saramago que es comunista con Stalin".

Assaf Orón, uno de los israelíes que se rehusaron al servicio militar en los territorios ocupados, envió una carta a miembros de una comunidad judía americana que apoyaron dicha actitud con una solicitada en el *New York Times*. En ella define la guerra árabe-israelí como tribal, entre una tribu que representaría a los buenos (Israel) y otra a los malos (los árabes), en la que sólo una de las dos puede sobrevivir. Agrega que el terrorismo es el mejor amigo de la derecha, que desconfía de la estrategia de Sharón de tratar a todos los palestinos como terroristas, y que no cree que el pueblo palestino se proponga echar al mar a todos los judíos, dando como ejemplo la paz que se logró con Egipto y Jordania. Alude a una percepción colectiva de la realidad (lo que llamamos un imaginario social), en la que los árabes sólo entienden la fuerza y los israelíes tienen que usarla para prevenir el terror. Para él se trata de una mentira y de un autoengaño: la fuerza, lejos de prevenir el terror, la fomenta y va convirtiendo la región en un vivero de terroristas. En cuanto a las alusiones de Saramago, prefiere la caracterización del periodista e historiador revisionista Tom Segev, quien escribió en el diario israelí *Ha'aretz* que "el permanente asalto sistemático a los derechos humanos de los palestinos en los territorios es tan terrible no por su semejanza a lo infligido por los nazis a los judíos, sino a pesar del hecho de que no se le parece". Sugiere salir del esquema tribal

y reconocer que se trata de **seres humanos** que se relacionan con **otros seres humanos**.

No es nuevo reconocer la desconfianza con la que ambos pueblos se vinculan entre sí. De la misma manera en que Amós Oz dice que no puede coincidir con los árabes que pretenden todo el territorio, es imprescindible admitir que la política de Sharón y de la derecha tampoco define cuál es el territorio israelí, y que también existen grupos extremistas, que Sharón no puede ignorar, que pretenden la totalidad del territorio en disputa.

Intento demostrar cómo en este conflicto palabras e imágenes son utilizadas con total impunidad. Un ejemplo bochornoso es el de Ted Córdoba, periodista boliviano que durante los años '70 escribía para el diario *La Opinión*: "¿Qué diferencia hay entre las noches de los cristales rotos y las operaciones del ejército israelí para demoler con tanques y *bulldozers* las modestas viviendas palestinas? ¿Qué diferencia hay entre la ocupación alemana de media Europa y la ocupación del poderoso Tzáhal del territorio palestino, muchas veces arreando a sus habitantes como la Wehrmacht lo hacía con los judíos para llevarlos a los campos de concentración? Por último, ¿qué diferencia hay entre Hitler y Sharón? Fuera de que aquél era chiquitito, bigotudo y peripatético, y este es grande, gordo como un chanco y calmadamente astuto, lo juro por Dios —para nuestros tiempos globales—, no existe ninguna, carajo, ninguna...".

El nazismo constituye a la víctima por los atributos que le otorga, más que por lo que él hace. El pueblo judío siempre sostuvo una diferencia, y esa diferencia

actúa de dos maneras: primero, pone en contacto al otro con su diferencia, y segundo, no permite que se constituya como el todo. Foucault lo analiza en una situación extrema: "Se sabe que a partir del momento en el que hay fijación racista, los otros no solamente son excluidos e inferiores sino que por una cristalización imaginaria se los dota de una serie de atributos, y tras estos, de una esencia de maldad que justifica de antemano todo lo que se les hará padecer". Castoriades retoma el planteo: "Para los sujetos de la cultura considerada, esa incompatibilidad implicaría tolerar en los otros lo que para ellos es abominable".

La idea aparentemente tan simple e incuestionable de que los otros son simplemente otros, es una creación histórica que va contra las tendencias espontáneas a la institución de la sociedad. Los otros han sido instituidos como inferiores. El modo de valorizar las propias instituciones es sostener que son las únicas verdaderas — que no necesitan explicación y por lo tanto lo de los otros es falso. Judit Liwerant lo expone en el campo comunitario judío: "En este sentido, en un mundo global asumimos como judíos un desafío particular: fuimos el 'otro' marginado, el otro en la historia, el otro excluido en el siglo XX. Compartimos dos escenarios: por un lado, una designación excluyente de un modo paradigmático producida por el Holocausto, y por el otro, luchar por asumir una identidad que no incorpore esa exclusión, una identidad no marginal".

Es posible decir que desde la Guerra de los Seis Días el palestino se constituyó en el otro marginado, y que el pueblo palestino busca una manera de no incluir

40 esa exclusión. En el comentario de Assaf Orón se advierte que, como dice Castoriades, el otro fue catalogado como inferior (subhumano), y que para los israelíes la confianza en sí mismos no concuerda con la desconfianza con los palestinos. Es posible aplicar el concepto de Foucault a los palestinos, cuando dice que al producirse la fijación racista se los carga de una serie de atributos y de una esencia de maldad que justifica lo que habrán de padecer.

Iosi Beilin (ex Ministro de Justicia de Israel) interpreta el deseo de Arafat: "Lo que quiere Arafat es alcanzar un arreglo permanente con Israel, que le permita convertirse en presidente de un Estado palestino con Jerusalem como capital... Es necesario encontrar una solución lo antes posible porque la postergación no significa establecer un *statu quo*, sino la profundización de la violencia, la desesperanza y la pobreza".

No es la intención de este artículo entrar en la polémica de si la visita de Sharón a la explanada de las mezquitas fue una provocación que desencadenó espontáneamente la intifada, o un pretexto de Arafat para reiniciar la intifada como lo sostiene Shlomo Ben Ami, en ese momento Ministro de Seguridad Interior de Israel. Pero el debate existe: interpretaciones, libros que se contradicen, críticas manifiestas a la conducta de Barak y de Sharón. Durante el nazismo ¿podía haber una oposición manifiesta?

En el caso de Israel es absurdo acusarla de nazismo: el nazismo fue una maquinaria industrial de la muerte, y todos eran culpables por ser judíos. No se asesina a un palestino, un otro, que no hizo nada: se

combate a quienes hicieron y a quienes los mandaron a hacer. El ejército israelí que combatió en Jenín no se propuso matar a todos los árabes, mujeres, niños, hombres, ancianos, sin ninguna discriminación. Afirmando esto al mismo tiempo que declaro que es condenable la invasión de Israel a los territorios, y que considero injusta la existencia y persistencia de los asentamientos en tierras palestinas.

Considero que lo más grave de la comparación de la conducta israelí con el Holocausto, es minimizar la significación del Holocausto. Para Hitler todos los judíos estaban condenados. La religión judía no dice que sólo los judíos tienen que vivir. Un dirigente palestino dijo en un reportaje: "En el Corán se dice que todos los judíos tienen que morir, no hay ninguna paz posible".

El nazismo fue un ideal de pureza, que consistía en la permanencia exclusiva de la raza aria y la muerte de todos los demás, incluso la de los alemanes impuros. Sólo quedarían vivos los alemanes puros. Ese ideal no es de Sharón, ni se puede adjudicar a los israelíes; es posible que sea el de algún fundamentalista, pero nadie busca la pureza. Nadie sostiene que deben morir ciertos israelíes para que aquellos que sobrevivan sean puros.

No creo que el tratamiento que recibieron los árabes que viven en Israel fuera el más adecuado, y menos aún el que recibieron los árabes-palestinos de los territorios ocupados. No creo que la actual guerra de desgaste favorezca a nadie, aunque la estrategia palestina perpetúe el desgaste a través de los actos suicidas, creyendo que sólo dispone del terror para enfrentar a la potencia militar israelí. Esta estrategia

olvida que las consecuencias de los actos suicidas deben compartirse. Si para los árabes es importante la muerte de un árabe palestino, para los israelíes es importante la muerte de un israelí.

No pude negarse que ambos pueblos tienen derecho a defenderse, y aunque uno sea una potencia militar y el otro no, el desgaste no favorece precisamente a la potencia, por una cualidad distinta que le asigna a la vida. No hubo por lo menos hasta ahora actos suicidas israelíes, y no es porque dispongan de otros medios, sino porque para el pueblo judío existe la santificación de la vida.

No hay una maquinaria para matar a todos y asegurar que no quede descendencia, y, a diferencia del nazismo, se escuchan en el pueblo israelí llamados contra la invasión cuyos responsables no fueron fusilados.

Si hablamos de fundamentalismo, los árabes como pueblo son más proclives a él que los israelíes.

Los palestinos cometen atentados suicidas. Tienen organizaciones que provocan respuestas, y se oponen, tal como lo hacen muchos grupos extremistas israelíes, al proceso de paz. En cambio, al problema palestino no es indiferente la sociedad israelí. Tanto israelíes como árabes desperdiciaron posibilidades de paz. Creo que los pueblos quieren la paz pero con victoria, y aquello que significa triunfo para uno significa derrota para el otro y viceversa. No es justicia lo que se busca con los atentados sino poder.

Cuando se actúa en nombre de Dios para legitimar la guerra o la violencia, la palabra se declara ineficaz.

Este es el tema central de este artículo: demostrar que la perversión impune de las palabras no contribuye a la paz sino que alienta la guerra, porque crea una versión falsa de la actuación israelí. En Israel hay todavía un parlamento. En la comparación de Hitler y Sharón es muy simple la tergiversación que se propone: nuevas elecciones propondrán otros candidatos, gran diferencia con Hitler que era el único. Ningún israelí, salvo grupos muy definidos y poco numerosos entre los que se cuentan los colonos que justifican su presencia en términos de pertenencia por motivos religiosos, piensa que es posible la desaparición de todo el pueblo palestino.

Plantear a Israel como nazista, estimula a los reaccionarios israelíes y concede impunidad a los árabes. Los judíos enviados a los campos de concentración no habían hecho nada malo. En cambio, los árabes sí: se negaron a aceptar programas de solución al problema del estado palestino, respondieron con piedras y luego con armas a la ocupación, y finalmente impulsaron a la muerte a niños. Sus terroristas suicidas matan indiscriminadamente a la población civil, lo que interfiere en cualquier proceso de paz.

Israel transmite la certeza de que puede defenderse sin necesidad de ayuda, y Sharón, apoyado en la visión de Bush de que todo es terrorismo, trata a todo el pueblo palestino de terrorista. Sin embargo, de ninguna manera es el único condenable del Medio Oriente. Arafat es el eterno líder palestino, dispuesto a morir como un mártir en la encrucijada en la que se encuentra. Fiel a sí mismo más que al pueblo palestino,

42 también es portador de un doble discurso, al reclamar un cese de fuego y de violencia, mientras sus fanáticos se inmolan asesinando a cuantos judíos puedan, aunque en el camino queden cadáveres indiscriminados.

En esta guerra de imágenes, percibo que la muerte de un niño palestino produce un impacto emocional mayor que la de un niño israelí. Eso contribuye a que mueran más niños palestinos. No es la causa de su muerte, pero la estimula. Una foto de un niño muerto que sale en primera plana de los diarios es una batalla ganada para los árabes. No ocurre lo mismo con los cadáveres israelíes.

Cerremos este análisis con lo obvio: Los judíos no tenemos ninguna condición particular para vernos como una unidad. Sin embargo, a medida que avanza el estado de guerra, la diferenciación dentro del pueblo judío se atenúa, porque la violencia nos obliga a estrechar filas y no permite que esa diversidad se manifieste. Es cómplice de esta guerra el que inventa la unicidad y prevé para todos el mismo destino. Ello no ocurre en la derecha únicamente, sino también en la izquierda. En todo lugar en el que el poder se disfraza de justicia. Nadie puede obligarnos a vernos como si todos fuésemos Sharón, para desde ahí explicar lo que ocurre en Medio Oriente, y quién es la víctima y quién es el victimario.

Estoy seguro de que aquellos que en nombre del bien victimizan al pueblo palestino, al pensar en él sin otro interés que la paz, fomentan la guerra en nombre de la paz. ¿De qué manera? Legitiman el terrorismo árabe; fortalecen la idea de represión sostenida por la derecha

israelí, de la cual el Primer Ministro es ilustre representante; inclinan a sectores de esa derecha a una posición más extrema, y crean dudas en los sectores pacifistas de la sociedad israelí.

Creer en las piedras que tiran los chicos, es pensar que los chicos se mueven por la justicia, y no por el odio.

La ceguera de la cual Saramago es un fiel representante, como escritor y como portador de la posición de los países de Europa, equipara a Israel con EE.UU., como lo demuestran los jóvenes islámicos que viven en los suburbios de París, para quienes todos los israelíes y judíos del mundo son Sharones y Bushes, por lo cual justifican cientos de actos antisemitas contra instituciones judías en Francia.

Es probable que Saramago sea un antisemita más, o que mienta con alevosía. ¿Está Saramago tan convencido de que todos los palestinos quieren la paz con Israel, desde un sentimiento nacional? ¿Cómo explica el suicidio en nombre de las promesas sobrenaturales que les hacen, cuando pretende que todos seamos laicos?

En "Matar en nombre de Dios" Saramago dice: "En algún lugar de Israel, mientras algunos soldados israelíes inmovilizan a un palestino, otro militar le parte a martillazos los huesos de la mano derecha. El palestino había tirado piedras". Cuando en una semana explota voluntariamente un terrorista lleno de explosivos y mata a 20, 25, 3, 15, además de los cientos que hiere, ¿sólo tiran piedras?

En su discurso de recepción del Premio Jerusalem en 2001, Susan Sontag, también pro palestina, aludió al

sufrimiento palestino de una manera distinta. Amós Oz, escritor israelí y candidato al Premio Nóbel, en un reportaje publicado en el diario *La Nación* en 2001, contesta a un periodista que le pregunta qué actos israelíes le habría gustado que fueran diferentes: "Creo que el principal error israelí en este conflicto fueron los asentamientos en los territorios ocupados (...) el error más trágico que cometió Israel a lo largo de este conflicto. No menciono los trágicos errores palestinos porque no es ésa la pregunta, pero ellos también han cometido algunos errores terribles... Lo más sintético que puedo decir es que el conflicto entre israelíes y palestinos es un choque entre lo justo y lo justo, no entre lo justo y lo injusto (...) Por supuesto que, en ese trágico choque, yo creo en el derecho israelí a defendernos y a pelear por nuestra vida y nuestra libertad. Toda batalla, toda guerra peleada por cualquier cosa que vaya más allá del derecho a la vida y a la libertad, es injusta. A los palestinos que luchan por la liberación de Palestina, yo los respeto y puedo contemporizar con ellos. Con los palestinos que luchan por exterminar a Israel no puedo dialogar, de ellos voy a defenderme (...) Lo mismo se aplica, por supuesto, a judíos moderados y judíos fanáticos... No somos una sola familia sino dos, y no estamos felices juntos. Así que necesitamos trazar una línea y dividir el país en dos países. No va a ser fácil, va a doler como el infierno, pero será la solución".

Puede parecer excesivo en un artículo que no tiene pretensiones intelectuales, incluir párrafos largos de distintos escritores. Son dos los motivos que tengo conscientes: el primero, que hay distintas maneras de acercarse, sin juzgarlo, al conflicto árabe-israelí, y la segunda, una intención manifiesta de difundirlos.

Quisiera arriesgar la hipótesis que cuando más extremista se vuelve un ser, o más rígido en su concepción de la vida, al hablar en nombre propio o en nombre de la justicia miente, y además pierde el espíritu. Creo que en la materia el conflicto árabe-israelí no tiene solución; en el espíritu, sí.

A modo de cierre, quisiera relacionar el comentario de José Saramago, Amós Oz, y Susan Sontag con las palabras de Tom Segev:

"Relacionar el juicio con la justicia, genera la injusticia. Tratar de resolver un conflicto entre lo justo y lo justo, crea la posibilidad de que haya justicia. Creer que aquello que parece es, fomenta la mentira. Creer que aquello que se parece, pero aunque se parezca no es, introduce a la verdad. No siempre lo que es justo es verdadero, ni tampoco lo verdadero aparece como lo justo. La única posibilidad abierta a palestinos e israelíes es que puedan compartir el triunfo y la derrota: en ese caso no habrá victoria, pero es posible que haya paz".

31 de marzo del 2002

Este texto de uno de los mejores poetas judeo-latinoamericanos ejemplifica la fascinación por falaces inversiones simétricas con que se ha intentado metaforizar el drama palestino recurriendo a íconos de la Shoah: los "cincuenta, quinientos palestinos suman tantos como seis millones", y los bulldozers de Tzáhal en Jenín se transfiguran en los alambrados de púa de Auschwitz. Las inversiones y contrastes no acaban allí: Szpunberg necesita un testigo, y acude nada menos que a la imagen de su abuelo José, ícono del judío tradicional humanista y pacifista, para dar testimonio del operativo militar israelí en Jenín. El zeide se horroriza del mal causado por los bulldozers israelíes, mientras el nieto relator se imagina como un muchacho que tira piedras en la intifada. El peligro y el "olor dulzón de la muerte" únicamente relampaguean cuando se trata de Auschwitz, la ESMA, Bosnia, Kosovo, Jenín: el narrador no recuerda, benjaminianamente, ni siquiera un solo momento del terror palestino que diezmó también a sobrevivientes de la Shoah en el restaurante de Natania o en los ómnibuses de Haifa o Jerusalem. Finalmente, la dialéctica de la diferencia y la semejanza de "¿El año que viene en Jenín?" —que publicamos seguido de artículos que discuten su falacia ideológica— se resuelve en un deseo imaginario y sin conflictos: "el año que viene en Jerusalem". Quienes han de reencontrarse en la Tierra Prometida del abuelo José son todos los soñadores del mundo, los refugiados palestinos, hasta los desaparecidos de la ESMA. Los únicos ausentes de esta parábola de tan bella factura, muy significativamente, son los israelíes.

¿Acaso ese final sea uno de los riesgos extraliterarios de confundir la radicalidad del mal con la banalidad del mal?

L.S.

¿El año que viene en Jenín?

Alberto Szpunberg

1.

El olor dulzón de la muerte impregnaba el aire de polvo y dolor, mientras un enjambre de moscas sofocaba el campo de refugiados de Jenín. Con las manos, y sin lágrimas, dos hermanos buscaban el cuerpo de Hamad

Massaud Abu Ba, su padre, sepultado por los bulldozers del ejército israelí a un metro bajo tierra.

Yo mismo no sé por dónde empezar. El tecleo siempre es infinitamente más lento que las ráfagas. Antes de pulsar una sola letra, alguien ya puso en

Argentina, 1940; vive en España desde 1976. Poeta y periodista. Entre sus libros: "El che amor" (1965), "Poemas de la mano mayor" (1962); "Su fuego en la tibieza" (1981).

marcha su bulldozer y avanza, ojo por ojo, diente por diente, sin distinguir ventanas, paredes, perros, niños, libros, novias, gasas, platos de sopa aún tibios, ni siquiera ese viejito –¿mi abuelo José? ¿Qué hace ahí en Jenín, en ese infierno, mi abuelo José?–, ni siquiera ese viejito que se lleva las manos a la cabeza para cubrirse del horror. Quiero tomarlo por los hombros y apartarlo, quiero gritar, pero es tarde. ¿Siempre es tarde? La muerte, que no tiene después, siempre es antes. Y la sangre es el único río en que los seres humanos nos bañamos dos, doscientas, infinitas veces. Me miro al espejo y no sostengo la mirada del judío que me mira. Los ojos de mi abuelo José eran transparentes como la primera estrella. Pero su manera de titilar ahora es llanto.

2.

El área parece arrasada por un terremoto, con las casas destruidas y sus paredes dinamitadas por los tanques e incendiadas por los misiles, lanzados desde los helicópteros Apache en Hawashin, el corazón del campo de refugiados de Jenín. Bombardearon los colegios de Naciones Unidas, el centro de salud y también el de purificación de agua.

Mi abuelo José me contó que Moisés había sido tartamudo –«pesado de lengua»– y no me sorprende. Yo mismo lo he leído en su libro –«es el Libro de los Libros», me explicó mi abuelo–, y a ese Libro de los Libros lo leo en hebreo, idioma que me enseñó mi abuelo José. «Es la lengua de Dios –me dijo– y todo lo que dice es verdad». Fue una revelación. Era una escritura realmente tartamuda: letras y letras desunidas, blanco

sobre negro, independientes unas de otras, pero todas juntas a coro para que a través de ellas, incluso a través del blanco que las separa, pueda expresarse Dios, un Dios tan terrible y, a la vez, tan generoso. Así está escrito, como los mismos judíos: dispersos, todos diferentes y todos judíos. Si esta lengua –«pesado de lengua»– es la voz de Dios y todo lo que dice es verdad, ¿cómo se escribe en hebreo la revelación de un verdadero crimen sin tartamudear? Mi abuelo José me mira desde el espejo, se vuelve hacia los fieles que lo rodean y estrecha sus manos. No son muchos –¿cincuenta, quinientos, mil palestinos?–, pero todos saben que suman seis millones... Todos ellos han estado en Auschwitz y saben muy bien qué es Jenín. Y a mi abuelo se le llenan los ojos de lágrimas. Después de 5.762 años, él no hace planes de futuro –«El año que viene en Jerusalem»– para discutir las diferencias entre un horno crematorio y un misil ni si seis millones de judíos son más que cincuenta, quinientos palestinos. Me acerco un poco más al espejo y me reconozco: sus lágrimas son mías.

3.

Abuanas, un empleado del Ministerio de Salud de la Autoridad Palestina, de 35 años, se ha quedado sin casa, sin ropa, sin futuro. Vio dos cosas que aun le dan ganas de vomitar. Una, un grupo de soldados israelíes disparando sobre la ingle de un joven palestino armado para después pasarle, aún vivo, un tanque por encima...

Ahora –¿aún estamos a tiempo?– me doy cuenta: pobre Moisés, ser portavoz de un Dios tan terrible como para pedirle a Abraham que demuestre su fe con una

46 muerte, nada menos que la de su propio hijo (*Génesis*, 32), y tan generoso como para prometerle a una horda de esclavos muertos de hambre una tierra donde manan la leche y la miel (*Éxodo*, 3). Eso, toda esa locura lo volvió a Moisés «pesado de lengua», tanto es así que llegó a las puertas de la tierra prometida y no pudo alcanzarla. ¿No nos está pasando lo mismo? Intento explicarle todo esto a quien me mira desde el espejo, pero apenas tartamudeo, como si mi lengua, pesadísima, tectease. Estoy a punto de decirlo, lo tengo en la punta de la lengua, pero siempre, siempre la palabra es más lenta que una ejecución sumaria.

4.

La otra fue ver cómo los bulldozer israelíes abrían una trinchera, colocaban cuerpos en pleno centro del campo y los cubrían con tierra, aunque hoy la lluvia haya transformado esta fosa común en un lodazal.

Yo pertenezco al pueblo elegido por ese Dios tan terrible y tan generoso. Soy ateo, profunda, tranquila, apaciblemente ateo, pero hay veces en que querría que el dedo de Dios no me señalase. Finalmente, elijo ser elegido. De lo contrario, nunca hubiera sido el nieto de mi abuelo José. El Día del Perdón –del perdón, no del olvido–, en la sinagoga, él se cubría hasta la cabeza para que yo me refugiase bajo su manto sagrado cubierto de letras doradas y flecos sedosos. Al amparo de esa intimidad invulnerable –ni los alambres de púa de Auschwitz, ni la picana eléctrica de la ESMA, ni los bulldozer de Jenín podían con ella–, su dedo tembloroso seguía la lectura de las plegarias como quien sigue el curso de un inquietante río para que yo no me perdiese

en aguas tan turbulentas, aunque siempre los destinos soñados eran los mismos: paz, sobre todo paz, y de paso, ¿por qué no?, también salud, comida, buena suerte. Y cuando era el momento de decir “porque tú nos elegiste entre todos los pueblos”, mi abuelo José se reía, me daba un codazo y me decía al oído: «para golpearnos...» Y su dedo se detenía junto al inquietante río del versículo. Siempre hay que saber detenerse un instante antes de que la sangre llegue al inquietante río. Era ese instante en que sus ojos transparentes se humedecían, cerraba el libro y decía: «El año que viene en Jerusalem».

5.

Según Hend Alí Oes, una palestina de 50 años, un soldado tomó de los pelos a Rateb, su nieto de dos años, le puso una pistola en la cabeza y los intimó: “Salgan todos o le disparo”. Cuando salieron, un misil incendió la casa y la familia se refugió, junto a otras 50 personas, en la casa de una vecina.

Muchas veces me pregunto: ¿en qué se parece un judío a otro judío? Hoy más que nunca lo tengo claro: en lo diferentes que son. Por eso, todas las mañanas, cuando me miro al espejo, veo que no soy el mismo y descubro al judío que soy. A veces me veo tan igual, que ni me reconozco y hasta me olvido de quién soy. Pero siempre hay alguien diferente a mí que se cruza por mi camino y me lo recuerda. Por lo general, soy yo mismo; a veces incluso es otro judío. Ahora, por ejemplo, Sharón me apunta con su dedo y no le tiembla el pulso.

– Antisemita! –le grita mi abuelo José.– Pogromchik!

Oigo su grito y entonces sí me reconozco, tranquilo, al lado de mi abuelo José, que suspira hondamente y, con los ojos húmedos, exclama: «El año que viene en Jerusalem», y se da vuelta hacia los otros fieles, y yo con él, y estrechamos la mano de todos, uno a uno: primero, por supuesto, mi padre, Arie Leib, en cuyo silencio más profundo resuenan los nocturnos de Chopin; el señor Bercovich, plomero de manos duras y corazón tierno; mi tío Enrique, con el mismo traje gris con que fue rico y cayó en la pobreza; mi tío Manolo, comunista con un halo de noctámbulo y mujeriego; el infaltable peluquero Piatock; Isaías, el zapatero remendón que tenía una hija mogólica, y también el otro Isaías, ese que se acerca y nos dice: «Voy a crear nuevos cielos, una nueva tierra» (65:17)... Mi abuelo asiente satisfecho desde el espejo y sigue estrechando las manos de tantos, tantos profetas: Jeremías, Ezequiel, Oseas, Zacarías, el pastor Amós...

6.

Una bomba está incrustada en la puerta de la casa de Maha Shalabi. «No avance. Si abrimos la puerta, volamos todos, ¿Dónde voy a ir ahora?», pregunta esta estudiante de farmacia de 23 años.

– ¿Amós? –me sorprendo,– ¿Usted por acá?

– Sí –me contesta mi profeta preferido.– Y ojo, que dos pecados ya perdoné, pero nunca un tercero (Amós, 1)...

Y yo me doy vuelta para preguntarle a mi abuelo José: «¿Ya he cometido el tercer pecado?», pero mi abuelo José no está a mi lado sino enfrente, y me mira desde el espejo y yo no puedo sostener su mirada. Soy

otro. El bulldozer pasa por encima de un niño de Jenín y nada lo detiene, ni siquiera Amós, que se aleja de la sinagoga, siempre rumbo a Jerusalem, pero definitivamente abrazado a un puñado de palestinos –entre ellos él, yo, mi abuelo José...–, que son llevados al paredón cuyos ladrillos saltan por los aires y bañan de sangre el espejo. Nunca volveré a ser el que era. Un Dios terrible, hoy infinitamente más terrible que generoso, me ha señalado con el dedo. Y como es sabido que un judío habla hasta cuando sólo gesticula, lo miro de frente, –«panim el panim», leería mi abuelo en hebreo, «cara a cara», como Moisés hablaba con Dios– y, aunque tartamudee, no quiero callar: ¿El año que viene en Jerusalem?

7.

“Sé que aquí hay un cadáver, además del de mi hermano Abderrahim, que sacamos ayer”, declara Huda al Farraj, de 23 años, mostrando una zona aplastada que hasta hace poco era su casa.

Sí, hay amores eternos en mi vida –mis hijas, la perra Shila («que en paz descanse»), el libro de oraciones de mi abuelo José («que en paz descanse»), la mujer de la que me enamoraré mañana, ese verso de Ungaretti («que en paz descanse»)–, y entre esos amores, Jerusalem (en hebreo, «ciudad de la paz»). No puedo dejar de creer que todos mis caminos –ESMA, exilios, El Masnou, regresos. clandestinidades, Auschwitz, huidas, combates, Jenín, derechos humanos– algún día culminarán en Jerusalem. En cualquier rincón del mundo, pero siempre en Jerusalem. Y entonces habré llegado, como buen judío, acaso para partir nuevamente. Un día

le pregunté a mi abuelo José: «Si ahora estuvieras en Jerusalem, ¿seguirías diciendo "el año que viene en Jerusalem"?». Mi abuelo me miró sorprendido. Nunca se le había ocurrido, ni aun estando en Jerusalem, dejar de decir «el año que viene en Jerusalem». Mucho menos que a su nieto, este que soy yo frente al espejo, se le ocurriese una pregunta semejante. Siempre, siempre ha sido y será «el año que viene en Jerusalem». Sólo la muerte no sabe del año que viene en Jerusalem. Si todos los judíos se parecen en que son diferentes, ¿cómo un judío no va a soñar un mundo diferente, donde haya lugar para todos y todos se parezcan en eso: en que son diferentes? Y no tartamudeo al decirlo: «el año que viene en Jerusalem».

8.

Cuando la joven empezó a cavar con una pala y la ayuda de cinco familiares, un olor nauseabundo empezó a salir de los escombros, entre la ropa y los cristales rotos.

Y mi abuelo José sigue estrechando la mano de todos. «El principio teológico judío central, no formulado, no dogmático, sino que subyace y cohesiona toda doctrina y profecía, es la creencia en la participación humana en la obra de redención del mundo», le dice Martín Buber. Y mi abuelo, aunque no sabe qué significa la palabra «teología» ni «doctrina» ni «redención», me codea para que lo escuche atentamente y estreche su mano. Y saludo a Baruj Spinoza, Henrich Heine, Franz Rosenzweig, Gershom Scholem, Leo Löwenthal, Franz Kafka, Shalom Aleijem, Itzjak Babel, Gustav Landauer, Carlos Marx, Albert Einstein, Sigmund Freud, Ernst Bloch,

Erich Fromm... «¿Maimónides por acá? ¿Pero usted no escribía en árabe?», pregunta el tesorero de la sinagoga, un falso cabalista que sólo contabiliza letras en hebreo. «¿Y yo no escribo en idish?», interviene Isaac Bathevis Singer. «¿Y yo no en italiano?» sonrío Primo Levi, a un paso del suicidio. «¿Y yo no con novias y violinistas que sobrevuelan los tejados del mundo?», protesta Marc Chagall.

9.

Poco a poco van saliendo ancianos, con las manos en alto, madres con bebés que ven la luz del día por primera vez en once días, y miran las pilas de basura, esa geografía de demolición y ruinas, como sonámbulos. Amal carga en sus brazos a su hijo de siete meses; el de cuatro años ayuda en la mudanza forzada.

Pero Walter Benjamin advierte a tiempo: «Articular históricamente el pasado no significa articularlo como realmente ha sido. Significa adueñarse de un recuerdo tal como éste relampaguea en un momento de peligro». Mi abuelo palidece. ¿Un momento de peligro? ¿Otro pogrom? ¿Auschwitz? ¿La ESMA? ¿Kosovo? ¿Bosnia? ¿Jenin?... .

¡Cuidado! ¡Abajo de la bota hay una muchacha! – advierte mi abuelo. – ¡Abajo del bulldozer hay un colegio!

Y mi abuelo me abraza para protegerme de mí mismo. Un muchacho de la Intifada, que soy yo, recoge una piedra y la arroja. El espejo relampaguea y salta en pedazos, como letras sagradas, escritas a sangre y fuego en el vértigo de la historia. Y tartamudeo, claro que tartamudeo, pero hablo.

10.

A las dos de la tarde, los soldados israelíes y sus tanques regresaron a Jenín y volvieron a imponer el toque de queda.

Mi abuelo se cubre de los tanques con el manto sagrado y yo busco la tibieza que anida en su «kefiah». El muchachito que arrojó la piedra me lleva por las calles de la capital del Estado Palestino y del Estado de Israel y me dice: «El año que viene en Jerusalem». Mi abuelo José asiente. Sus ojos brillan transparentes como la primera estrella. Me reconozco en su esplendor, que cubre al mundo. Las alambradas de Auschwitz han

desaparecido. Los desaparecidos de la ESMA se acercan a la luz y en ella se refugian. Los refugiados de Jenín recogen las piedras y reconstruyen sus casas. Volvamos a la tierra prometida, volvamos al mundo. «Anoche tuve un sueño y no sé qué significa», le dice el Faraón de Egipto a José, sí, a mi abuelo José. Él sabe mucho de sueños y le explica. Pero Sharón no entiende de sueños. Lanza sus bulldozers encima de la horda de esclavos, pero el Mar Rojo sabe quién pasa y quiénes no pasarán. Mi abuelo sigue con su dedo el inquietante río de la plegaria. Al final del versículo hay una tierra donde mana la leche y la miel. ¿Quién, por Dios, quién no lo entiende?

¿Jenín y Auschwitz?

La deslegitimación por el absurdo

Mario Sznajder

Una noche de mayo del 2002 recibí una llamada desde México. En un programa de radio que se transmitía en vivo habían entrevistado al notorio cientista social, experto en América Latina y de reconocidas credenciales izquierdistas, James Petras. Esto sucedía poco tiempo después de la muy publicitada 'masacre de Jenín', de la cual Petras se hizo eco y, expresándose en pos de Saramago, sostuvo que Jenín no era analogable a Auschwitz, sino al Gueto de Varsovia. La tesis era simple: la resistencia palestina en Jenín y otras ciudades y campamentos de refugiados era, a ojos de Petras, similar a la violenta insurrección de los judíos del gueto de Varsovia contra los nazis y diferente de la pasiva sumisión de los judíos deportados a Auschwitz. La radio mexicana pedía que yo respondiera a la argumentación de Petras, e, indirectamente, a la de Saramago. Los sucesos de Jenín, en el marco de la Intifada Armada o Intifada Al-Aqsa, habían conmovido a la opinión pública israelí y provocado serias discusiones a nivel interno e internacional. Estas no se basaban en que ambos eventos — Varsovia 1943, Jenín 2002— tuvieron lugar en el mismo mes de abril, sino en el clamor provocado por las noticias de una 'masacre de miles de palestinos' y de la forma en que Jenín fue

supuestamente arrasada. Asimismo, aquellos que simpatizaban con la parte palestina hacían hincapié en la heroica y desequipada resistencia popular que enfrentaba al pertrechado ejército israelí. Claro está que, al cabo de varias semanas, el informe presentado por la comisión internacional que revisó los sucesos de Jenín sacó a la luz otra realidad. La mentada masacre de 'miles de palestinos de todo sexo y edad' —se lanzó repetidamente la cifra de cinco mil— no había tenido lugar, no sólo en Jenín sino ni siquiera en el marco total de los 1.000 días de Intifada Armada. Se encontraron cerca de cincuenta cadáveres en las ruinas del centro del campo de refugiados de Jenín —una superficie de varios cientos de metros cuadrados donde se libró la parte central y más encarnizada del combate entre palestinos e israelíes—, casi todos varones y armados. En cuanto a construcciones, la absoluta mayoría de la ciudad de Jenín y aun del campo de refugiados sigue en pie. La comparación humana y material entre la destrucción del gueto de Varsovia en 1943 y los sucesos de Jenín en 2002 es simplemente absurda.

Claro está que el argumento contra la comparación de Petras no es un argumento cuantitativo, ya que tratándose de

Emigró desde Chile. Vive, estudia y trabaja en Israel desde 1966. Profesor asociado del Departamento de Ciencia Política e investigador asociado del Instituto Truman para el Avance de la Paz, ambos en la Universidad Hebrea de Jerusalem.

vidas humanas las consideraciones de orden moral imponen el valorar cada vida como un universo entero — así lo es, al menos, en la tradición judía. Pero los detalles materiales son necesarios para entender qué sucedió y por qué sucedió y ver si hay alguna base que sustente la comparación anterior.

No es necesario volver a la historia del gueto de Varsovia para señalar que su liquidación por parte de la maquinaria nazi de exterminio costó la vida, en forma directa, a decenas de miles de judíos que aún sobrevivían e, indirectamente, a cientos de miles de judíos. Tampoco hay que volver en forma detallada a las fuentes históricas para entender que la destrucción física del ghetto en Varsovia fue de proporciones totales y estaba enmarcada en la 'solución final' nazi al 'problema' del pueblo judío y en el esquema racista que sustentaba el III Reich. Lo crucial sería que el judío del ghetto de Varsovia, combatiente o no, enemigo activo del nazismo en Varsovia o pasivo en Auschwitz —y de ahí que no haya gran diferencia entre la argumentación de Saramago y la de Petras, aunque este último intente fundamentarla— pertenecía a una categoría de condena sellada, cuyo único destino ineluctable era el exterminio. ¿Puede el Sr. Petras afirmar lo mismo con respecto al destino de los palestinos en su conflicto con los israelíes?

Y esta diferencia no sólo se da y reafirma a lo largo de todo el conflicto árabe-israelí y palestino-israelí, sino también en sus eventos más sangrientos, como es el caso de Jenín.

Sin estar de acuerdo con la política del gobierno de Israel, ni con el tipo de respuestas o acciones israelíes en el marco de la Intifada Armada, está claro que el uso de las comparaciones absurdas, como la mencionada anteriormente, tiene otro fin. La comparación de las acciones israelíes con las del régimen nazi en Europa pretenden simplemente deslegitimar

el derecho a la existencia del Estado de Israel. Nuevamente, un tipo de lógica basada en una presentación muy parcial de ciertos hechos se convierte en la absurda propuesta tácita —y a veces no tan tácita— de que los judíos israelíes, al tener la oportunidad, actúan contra sus enemigos como los nazis actuaron contra los judíos. Y si es así, y el Holocausto judío está relacionado con la necesidad de existencia, creación y legitimidad del Estado de Israel, dos conclusiones son posibles. La primera es que las nuevas víctimas, en este caso los palestinos, tienen derecho a su estado porque los judíos israelíes hacen con ellos lo que los nazis hicieron con los judíos europeos. La segunda es que, con su comportamiento hacia los palestinos, los judíos israelíes destruyen la legitimidad de Israel y puede ser que el Estado Judío no deba seguir existiendo. Claro que para llegar a esto, Petras y otros se saltean muchos detalles al establecer sus comparaciones.

Parece superfluo señalar que la mayoría de los israelíes entiende y acepta la necesidad de establecer un Estado Palestino. Este proyecto contaría con un grado mucho más alto de apoyo en Israel, si la violencia palestina contra la sociedad israelí cesara. La tesis esgrimida por el Sheikh Ahmad Yassin, líder de Hamas, quien sostuvo al principio de la Intifada Armada que si los palestinos asestaran un fuerte golpe violento a la sociedad israelí, esta se desmoronaría e Israel dejaría de existir como Estado Judío hacia el año 2007, ha perdido validez. No sólo que la sociedad israelí no se desmoronó, sino que el Sheikh Yassin prorrogó su vaticinio en dos décadas: ahora sostiene que Israel dejará de existir hacia el 2027.

Más allá del problema de categorías raciales cerradas destinadas al exterminio, que en el conflicto actual entre israelíes y palestinos simplemente no existen, está el problema

del terror. ¿Acaso los judíos encerrados en el gueto de Varsovia, combatientes o no, o aquellos exterminados en Auschwitz y muchos otros campos de concentración, o guetos o aldeas de Europa Oriental, atacaron en forma violenta y terrorista a la sociedad alemana? ¿O será que los ataques palestinos contra civiles israelíes no tienen lugar en el marco de este conflicto? Siempre pensé que las vidas humanas, especialmente las de personas inocentes que no son actores directos en conflictos violentos, irrespectivamente de factores religiosos, étnicos, culturales, nacionales, de clase o cualquiera otra índole, deben ser respetadas. Ataques, suicidas o no, contra civiles cobran víctimas inocentes, sea en la parte israelí, sea en la parte palestina. Y si el ejército israelí, en su búsqueda tras quienes efectúan estos ataques contra civiles israelíes desde el campo palestino, termina matando civiles inocentes, se genera un problema moral de terribles proporciones a este ejército y a la sociedad que lo respalda. Está claro —también en el caso de Jenín— que el ejército israelí intenta atacar a quienes lanzan ataques contra la sociedad israelí y no a civiles palestinos inocentes, aunque muchos de estos finalmente caigan víctimas de los ataques israelíes. ¿O es que todos olvidan la ola de ataques palestinos suicidas en el Norte de Israel que precedió a los hechos de Jenín?

Pero también está claro que para los llamados combatientes de liberación nacional palestinos, sean del brazo armado de Hamas, o de Jihad Islami, o de Tanzim-Fataj o de los más pequeños grupos de izquierda, el blanco preferido son los civiles israelíes. Aquí la asimetría es clara. Sin entrar en el debate semántico o substancial sobre qué constituye terrorismo y terror, creo que los hechos y las intenciones detrás de éstos hablan por sí mismos. Mientras que del lado palestino se

escuchan frecuentes proclamas sobre la 'necesidad de destruir a Israel', de 'borrar a la entidad sionista', de 'echar a los judíos al mar', aun hoy ni los más extremos grupos de la sociedad israelí se expresan con el mismo grado de animosidad y, por qué no decirlo, de odio hacia los palestinos.

Comparar a Sharón con Goebbels, como hace Petras, o intentar establecer que por parte de Israel hay cualquier tipo de intención de exterminio hacia los palestinos, es hacer uso del absurdo para deslegitimar la existencia de Israel. Pero en el reino de lo absurdo, todo es posible, sólo que en vez de contribuir a los propósitos morales y pacificatorios que sustentan quienes hacen uso del absurdo, contribuyen a lo contrario. El fomento del odio no conduce a ningún tipo de negociación política, que es lo que hace falta para resolver el conflicto palestino-israelí.

Hace algunos meses, en una conversación con Pallo Jordan, Presidente de la Comisión de Relaciones Exteriores del Parlamento de Sudáfrica, éste, uno de los principales líderes del ANC y amigo de la causa palestina y de Yaser Arafat, me decía: "¿Por qué Uds. los israelíes, que son la parte fuerte del conflicto con los palestinos, no ceden y no hacen la paz? ¿Qué tienen que temer? En el Medio Oriente, son militarmente indestructibles."

Mi respuesta fue compleja. Intenté explicar como veían diversas partes de la sociedad israelí el conflicto. Expresé el temor a la relación entre sectores del campo palestino y un tipo de fanatismo islámico que va mucho más allá del conflicto local, hacia un conflicto aún no resuelto con el Mundo Árabe y con el Mundo Islámico, convirtiéndose en el tipo de guerra de religión que conduce a un destructivo juego suma cero. Pero luego pasé al argumento práctico y expliqué a Jordan el rol que ha jugado el Holocausto en la socialización de los israelíes. Cómo para el

israelí la violencia suicida palestina evoca en forma casi instintiva las imágenes del Holocausto, de los guetos, de Auschwitz. De allí, mi pedido práctico era que él optara por posiciones que, sin dejar de ser críticas a las políticas israelíes, fueran ecuanímes, para que los oídos israelíes no se cerraran frente a su argumentación. Para que no se produjera el fenómeno en el cual el israelí ve frente a sí a un mundo que es totalmente hostil y enemigo, a un mundo que lo deslegitima y evoca la lección del exterminio del Holocausto. Un mundo en el cual muchos israelíes ven la relación entre el suicida palestino en Tel Aviv y el misil Scud iraquí o sirio, o el misil Shihab iraní, apuntados a Tel Aviv. Y todos con un sólo objetivo: traducir la delegitimación del judío israelí, presentado como una nueva versión nazi, al hecho del exterminio físico.

Pallo Jordan escuchó y discutió seriamente mis argumentos, uno por uno.

Meses después, en mayo del 2003, políticos israelíes y palestinos se reunieron en un seminario sobre métodos para lograr la paz entre sociedades en conflicto. El seminario tuvo lugar en Arabela, una hermosa estación balnearia sudafricana cercana a Ciudad del Cabo. Esta reunión fue organizada por el South African Human Sciences Research Council y financiada por la Fundación Ford. Cuando Pallo Jordan se dirigió a los palestinos e israelíes que asistían a la reunión, todos lo escucharon en silencio y con el respeto e interés que despertaban las palabras de un antiguo combatiente contra el *apartheid*, prominente miembro del African National Congress, amigo y ex-ministro de Asuntos Ambientales y Turismo de Nelson Mandela. Todo esperaban que Jordan lanzara una prédica moralista contra las políticas del gobierno de Israel.

En cambio, Pallo Jordan se dirigió a los palestinos y les sugirió que dejaran de hacer uso de los *Protocolos de los Sabios de Sión*. "Los palestinos no tienen ninguna posibilidad de éxito si cada judío en Israel piensa que lo único que puede suceder es que los palestinos terminen por hacerlos estallar... Lo inteligente sería persuadir a los israelíes de que un Estado Palestino, una vez establecido, no representará amenaza alguna para Israel. Los palestinos no deben olvidar el trauma de los judíos en Europa. Si no estudian la historia judía, sobre los pogroms y el Holocausto, y no reconocen el sufrimiento padecido por el pueblo judío y no se liberan del contexto antisemita que sus comentarios crean, no tienen posibilidades de éxito en la promoción de sus intereses legítimos..."¹

Pallo Jordan apuntaba hacia lo cierto, que es también lo moral y lo práctico: no se trata de deslegitimar al enemigo sino de legitimar la causa propia. Esto se consigue comprendiendo los problemas de la contraparte. La prédica al odio, a la deslegitimación y a la violencia resultante de éstas, debe ser abandonada a favor del diálogo, el cual, aunque no tenga éxito inmediato, al reemplazar a la violencia salva muchas vidas inocentes. De ambos bandos enfrentados.

¹ Aviva Lori, "Now it is your turn", *Ha'aretz*, Friday, May 16, 2003, p. B4.

Un toro y seres de odio

Eliahu Toker

I - ¡Qué difícil hablar! ¡Qué difícil callar!

No viviendo en Israel, ¿tengo derecho a expresar libremente lo que pienso acerca de su/nuestra tragedia? Por otra parte, ¿tengo derecho a no hacerlo?

Lo que sucede es que siento simultáneamente un enorme respeto por el deseo de independencia del pueblo palestino y una enorme repugnancia por la hipocresía y la criminalidad de sus líderes, encabezados por Arafat, que llevaron a su pueblo y a Israel a un callejón sin salida.

Lo que sucede es que siento simultáneamente una honda preocupación dolorida por la tragedia en que está sumergido el pueblo israelí, en su lucha denodada por el elemental derecho a la vida, y al mismo tiempo siento un profundo rechazo por la figura de Sharón y por el mantenimiento de asentamientos judíos en tierras palestinas.

Se trata de una situación tan trágica como compleja. Resulta asombroso, y hasta sospechoso, que periodistas y escritores de primer nivel muestren tal desdén por la complejidad de esa tragedia que está teniendo lugar en Medio Oriente; resulta extraño que muestren en sus apreciaciones por lo que allí sucede tal grado de superficialidad, miopía, maniqueísmo, demonizando a Israel en bloque y angelizando acriticamente el fundamentalismo palestino.

Todos parecen olvidar que el más reciente disparador de esta tragedia (utilizo una y otra vez esta palabra) fue el tajante rechazo de Arafat, allá por setiembre del 2000, al generoso ofrecimiento del primer ministro israelí Barak de dar luz verde a la creación del Estado Palestino, entregar el 95% de los territorios en disputa incluida la parte árabe de Jerusalem, recibir parte de los refugiados palestinos del año '48 (no asimilados nunca por sus países árabes huéspedes) y compensar económicamente a los demás. Arafat rechazó este ofrecimiento exigiendo que amén de todo lo anterior Israel abra sus puertas a los cuatro millones de refugiados, condición que sabía inaceptable porque implicaba el suicidio a cortísimo plazo del Estado Judío. De inmediato, y antes de que tuviese lugar la arrogante y estúpida visita de Sharón a la explanada del Templo, Arafat lanzó su sanguinaria intifada. El rechazo de Arafat derrumbó el gobierno de Barak, y la intifada encaramó a Sharón.

¿Qué podría ofrecer Israel, sin suicidarse, que Arafat no haya rechazado ya?

La indignación es un sentimiento acumulativo. A las permanentes distorsiones, parcialidades e incluso barbaridades de los "bienpensantes", tipo Saramago, acaba de unirse para mi asombro el escritor Tomás Eloy Martínez. En la edición del diario *La Nación* de Buenos Aires, del sábado 13 de abril de este 2002, en una nota

Argentino, 1934. Poeta, ensayista y traductor. Entre sus libros: *Homenaje a Abraxas, Lejaim, Padretierra, El resplandor de la palabra judía.*

titulada "Seres de odio" desliza Tomás Eloy Martínez algunas de esas típicas afirmaciones insostenibles que circulan irresponsablemente por los medios. Reproduce, por ejemplo, sin discutirla, esta joya de la mala fe que atribuye a un anónimo periodista norteamericano: "Resulta falaz comparar a Arafat con Osama bin Laden. Sería más justo compararlo con Ben Gurión o con Golda Meir que organizaron emboscadas de terror cuando Israel debió luchar para que se creara un Estado Judío en 1947 y 1948. Los ingleses los llamaban terroristas. Ahora son próceres." En primer lugar, Ben Gurión y Golda Meir no sólo jamás acudieron al terror en su lucha por la creación del Estado de Israel sino que lucharon activamente contra los pequeños grupos terroristas judíos; Ben Gurión mismo ordenó echar a pique el barco *Altalena* que traía armas para ellos. Golda Meir, por su parte solía decir: "Con el correr de los años vamos a perdonarles a los árabes el que hayan matado a nuestros hijos; lo que nunca vamos a poder perdonarles es que nos hayan forzado a matar hijos de ellos." Es una aberración equiparar a ese par de líderes democráticos, que se dolían de veras por la muerte de todo hombre y de todo israelí, con un dictador hipócrita, de reconocida maestría en el arte de un enloquecedor doble discurso: mientras habla de paz empuja alegremente a su pueblo a un suicidio inútil y a una indiscriminada matanza de inocentes. La falacia es equiparar a quienes acuñaron como lema del ejército israelí "la pureza de las armas" con un individuo que, al mejor estilo nazi, educa a su pueblo desde la infancia misma en el odio indiscriminado del otro, en el éxtasis de la propia muerte en martirio,

empapándose las manos en la sangre del vecino. Un vecino con el que dicen sus líderes querer hacer la paz, pero contra el que educan a sus niños en el odio desde la cuna misma, enseñándoles con las primeras letras que las tierras del vecino les pertenecen y que su sagrada misión en la vida y en la muerte es recuperarlas. Lo expresaron claramente los líderes de Hamas en *La Nación*, el 7 de abril de ese mismo año: "Desde nuestra concepción ideológica no está permitido reconocer que Israel controle un metro cuadrado de la Palestina histórica." Desde ya que su concepto de la "*Palestina histórica*" incluye todo el territorio de Israel. Por si cupiese alguna duda el periodista acota, sin que le merezca ningún comentario: "Abu Shanab insistió en que no bromeaba cuando dijo 'En los Estados Unidos hay muchas zonas libres que podrían absorber a los judíos'."

La mencionada nota de Tomás Eloy Martínez contiene varias otras medias verdades tan falsas como peligrosamente provocativas, pero lo que importa dejar sentado aquí es que la tragedia que está teniendo lugar entre los pueblos israelí y palestino necesita ser leída sin cómodas simplificaciones. Como toda situación histórica compleja, más que de zonas blancas y negras está cruzada de grises.

Y algo más: Israel carga, es cierto, el síndrome de Auschwitz en su inconsciente colectivo y reacciona violentamente cuando siente amenazada su vida. La desesperada elección de un Sharón para salir de esta encrucijada forma parte de la tragedia, tal como la forma ese regodearse palestino con la muerte, el cantarla, el

armar a los niños, el educarlos para el suicidio y el asesinato.

Israel tiene, por supuesto, entre su gente fundamentalistas siniestros, pero tiene también pacifistas activos; del lado palestino, desdichadamente, sólo se oyen las sanguinarias voces de los fundamentalistas angelizados y respaldados acríticamente por intelectuales bienpensantes.

Israel es un toro formidable aguijoneado por fantasmas y en su persecución de esos fantasmas la emprende golpeando a ciegas. Israel es un toro decidido a no dejarse desangrar en la plaza de toros del Medio Oriente. El público grita contra el toro y azuza a los picadores suicidas, los aplaude y estimula. Israel es un toro de larga memoria, dolorido, injusto tal vez en su reacción, pero empeñado en no someterse a la suerte fatal señalada para los toros. En la memoria ancestral del pueblo judío hay demasiadas plazas de toros, demasiadas inquisiciones, demasiados holocaustos.

La única salida es la famosa paz de los valientes, aquella en la que, sin hipocresías y bajo una equilibrada mirada exigente del mundo, cada pueblo resigne parte de sus exigencias y ambiciones. Antes que siga rigiendo la cobarde paz de los cementerios.

II - Manifiesto Judío (o: la demonización de los intelectuales judíos)

Sí, la indignación es un sentimiento acumulativo. A esa respuesta mía a Tomás Eloy Martínez, que *La Nación* no publicó, le siguió un mes más tarde, en mayo del 2002, una apasionada polémica amistosa, vía correo

electrónico, con el poeta Alberto Szpunberg. Esa polémica desbordó el terreno personal cuando Szpunberg me hizo llegar un así llamado "Manifiesto Judío", en el que acababa de sumar su firma a la de Noam Chomsky, Marc Ellis, Adrienne Rich, Richard Falk, Ken Schubert, Michael Löwy y más de otros mil. En lo que sigue, el texto de Alberto está en itálica y el mío en mayúsculas.

Querido Eliahu: Sin ánimo de iniciar un tiroteo de e-mails, sino de aportar a una polémica que creo urgente, acá te hago llegar un Manifiesto Judío que hemos suscrito varios poetas, pensadores, intelectuales, científicos y escritores judíos de todo el mundo. Ya charlaremos sobre nuestros respectivos textos. Un abrazo, Alberto

QUERIDO ALBERTO: YO TAMPOCO TENGO INTERES ALGUNO DE COMENZAR UN TIROTEO CON NADIE Y MENOS CON VOS PERO... ESE MANIFIESTO "JUDIO" PECA DE UNA PARCIALIDAD, DE UNA MIOPIA INDIGNANTES Y ESCANDALOSAS, QUE DIRECTAMENTE NO SE PUEDEN CREER. ¿CÓMO PUEDE GENTE MEDIANAMENTE OBJETIVA E INFORMADA HACER DE CUENTA QUE EXISTE UNA SOLA PARTE GUERRERA, QUE ARAFAT ES UN INOCENTE ANGEL AGREDIDO POR LOS MALVADOS ISRAELIES? PESE A LAS TAJANTES FRASES QUE NO DAN MUESTRA DE LA MÍNIMA DUDA Y SE ATRIBUYEN LA TOTAL PROPIEDAD DE LA VERDAD, VOY A INTENTAR PUNTUALIZAR ALGUNAS COSAS EN EL MARCO DE ESE LOCO TEXTO. ELIAHU

Manifiesto Judío: *"Sharón es el mayor enemigo de Israel. Entre quienes firmamos y hacemos circular este manifiesto, somos muchos los que sufrimos la*

pérdida de familiares durante la Segunda Guerra Mundial, ya sea en los campos de concentración o en las fosas comunes de Europa Oriental. No pocas veces, nuestros parientes tuvieron que cavar la propia fosa, para luego ser arrojados en ella. Algunos sobrevivimos personalmente a la persecución nazi. Que Ariel Sharon pretenda hablar en nombre de la comunidad judía mundial merece nuestro más enérgico repudio."

LA EXPERIENCIA DE LA SHOA NO JUSTIFICA NADA, SALVO EL TRATAR DE QUE NO VUELVA A SUCEDERLE A LOS JUDÍOS, A LOS ISRAELÍES, NI A NINGÚN OTRO PUEBLO. POR OTRA PARTE, EN NINGÚN MOMENTO, QUE YO SEPA, PRETENDIÓ SHARÓN HABLAR EN NOMBRE DE LA JUDERIA MUNDIAL. LOS JUDÍOS NO TENEMOS PAPA Y NADIE PUEDE HABLAR EN NOMBRE DE TODOS, NI SIQUIERA LOS FIRMANTES DE ESTE "MANIFIESTO JUDIO", MANIFIESTO DE ALGUNOS JUDIOS EN TODO CASO.

"Desde luego, él no habla por nosotros. La guerra que Israel ha declarado a los palestinos podría fácilmente extenderse hasta abarcar toda la región."

¿ISRAEL HA DECLARADO LA GUERRA? DESDE EL AÑO 1948 ISRAEL FUE LA AGREDIDA Y SU ACTITUD FUE SIEMPRE DE DEFENSA. NO ES QUE LOS ISRAELÍES SEAN SANTOS NI MUCHO MENOS, PERO DECIR QUE ES EL PAÍS AGRESOR ES TERGIVERSAR LOS HECHOS DE MANERA ESCANDALOSA.

"Israel posee armas nucleares, y hay pocas dudas de que Sharón está más que dispuesto a emplearlas. A nuestro parecer, con su liderazgo político ha logrado casi

por sí solo colocar a Medio Oriente al borde de una hecatombe que puede sobrevenir en cualquier momento. De hecho, la mayor amenaza que enfrentan el pueblo israelí y los judíos del mundo es Sharón." 57

¿SERÁ CIERTO QUE ARAFAT ES UNA PALOMITA Y QUE NO FUE ÉL QUIEN INICIÓ LA INTIFADA, LOS ATAQUES SUICIDAS EN ISRAEL CONTRA PACÍFICOS CIUDADANOS?

"El plan de paz propuesto por Arabia Saudita y aprobado por la Liga de Países Árabes le proporcionó a Sharón una oportunidad histórica sin precedentes; su única respuesta ha sido la violencia desenfrenada."

¿LA OPORTUNIDAD HISTORICA SIN PRECEDENTES FUE LA DE ESOS HIPÓCRITAS Y AUTÓCRATAS PAÍSES ÁRABES, Y NO LO FUE LA PROPUESTA DE BARAK RECHAZADA TAJANTEMENTE POR ARAFAT? ¿Y NO FUE ACASO ARAFAT QUIEN LA RESPONDÍO CON UNA VIOLENCIA DESENFRENADA?

"Sharón es incapaz de transigir y de llegar a acuerdos. Mientras él permanezca en el poder, no será posible una solución pacífica del conflicto."

¿NO PUEDE DECIRSE LO MISMO ACERCA DE ARAFAT? CON LA PEQUEÑA DIFERENCIA QUE SHARON FUE IMPUESTO A ISRAEL POR ARAFAT Y QUE FUE ELEGIDO DEMOCRÁTICAMENTE, SI HUBIESE HABIDO UN SOLO GESTO DE ARAFAT DE DETENER LA AGRESIÓN, EL PUEBLO ISRAELI LO HUBIESE CAMBIADO DEMOCRÁTICAMENTE POR OTRO DIRIGENTE.

"A lo largo de su carrera, sólo ha recurrido a las más brutales medidas militares. Por esa razón, la oposición israelí y los movimientos de paz merecen nuestro máximo apoyo y solidaridad."

DESGRACIADAMENTE NO HAY UNA OPOSICIÓN PALESTINA A ARAFAT NI UN MOVIMIENTO PALESTINO POR LA PAZ... POR OTRA PARTE, DESGRACIADAMENTE TAMBIÉN, LAS INDISCRIMINADAS AGRESIONES DE ARAFAT EROSIONARON LAS POSTURAS DEL MOVIMIENTO ISRAELI "SHALOM AJSHAV" E HIZO QUE PERDIESE MUCHOS DE SUS MIEMBROS. GENTE COMO AMÓS OZ O A.B. IEHOSHUA, QUE MANTIENEN POSTURAS DE COHERENTE APOYO A UNA PAZ NEGOCIADA, CRITICAN CON TANTA SEVERIDAD A SHARÓN COMO A ARAFAT.

"Ya en 1952, Sharon comandaba el ignominioso Cuerpo Especial Unidad 101, encargado de llevar a cabo represalias contra los palestinos y árabes en los Territorios. En los siguientes 24 meses, dirigió dos ataques contra aldeas palestinas que arrojaron un saldo de casi 100 muertos civiles. El entonces primer ministro Moshe Sharet condenó estas atrocidades. En 1982, como ministro de Defensa, Ariel Sharón organizó la 'Operación Paz para Galilea', conocida en el resto del mundo como invasión israelí del Líbano. Esta vez dejó un saldo de 20.000 muertos y más de 100.000 desalojados. Más del 80% de las víctimas eran civiles, y al menos 6.000 niños quedaron huérfanos. Una Comisión Investigadora Internacional constituida bajo el liderazgo de Sean McBride, Premio Nobel de la Paz, concluyó que el gobierno de Israel había infringido normas

internacionales en la guerra contra el Líbano. Una comisión gubernamental israelí encabezada por Yitzhak Kahan, Presidente de la Suprema Corte de Justicia, consideró que Sharón no había hecho lo suficiente por evitar la masacre de más de 800 civiles sin armas en los campos de refugiados de Sabra y Shatila. Ahora, en menos de dos años como Primer Ministro, Ariel Sharón ha logrado torpedear los acuerdos forjados a lo largo de muchos años de laborioso acercamiento entre palestinos e israelíes."

PRIMERO: ¿DÓNDE ESTA EL JUEZ PALESTINO QUE ACUSE A ARAFAT Y A SUS ADLÁTEROS POR TODAS LAS MASACRES DE LAS QUE SON RESPONSABLES? SEGUNDO: ¿FUE SHARON Y NO ARAFAT QUIEN LOGRO TORPEDEAR LOS ACUERDOS? ¿CÓMO SE PUEDE TERGIVERSAR DE ESTE MODO LA HISTORIA...?

"Sharón sostiene que Israel está por encima de las Convenciones de Ginebra y del derecho internacional, uniéndose así a los déspotas más crueles y execrables del mundo contemporáneo. Bajo sus órdenes, se ha asaltado ambulancias y hospitales, tirado sobre médicos, y obligado a mujeres embarazadas a parir, cuando no a morir por falta de asistencia, en los puntos de control israelíes."

TODO ESTO NO ESTA DEMOSTRADO, SALVO POR EL APARATO PROPAGANDÍSTICO Y MEDIÁTICO PALESTINO ISLÁMICO Y QUIENES LES CREEN A PIES JUNTILLAS.

"Como alternativa a la política de Sharón, nuestra propuesta es recurrir a la tradición judía de humanismo y

fe en el porvenir. Cuando un desconocido retó al gran rabino Hillel a que resumiera la religión judía sosteniéndose en un solo pie, éste se limitó a contestar: ("No hagas a tu prójimo lo que detestarías que te hicieran a ti. Esta es toda la Ley. Lo demás es comentario jurídico.")

¿QUIÉN PODRÍA NO ESTAR DE ACUERDO? PERO ¿CÓMO SE HACE TENIENDO A QUIEN TIENE ISRAEL ENFRETE?

"Exigimos que Israel abandone inmediata e incondicionalmente los Territorios Ocupados, que una fuerza internacional de paz sea instalada en esa región, que Israel reconozca el derecho internacional, y que manifieste de inmediato su expresa voluntad de negociar una salida pacífica al conflicto en base a las resoluciones de Naciones Unidas."

CUANDO COMENZÓ LA GUERRA DE LOS SEIS DIAS ISRAEL ESTABA SEPARADO DE LOS PAÍSES ÁRABES POR PERSONAL INTERNACIONAL, QUE SE FUE AL PRIMER DISPARO ÁRABE. ¿QUIÉN DE USTEDES SE RETIRARÍA INCONDICIONALMENTE TENIENDO A UN SANGUINARIO ARAFAT ENFRETE Y A UN PUEBLO CEBADO EN SANGRE, EXCITADO POR LA AMBICION DE MARTIRIO Y ASESINATO? NO SE PUEDE CREER ESTE LLAMADO JUDÍO AL SUICIDIO Y AL MARTIROLOGIO ESTÚPIDO. NADA PUEDE HACERSE SIN UNA CONTRAPARTE QUE QUIERA LA PAZ.

III - Acerca de la ley y la violencia

En el comienzo creó Dios el cielo y la tierra,
Y pobló la tierra de criaturas vivientes,

Entre ellas una criatura compleja y ambigua, el ser humano. **59**

Y todo era revoltijo y caos, entonces Dios creó LA LEY,
Una LEY de LEYES UNIVERSAL,
Una LEY que no está en el cielo sino en la tierra,
Una LEY a la que todos deben someterse, incluso Dios mismo.
PORQUE EL CAOS ES VIOLENCIA y LA LEY ES JUSTICIA.

Tal vez así podría resumirse en un solo párrafo, el antiquísimo y actual contenido de los 35 libros de esa singular biblioteca que es la Biblia hebrea, mal llamada "Viejo Testamento". Para esa Biblia hebrea el hombre es un microcosmos dual; su noche es parte de su día y lleva dentro todo el bien y todo el mal. Y de aquellos textos se desprende que no existen santos entre los humanos. Del primero al último de los patriarcas, reyes y héroes bíblicos, de Abraham a Moisés y de David a Salomón, ninguno es santo, ninguno es inmaculado pero están todos atravesados por la LEY.

Mirada desde lo que yo entiendo es la civilización judía (lo que no significa que sea compartida por todos los judíos, y mucho menos que sea seguida y cumplida por todos ellos), vale la pena rescatar algunas ideas fundantes de esa civilización. El Dios de los profetas hebreos, el Dios de la mitología o de la religión judías es un Dios severo; un Dios que dice: "No necesito que me adoren sino que cumplan mi LEY". Una ley que no obliga al amor sino a la RESPONSABILIDAD. La responsabilidad

60 por uno mismo y ante el otro como semejante diferente; no como objeto de los deseos o intereses de uno sino como sujeto. Sujeto a esa LEY. Sostenido por esa LEY. Sujeto de esa LEY de LEYES de la que todos deben sostenerse para ser personas y ser libres. Para la civilización judía nadie puede colocarse por encima de LA LEY. No lo está el rey David, recriminado por el profeta Natán, y no lo está Dios mismo, recriminado por el patriarca Abraham y recriminado por el no-judío Job, el justo. Porque absolutamente TODOS son/somos responsables.

Hace muchos años entrevisté a Jaika Grosman, heroína del ghetto de Bialystok. Ella tenía a su cargo, durante la guerra, el rol de correo clandestino entre el ghetto de Bialystok y el de Varsovia. Y me contaba que en su viaje de un ghetto al otro pasaba siempre al lado del sitio donde vivían las mujeres y los hijos de los oficiales nazis, de aquellos que torturaban y mataban a los judíos y contra los que ellos desarrollaban una empecinada lucha a muerte. Y me decía Jaika Grosman que ni en los momentos más siniestros del Holocausto, se les ocurrió a ella o a su gente atentar contra las familias de aquellos oficiales nazis. Su pensamiento

estaba atravesado por la LEY y no se les ocurría que tuviesen derecho a vengar en esposas e hijos lo que hacían sus maridos y padres.

Esta reflexión vino a cuento en el marco de una nueva recordación del aún impune acto terrorista llevado a efecto hace nueve años contra la AMIA, la Comunidad Judía de Buenos Aires. Una definición de terrorismo que me parece clara dice que se trata de una "violencia premeditada y políticamente motivada, contra objetivos humanos no combatientes". Resulta sorprendente que el terrorismo tenga hoy buena o mala prensa según dónde, quién y contra quién se ejerza, de acuerdo a cuáles sean los intereses o la ideología de quien la juzga. Cuando salía la gente a repudiar legítimamente la guerra contra Irak, había quienes les pedían que también repudiasen el terror, pero los organizadores de aquellas marchas no lo consideraban oportuno... Por lo visto hay quienes creen que hay un terror malo y un terror bueno; matanzas malas y matanzas recomendables. Como si no hubiese una LEY UNIVERSAL de la que se sostienen todas las personas; como si no fuésemos todos iguales ante la LEY. Porque la falta de LEY es Violencia y la LEY es Justicia. Y es VIDA.

Abraham B. Yehoshúa

Cada vez se hace más evidente que la incapacidad de Israel de aceptar el derecho de retorno de los refugiados palestinos puede impedir la firma de un acuerdo de paz entre palestinos e israelíes. El problema de Jerusalem se podrá solucionar a través de la partición de la ciudad; el asunto de quién controla la Explanada de las Mezquitas acabará resolviéndose desde una perspectiva real y simbólica a la vez. En cuanto a los asentamientos de colonos, los palestinos los aceptarán a cambio de contrapartidas territoriales dentro del Estado de Israel, al que, además, se le podrá garantizar su seguridad con la permanencia de fuerzas internacionales de paz. Sin embargo, el derecho de retorno de los refugiados palestinos puede llegar a ser un *casus belli* para los israelíes. Hace unos días, algunos de los representantes más destacados y veteranos dentro del movimiento pacifista israelí presentaron un manifiesto que se podría resumir como sigue: indemnizaciones a los refugiados y derecho de retorno al territorio de la Autoridad Nacional Palestina, sí; retorno al Estado de Israel, no.

Ahora voy a tratar de explicar al lector español —por lo menos, al que aún no se haya hartado de este

conflicto— por qué yo he firmado tal manifiesto profundamente convencido. En esta ocasión, no voy a dar una explicación abstracta y teórica, sino que voy a contar la posible historia de un refugiado palestino —al que llamaremos Abu Salam— que desea regresar a Israel en vez de establecerse en el Estado palestino. Sobre todo, quiero aclarar a través de una historia por qué aquellos que hemos luchado durante muchos años por la paz y la conciliación entre ambos pueblos no podemos aceptar la lógica que subyace en el deseo de ese retorno.

Supongamos que el Abu Salam de nuestra historia es un hombre de sesenta años originario de Lod, una ciudad israelí no muy grande que está a unos diez kilómetros de Tel Aviv y muy cerca del aeropuerto más importante de Israel. Esta ciudad se encuentra a unos cuarenta kilómetros de Jerusalén y a unos cincuenta de un campo de refugiados llamado Kalandia, junto a Ramala, lugar donde vive desde hace cincuenta y dos años. Sus familiares huyeron —o fueron expulsados, según las circunstancias— de la ciudad de Lod tras la guerra de 1948, guerra provocada por los árabes, que rechazaron la partición propuesta por las Naciones Unidas, por la cual se daba luz verde a la creación de un

Uno de los más importantes narradores israelíes contemporáneos, y conocida figura intelectual pacifista del laborismo.

62 Estado judío junto a un Estado palestino. Por aquel tiempo, Abu Salam tenía ocho años y desde entonces vive en un campo de refugiados situado a tan sólo cincuenta kilómetros de la ciudad de sus antepasados, una ciudad que recuerda muy vagamente y de la que sus hijos y nietos no saben nada. ¿Por qué lleva viviendo cincuenta y dos años en un campo de refugiados? Aparentemente, es porque no quiere asentarse en Kalandia ni en Ramala, pues su sueño es volver a la casa de sus padres, a la casa donde nació. Pero, aunque tuviera ese sueño, podría haberlo hecho sin tener que renunciar a una vida digna y sin necesidad de vivir en un campo de refugiados, en unas condiciones inhumanas y dependiendo siempre de las ayudas de Naciones Unidas. Podría haber tenido fácilmente una vida normal a tan sólo cincuenta kilómetros de su ciudad natal y haber esperado la ocasión —ya fuera a través de una guerra o de un acuerdo de paz— de volver a su ciudad. En cambio, él, y sobre todo sus dirigentes, decidieron mantener una situación de permanente transitoriedad, aun a costa de tener que vivir de forma precaria y humillante, y todo para poder volver a la casa de sus padres.

Sin embargo, imaginemos qué pasaría si Israel aceptase su petición y permitiera —dentro de un acuerdo de paz— que Abu Salam regresase a su casa de Lod. La casa, físicamente, ya no existe, bien porque ha sido destruida o porque en su lugar se ha construido un edificio grande de apartamentos o resulta que alguien vive en ella desde hace muchos años y la han cambiado hasta tal punto que Abu Salam no la reconocería. Parece,

por tanto, bastante descabellado que ahora, para poder devolverle su casa a Abu Salam o para darle el terreno donde se ha construido el edificio de apartamentos, hubiera que derribar ese edificio, expulsar a las doscientas o trescientas personas que viven allí, que se convertirían ahora en refugiados, y todo para que Abu Salam pudiera volver a ese terreno en concreto y reconstruir allí la casa de sus padres y en la que vivieron hace cincuenta y dos años — una casa cuya forma original puede que ya ni recuerde.

En la mayoría de los lugares donde vivían los palestinos hace cincuenta y dos años hay ahora carreteras, fábricas, y se han construido bloques de casas. La ciudad de Lod se ha hecho muy grande y se ha desarrollado mucho durante estos últimos cincuenta años, y habría que destruir gran parte de la ciudad para recuperar la casa de Abu Salam y los suyos.

Puede que, en ese caso, Abu Salam diga: de acuerdo, lo entiendo. Es difícil que puedan devolverme la casa de mis padres, pues para ello tendrían que destruir una parte de la ciudad, pero, por lo menos, déjenme irme a Lod para vivir en la ciudad de mis antepasados.

Vayamos con la historia hasta el final. Supongamos que el Estado de Israel les diera a Abu Salam y a los suyos una parcela de tierra en las afueras de Lod, para que allí se construyesen una casa. El lugar en el que vivirían ahora no tendría parecido alguno con la Lod de sus padres; ahora no sentirían el olor de los árboles frutales y de los olivos, ese olor que se supone que es el que añoran. Aparentemente, vivirían en Lod, pero sería sólo según un criterio puramente

administrativo y municipal, pues esa ciudad ya no es la ciudad de su infancia. Ahora vivirían en un Estado judío, donde se habla una lengua que ellos desconocen, donde impera una cultura diferente a la suya y donde la mayoría de la población es de religión judía. Vivirían en un Estado cuyo himno y bandera son sionistas, con un modo de vida marcadamente occidental. Vivirían como una minoría, con una vida peor y más discriminados que los árabes israelíes, que llevan viviendo en un Estado judío desde su fundación y que todavía luchan por sus derechos. ¿Acaso así quieren Abu Salam y el resto de sus compañeros refugiados que se materialice su sueño? En cuanto llegaran a Israel se toparían con la animosidad de un entorno judío, de una población que no confiaría en ellos y que pensaría que quieren luchar contra un Estado al que odian por principio. ¿Qué sentido tiene un retorno así, cuando existe otra alternativa mucho más interesante y acertada?

Y ésta sería la alternativa: seguir viviendo a cincuenta kilómetros de Lod. Aceptar las generosas indemnizaciones que recibirían por la propiedad que era de ellos y de sus padres. Construirse una casa nueva en las colinas de Ramala. Vivir en su propio Estado, bajo su bandera, con los de su pueblo, en su patria palestina.

Vivir, por consiguiente, en un Estado cuya lengua y costumbres conocen, en un lugar donde llevan viviendo los últimos cincuenta años y donde no sean ciudadanos de segunda clase, en el que puedan participar plenamente en el diseño de un nuevo país.

Creo firmemente que esta alternativa es la más adecuada y una solución lógica que podría acabar con el problema de los refugiados, sin tener que convertir a Israel en un Estado para dos pueblos, algo que acarrearía muchísimos conflictos entre ambos. Además, en el mundo en que vivimos, las personas cambian de residencia casi todo el tiempo y no para irse a cincuenta kilómetros de su casa, sino que a veces se van a cientos de kilómetros, y nadie los ve ni ellos mismos se ven como refugiados.

Los palestinos que se empecinan en este derecho de retorno tan absurdo no desean la paz, sino justicia. Parece que están dispuestos a arrasar la zona hasta conseguir que se haga justicia, pero, como dijo Yehuda Amijái, el gran poeta israelí recientemente fallecido: "En el lugar donde se quiere imponer la justicia a cualquier precio nunca crecen las flores".

Publicado en El País (Madrid) con el título "Los refugiados palestinos" y difundido por lajsa-list@lists.cc.utexas.edu

Las flores y las piedras: una respuesta a Abraham B. Yehoshúa

Rubén A. Chababo

Me permito discrepar con la nota aparecida en el diario *El País* firmada por el prestigioso escritor israelí A.B. Yehoshúa, dedicada a analizar el complejo tema de los refugiados palestinos en el nuevo contexto de la situación en el Medio Oriente. El conflicto árabe-israelí no es de mi especialidad; sin embargo, como muchos judíos, he vivido pendiente de los dilemas que el mismo ha generado desde su irrupción en la segunda mitad del siglo pasado hasta nuestros días. Para aquellos que venimos de formaciones ideológicas cercanas a la izquierda y que hicimos buena parte de nuestra educación no formal en el seno de los movimientos juveniles sionistas, la idea de un entendimiento pacífico con los palestinos fue siempre un *leit motiv* en nuestros programas de trabajo.

Desde esos años a la fecha muchos han sido los cambios de mi mirada sobre el conflicto. Diferentes las lecturas y sucesivos los viajes a Israel que me permitieron apreciar que la realidad del problema palestino era mucho más compleja que la discutida en esas reuniones juveniles, y más difícil de explicar de lo que suponíamos.

A.B. Yehoshúa fue desde siempre, tanto desde su

obra ficcional como desde sus ensayos políticos, un fuerte referente intelectual para muchos judíos del campo progresista que tanto en Israel como en la Diáspora pensaban que el conflicto árabe-israelí estaba lejos de poder ser visto como un mero enfrentamiento entre buenos y malos, y que las fronteras entre el derecho y la justicia de los reclamos de unos y otros, era una cuestión mucho más compleja que las altisonantes declaraciones con las que los sectores de la derecha israelí o el fundamentalismo islámico intentaban explicar su verdad acerca del conflicto.

No es mi interés aquí hacer una evaluación de 100 años de sionismo, tampoco intentar dirimir quién tiene más o menos razón en la historia de este enfrentamiento. Mi interés es señalar mi diferencia con los argumentos que A.B. Yehoshúa despliega a la hora de justificar la situación de los refugiados. Estoy de acuerdo con él en muchos puntos de su nota, en especial en aquellos en los que señala que a esta altura de las circunstancias y de la historia a nadie se le ocurre como una posibilidad viable que ciudades como Lod sean desmanteladas y devueltas a los hijos de sus antiguos habitantes. Razones humanas y económicas, no cabe

Argentina, 1962. Docente de literatura en la Universidad Nacional de Rosario. Periodista cultural y poeta, publicó el libro de poemas *Moradas* (2000). Actualmente dirige el Museo de la Memoria de Rosario.

duda, lo impedirían. Estoy de acuerdo con A.B. Yehoshúa en cuanto al "uso" que de la cuestión palestina hicieron sus dirigentes a lo largo de la historia, al mantener a las poblaciones de los campamentos de refugiados y desplazados en condiciones infrahumanas con el solo objetivo de que le sirvieran de "carta política" a la hora de presionar en los diferentes procesos de negociación.

Ese es un dato incuestionable y quien haya estado alguna vez en los territorios o haya pasado cerca de los campos donde se alojan los refugiados puede comprobarlo y escandalizarse al cotejar su situación social con las cifras aportadas por la CEE o las Naciones Unidas en planes organizados exclusivamente para el desarrollo de esas comunidades y el impulso de sus magras economías. Así que en estos puntos no habría nada que me diferencie con la visión de A.B. Yehoshúa, y es más, creería que una de las tareas aún pendientes consiste en revelar al mundo esa trama de corrupción sostenida y avalada por la propia dirigencia palestina que mantiene en el desamparo a decenas de miles de sus hermanos. Una trama maquiavélica y perversa sostenida a costa del sufrimiento del propio pueblo al que dicen representar.

Pero A.B. Yehoshúa se confunde al justificar el por qué de los motivos por los cuales su imaginario Abu Salam no debería volver a Lod, la ciudad de sus ancestros, al sostener que el lugar al cual éste ansía retornar ya está ocupado por personas que pertenecen a otra religión, a otra cultura, agregando que sería ese motivo suficiente como para que su deseo de regresar quedara abolido. ¿Qué le hace pensar a A.B. Yehoshúa que la filiación a un territorio puede anularse de manera

tan simple? ¿De dónde extrae esa conclusión por medio de la cual justifica de manera arrogante el derecho del más fuerte a imponer su dominio sobre un territorio? ¿Por qué motivo el expulsado de la religión o la cultura que fuere no habría de tener derecho a querer retornar al lugar donde alguna vez se fundó su genealogía? Estoy de acuerdo con A.B. Yehoshúa: es imposible devolver Lod y tantas otras ciudades en las que alguna vez vivieron palestinos y en las que hoy viven judíos. Eso implicaría reeditar un proceso de desplazamiento poblacional inimaginable de llevar a cabo hoy en día. Pero molesta la liviandad con la que A.B. Yehoshúa le propone consuelo y satisfacción a quien, como su imaginario Abu Salam, es el heredero directo de una porción de territorio donde durante siglos esplendió la vida de su familia.

Dice A.B. Yehoshúa que ya en esas ciudades no se huele más el aroma de los frutos y los olivos que sus antepasados decían oler, que esas ciudades pertenecen a la imaginación, a la nostalgia, que ahora son otra cosa (carretera, aeropuerto, bloques de edificios modernos). Y eso es cierto, pero no sirve ni alcanza como argumento para justificar el desplazamiento de nadie, y menos para negarle el derecho a pensar que ese ayer miserable pedazo de tierra es menos valioso que todo el Universo. Los judíos, a lo largo de 2000 años, hemos sostenido el valor insuperable de la memoria que nos ató con la fuerza de un férreo mandato a la tierra de Israel. Nostalgia de un tiempo milenario en el cual vivimos en un centro del cual fuimos expulsados por la fuerza. Y hemos construido no pocas veces la razón de nuestro retorno a Israel en argumentos fuertemente senti-

66 mentales sostenidos en nuestra fidelidad amorosa a Sión. Y desde múltiples escritos, tanto antiguos como modernos, hemos condenado la vergüenza del exilio, de la expatriación y de la condición infamante de ser parias entre las naciones.

Las bellas y poderosas siónidas escritas por Ibn Ezra o Iehudá Haleví no hacen otra cosa que insistir en la nostalgia por aquellas "piedras antiguas del Templo" y en el vacuo consuelo que conceden al expatriado las dulces bondades de Sefarad. ¿Con qué derecho, desde qué lugar podríamos decirle ahora al otro que se conforme con lo que tiene que ya es mucho, y que abandone su fidelidad emotiva a un territorio o a los cimientos de su casa paterna que están a sólo 50 kilómetros de distancia de su campamento de refugiado?

Los judíos hacemos viajes hacia la vieja Europa y lloramos ante las piedras sobre las que alguna vez se alzaron las moradas donde vivieron nuestros antepasados antes de ser asesinados, hablamos de los aromas de las calles de donde fueron expulsados nuestros abuelos, nos conmovemos con los relatos que no hacen otra cosa que enfatizar el esplendor de esas patrias diminutas que eran los *shtetls*, minúsculas aldeas más pequeñas que barrios pero donde cabía la maravilla del universo. Entonces, ¿con qué derecho podemos aceptar que se ningunee la nostalgia y el ansia de justicia de cualquier prójimo hacia su tierra natal?

A.B. Yehoshúa pretende un Estado Judío solo para judíos. Y él tiene derecho a exigírselo a sus autoridades porque él vive allí y allí se debate su vida, pero imaginar que su argumentación, basada en el poder que le da su

lugar de vencedor en la contienda, pueda llegar a convencernos, es una utopía, y creo que somos muchos los que no estamos decididos a acompañarlo en esa visión. Pero acaso el punto más agudo de su nota es aquel en el que se atreve a comparar la situación de un refugiado con la de un viajero o la de un ciudadano anónimo que cambia de domicilio por razones laborales o afectivas.

A.B. Yehoshúa dice que en estos tiempos en que es tan común mudarse de país o de casa, también debería ser simple para un refugiado no volver a la aldea natal. ¿Acaso piensa que un refugiado es un turista, alguien que tuvo la posibilidad de elegir vivir a 50 o 3.000 kilómetros de su casa? ¿Acaso olvida A.B. Yehoshúa algo inscrito en la propia memoria histórica del pueblo al que pertenece, del drama emocional que significa ser desplazado por la fuerza de la casa o la aldea natal? ¿No recuerda A.B. Yehoshúa lo que dicen nuestras Escrituras, los múltiples lugares en los que el texto que nos legaron nuestros ancestros —y en el que se basan buena parte de nuestros principios morales— habla de la fidelidad amorosa e irracional a la tierra de los padres y de la indignidad que supone cualquier exilio? ¿Olvidó A.B. Yehoshúa que todo desplazamiento por la fuerza posee la fuerza de un desmoronamiento y que sus efectos se arrastran bajo la forma de un dolor infinito que se transmite sutilmente de generación en generación? Genealogías secretas del amor al terruño, nostalgias de las formas anteriores que tenía aquella patria anterior a que aconteciera la gran fisura (emigración, destierro o exilio). Son estos procesos

comunes a casi todos los hombres y todas las comunidades que se han visto obligadas a dejar lo propio para abrazar el afuera. A.B. Yehoshúa lo sabe, pero parece haberlo olvidado.

Soy descendiente directo por parte paterna de generaciones centenarias nacidas en la tierra de Israel. Mi abuelo se crió en el amor a su aldea, donde nacieron antes que él sus abuelos y los abuelos de sus abuelos. Emigró a la Argentina y años antes de la creación del Estado decidió volver a esa empobrecida aldea en la que había sido traído al mundo a finales del siglo XIX. Sólo por nostalgia, por debilidad del alma. No hubo otra explicación que justificara hacer el camino de retorno desde Argentina a su pobre aldea allá en Palestina. Alguna vez pude ver, en un viaje a Israel, ese barrio adonde decidió regresar en vez de gozar de los beneficios de una Argentina por aquellos años opulenta. "Fue más fuerte el amor a estas piedras viejas", intentaba explicarme una tía mía. Y yo entendí esa explicación, porque es verdad que el amor a la tierra donde se ha nacido es más fuerte a veces que cualquier conjuro y más valioso que cualquier explicación que provenga del raciocinio.

Así como jamás se me ocurrió cuestionar la razón del regreso de mi abuelo a la tierra de su infancia donde vivieron sus antepasados (y de donde nunca fueron expulsados), no se me ocurre cuestionar ni dudar acerca de la desgarradora dimensión que asume la nostalgia de cualquier desplazado o refugiado por el espacio de tierra

donde siente que vibra su pertenencia. Decir lo contrario me obligaría a encolumnarme en una posición que convierte a las personas en simples cosas que pueden ponerse hoy en un lugar y mañana en otro.

Creo que no era necesario que A.B.Yehoshúa apelara a estos débiles argumentos para explicar lo que ya es, por fuerza justa o injusta de la historia, una situación de hecho. Sí se esperaba, al menos yo lo esperaba, de un intelectual de su talla, que más allá de firmar o no el petitorio por el no reasentamiento de los refugiados palestinos en el Estado de Israel, aprovechara la oportunidad para decirle a sus vecinos que si bien alcanzar la paz supone cometer sacrificios, su condición de expatriados es, más allá o más acá de eso, injusta, y que a su pueblo, el pueblo de A. B. Yehoshúa, le cabe una parte importante de responsabilidad por esta situación. Una responsabilidad que no se salda con dinero ni mucho menos con buenas intenciones. Podría haberles dicho A.B. Yehoshúa que es verdad, como decía Yehuda Amijái, que en el lugar donde se quiere imponer justicia a cualquier precio no crecen las flores. Pero que su pueblo, el pueblo judío, ha sobrevivido a la Historia gracias a haber sabido elegir la frialdad de las piedras al dulce sosiego que conceden las flores, y que ha preferido no pocas veces el dolor de la batalla a la resignación y el tibio consuelo que brindan las palabras. ¿Por qué le niega entonces, A. B. Yehoshúa la posibilidad de ese camino a sus hermanos palestinos?

Difundido por lajsa-list@lists.cc.utexas.edu



Expiación

Esther Seligson

¿Qué has hecho? La voz de las sangres de tu hermano clama a mí desde el polvo de la tierra. Génesis IV: 10

A Leonardo

Ahí está, frío contra la piel caliente, ancho y corto, curvo por un lado, recto por el otro, plano, silencioso e inquieto, inocente aún, el mango largo del tamaño de la mano apretada sobre él, acero inoxidable, lo ha llevado días y noches, sin la funda, atado al cuello como quien se cuelga un amuleto, el hilo grueso de cuero que lo sostiene llega justo al pecho y de ahí pende, hacia el plexo solar, entre las tetillas, los filos amortiguados por el espeso vello negro —Amira enreda sus dedos y su lengua, ríe, imagino, dice, un bosque de pinos, aquí

puedo descansar porque, después, en tu valle oscuro me disgrega el incendio— huérfano ahora, tanto hace ya que ni recuerda, de juegos y caricias, fue su opción, nadie lo convenció, algo, de pronto, se transformó en irremisible urgencia, algo más fuerte que su amor —ella así lo supo y se retiró, para no restarle la fuerza, para dársela de otra manera, un coraje sobrio— porque había que arraigarlo al suelo propio, a su permanencia, ¿cómo en tierra de nadie iban a habitar la casa de sus nupcias?, ¿dónde germinar las futuras fructificaciones? —ella entendió esa impotencia, la desesperanza, la vio crecer cuando el abrazo empezó a violar la ternura, corrompió al placer—, demasiado tiempo se desentendió de un diálogo que pasaba a través del odio, no creía en él, y lo dijo y sostuvo frente a los otros, los extremistas apedreadores y suicidas, francotirador de una libertad condicionada, poeta que hizo del exilio interior morada,

México, 1941. Narradora, poeta y ensayista mexicana. Entre sus libros: *La morada en el tiempo* (1981, 1992), *Isomorfismos* (1991), *Tríptico* (1993), *Hebras*, al que pertenece este texto (1996), *Rescoldos* (2000), *Toda la luz* (Antología, 2003). Actualmente reside en Jerusalem.

ninguna fatalidad, ningún destino tocó a su puerta, fue súbito como la eclosión de los almendros que se preparan en lento silencio y pretenden sorprender inesperados en la blancura de sus flores —Amira alarga las manos hacia las ramas, una mariposa no habría sido tan suave, luego le toca el rostro “para que te lleves su luz”, dice y se iluminan sus pupilas—, fue una pausa, un paréntesis, y no a consecuencia de un allanamiento más, de otra deportación errónea, de la cárcel injusta, de la cotidiana suspicacia, sino de la plenitud de su misma felicidad, una fisura mínima, tal vez un ritmo que se perturba apenas, una mota de arena en la respiración, una sospecha de muerte

una sospecha de muerte, una mota de arena en la respiración, tal vez un ritmo que se perturba apenas, una fisura mínima en lo que de por sí es pleno, un tufillo que impregna los olores del campo y envilece al perfume de los jazmines, la sorpresa de despertar una mañana a la intemperie a pesar de la tan amada cabeza reposando aún su sueño en la inmediata cercanía, después el tajo de la separación y el inicio de una búsqueda ciega, autónoma, secreta, una náusea de sangre, la imagen de un cuerpo que se desfonda y se hunde tranco a tranco, burbuja a burbuja, en un descenso presuroso por hallarse ya en el altar de su inmolación, polvo en el polvo se supo desintegrado sin remedio, y se vio como aquel que llevó auestas su propia mortaja en la fatiga de una andanza milenaria sin lugar de reposo, pies sin huella, el hermano enemigo del hermano hasta confundir los nombres gemelos de su imposible fraternidad en la consigna de reparar ese cara a cara negado, fue

entonces que lo encontró, cuando se fundió a su rostro el 69
rostro de su contrario —ambos extranjeros—, y en la memoria las causas originales se hicieron tarea impostergable de liberación mesiánica, cuando del calabozo donde cayera su razón se vinieron abajo los muros y el límite de lo prohibido se esfumó columna de niebla que el huracán borra para dejar únicamente el camino por recorrer, el propósito de devolverle sus justicias a la tierra mancillada y al hombre esclavo del hombre, pagó lo que el anticuario pidió por él sin discutir, como un conocedor que incluso considera inferior el precio al valor del objeto, horas enteras puliendo hasta que, espejo, manantial sin onda alguna, cordero sin tacha, se lo colgó al cuello, la punta sobre el fuelle de la respiración, frío, siempre frío, empezó a mezclarse con la muchedumbre en el mercado, a dejarse apretujar, a recibir codazos, empujones, algún sondeo subrepticio a sus bolsillos, tranquilo, sin escamotear insultos, como uno más, familiarizándose con la mirada ajena, las formas bajo la ropa, la silueta, la flacidez de la carne, la hondura, el costillar, reconociendo al sustituto perfecto —*Yo soy Tú cuando yo Yo soy*—, sacrificio ígneo de olor grato, y el lugar propiciatorio de fácil acceso y fácil huída, sombras que le traían al sueño la geografía precisa del camino que quería reoír sin titubeos a la hora de atravesar el puente sin retorno, las simas del callejón sin salida, sueño sin reposo aunque exento de pesadillas, sueño sin reposo

exento de pesadillas, de imágenes, neutro, nada a qué aferrarse, tronco a la deriva, balsa de naufrago, bogar de hoja en una corriente abismal con la única

70 conciencia del peso sobre el esternón y de la ofrenda por ungir, inclusive cuando decidió por fin introducirlo en una de las bolsas de su abrigo, su disfraz, ancho y largo, de paño negro, holgado, y transitar así en el mercado entre la gente y los puestos, invisible a fuerza de hacerse tan escurridizo y nimio, a veces sin siquiera apretarlo con la mano por el mango para que no fuese a salir a través de la tela, a herir con la punta, a rasgar inadvertido, porque el golpe tendría que ser uno, certero y limpio, y tan profundo que ninguna queja emitiera, un fuego que estalla dentro de un recipiente sordo, ensordecido por la voracidad de sus mismas llamas —un instante flotó en su olvido la cabeza de Amira desmadejada hacia atrás, la boca entreabierta, sonriendo, los párpados semicerrados, el rostro reverbero en el éxtasis de su entrega—, consunción silenciosa de tan potente, papel que deviene ceniza y se arruga nervadura a nervadura, sin escurrir, un golpe uno y certero —porque todo cuerpo, le había dicho ella antes de la ruptura, es templo de amor, no profanes el cuerpo santuario del espíritu ni profanes el espíritu tabernáculo de Dios—, golpe de obsidiana que abre veloz y extrae vivo el corazón aun antes de que el alma exhale su último aliento, venablo que se clava en la yugular con silbido imperceptible, la navaja que atraviesa

sin obstáculo membranas y entrecejjos, la soga que corta de la cerviz el flujo vital, nada de venas tasajeadas, coágulos, salpicaduras onerosas, entrañas derramadas, saqueo de grosuras, hediondez, el golpe limpio sin mancha, apenas el piquete de un alfiler, aguijón de avispa, morderudra de áspid, la eficacia de un veneno letal, y así amaneció un amanecer con el puño aferrado al mango frío, los labios reseco y el aliento entrecortado, ligero no obstante, la hora llegada, bañado en el agua, puro de toda iniquidad, oblación voluntaria, leve su cuerpo copo de nieve, vestiduras de lino vestiduras sagradas, el pensamiento la cuerda de un arco tenso, listo, vacío, cada músculo un ojo atento, cada nervio un vigía, la mirada carbón encendido, la voluntad en la decisión de ofrendar, de una vez y concluyente, el sacrificio expiatorio

la mirada carbón encendido —donde emerge la luz divina no hay lugar para otro fuego—, la voluntad en la decisión de ofrendarse sacrificio expiatorio sacrificio de respiración: *Ala u-ákbar*... El grito lo confundió. A ciegas, ajeno a sí mismo, apuñaló a diestra y siniestra sin tino alguno antes de morir lapidado por los vengadores de la sangre... Expiación por el delito...

Jerusalem 1993

Poemas

Edith Goel 71

A mí me importan
poco y nada el heroísmo oficial
ni las batallas con diamantes
en los mapas.

A mí no me entristecen
las medallas oxidadas
en el desván de nuestras lágrimas.

Lo que cuenta de veras
en esta noche de ceremonia y cartón
tampoco es la bandera
ni las listas
ni los nombres
(todos los nombres son iguales
y son uno).

Porque siempre
un solo nombre
nos arranca el corazón
y nos acuna.

*

Hay un cordón que sigue a mis pies
y no me alcanza.
Un lánguido cordón de sangre
me llama.
Nos llama.

Un teléfono agorero.

La carne se dispersa
entre las contundencias de la plaza.

Alguien recolecta anatomías
y las lleva al campario
oculto entre la grama.

Un rezo asalta mi memoria
y me lleva de la mano
hacia el sótano piadoso.

Por fin

Por fin
le digo a Dios

El mar ya no repite sombras.

*

Argentina, 1952. Vive en Israel desde 1971. Escribe y traduce poesía en español y en hebreo; ha sido antologada y premiada en las tres Américas y en España, y traducida al inglés, hebreo, italiano, portugués y francés. Sus creaciones plásticas, de técnicas diversas, han sido expuestas en varios países.

Tal Nitzán-Keren

Sosiego

*No hay cosa más callada
que los golpes que descienden sobre otros,
no hay amenaza menor
al reposo del alma satisfecha.
Muda la derrota en sus ojos,
sus brazos
caídos en silencio.*

Qué agradable placidez.

*Salvo un sonido sutil, penetrante,
molesto sobre todo en las mañanas
pero fácil de acallar
con el tranquilizante crujido de las hojas del diario.*

*Antes de cubrirse de escombros
quedarán sepultados bajo la sección espectáculos,
la taza de café a medias,
un portazo*

*en nuestra casa
que está en pie.*

En los tiempos de la cólera

*Estamos frente a frente,
de espaldas a las desgracias del mundo.
Tras los ojos cerrados
y las cortinas corridas,
azotan de repente
el siroco y la guerra.*

*El siroco se desvanecerá antes,
la leve brisa
no revivirá a los muchachos baleados,
no enfriará
la furia de los vivos
El incendio
aunque demore ha de llegar,
hará falta tanta agua etc.,
nuestros brazos no alcanzan más allá
de nuestro cuerpo:
somos una masa azuzada
a aferrarnos y mordernos
amurallarnos en la cama
mientras que en el ozono, arriba,
se abre una sonrisa burlona.*

Israelí. Poeta y traductora especializada en narrativa y poesía ibéro-latinoamericana. Los poemas (traducidos por F.F. Goldberg) pertenecen a su libro *Doméstica* (2002).

París, diario a modo mío de un verano violento

73

Luisa Futoransky

París, julio 15, 2003. Opté por el diario y la imagen de la telaraña, porque todo es una urdimbre que relaciona con *allí*, con *Ella*, la pura llaga. Uno ve la telaraña, nunca la mosca, nunca la araña, sólo la baba del diablo.

Mi amiga B. me cuenta la disputa con su más cercano porque está harta de que se emplee —él emplee—, hasta banalizarla al máximo, la expresión "la nazificación de Israel". Mientras, la madre de un objetor de conciencia israelí le dice que "recién ahora se imagina lo que es vivir en la Alemania de los nazis" (!).

Vivir el boca a boca de cicuta que destilan quienes vinculan malgobierno, colonización, ocupación, al propio caudal antisemita, en este último caso de autoodio que encuentra su más fértil arroyo constante que vertir. La gente se acostumbró a usar para toda ocasión y en todas las salsas estalinización, fascismo y nazismo. Con el amor pasa igual, tanto rodó de mano en mano como moneda falsa que ignoramos su significación primera.

Nada es específico, neto, todo es un gigantesco supermercado del eufemismo. En la agencia de noticias donde trabajo nunca escribimos Corea del Norte, sin

adjetivar y calificarla como el 'régimen estalinista de Kim Jong II'. Cuando estuve en China no se podía escribir Vietnam o Cuba sino 'el/los pequeños hegemónistas' porque 'el gran hegemónista' se adjudicaba sólo a Estados Unidos.

U., una amiga bienpensante, nieta de nazis convencidos —me costó tanto separar la paja del trigo a lo largo de 20 años que nos frecuentamos y escribir sin tachaduras 'amiga', porque tenía una suerte de rechazo natural a poder hacerlo—, me habla de Estrasburgo y comenta: "¿Qué pasa con Israel?, parecería que los diarios se olvidaron de que existe". Traducido, las imágenes del mundo no nos trajeron estos últimos días el mostrador y la ganchera habituales de una carnicería permanente sin mesa de operaciones, sin anestesia.

Y yo que no me quería poner a escribir este texto por carecer de legitimidad, porque me parecía que nada tenía que decir ni de Israel ni de la innombrable, Jerusalem. La que aparece en 767 versículos, con la que se metieron nuestros capitanes, reyes y reyezuelos, los de los otros, los templarios, los otomanos, pasando por los bizantinos, las religiones, los iluminados, los

Argentina, residente en París. Poesía: *Babel, Babel; Partir, digo; La sanguina; Cortezas y fulgores*. Novela: *de Pe a Pa; Urracas*. Ensayo: *Pelos; Lunas de miel*. Ejerce el periodismo en France Press. Escritora invitada a universidades de EE.UU. y Europa.

74 psiquiatras y dementes todos: Una madre puede hacer tantos hijos y todos los hijos no pueden hacer una madre, solía decir acompañándose de un suspiro sin orillas mi abuela de Podolia Gubernie.

También los cercanos, como mi S., poeta de ley, con quien nos guardábamos cariño durante décadas, descendiente de rabinos que ya no puede por pronunciar la plegaria 'El año que viene en Jerusalem', sino que abomina de ella y solo jura por Al Qods. Y provoca proclamando "El año que viene en Jenín".

O la hija de de un sobreviviente del gueto de Varsovia que no dice Israel sino Palestina, no Israel y Palestina, sólo Palestina. A veces nombra a Sharón y escupe. No me acepta que le hable de autoodio, no me acepta que le reproche haber sido asalariada del OLP. U otros intelectuales "*unzere*" de probada izquierda que se refocilan en diatribas mezclando la cábala, Luria, el muro de los lamentos, el de separación, laicidad e integrismo en una misma albóndiga envenenada fría con la harina que siempre prende, la de la mala fe.

Estoy pasando a la computadora notas de un cuaderno traspapelado desde 1965(!). Ya entonces me sorprendía que "R. juntara firmas para una declaración de apoyo a los pueblos árabes desde su cara de hijo de *shojet* asustado y uñas roídas hasta sangrar. Para afichar mejor su nacionalismo cree que tiene que hacer más bandera y pregonarlo más fuerte que el resto de sus compañeros". R. se fue muy pronto arrastrando a los chiquitos consigo. Hasta hoy no sabemos si por mano propia o accidente. El resultado es la pena que no cesa.

France Inter anuncia, *Ha'aretz* confirma, que en el paseo costero de Tel Aviv un desaforado cuchillo en mano mató a uno hirió a tres antes de que lo dominaran. Dijo pertenecer a las Brigadas de los mártires de Al Aqsa. Cerca del Mike's Place, del Dolfinarium, antes de que la sangre se coagule.

Yo, rencorosa: ¿Estás más tranquila, U., ves, ya vuelven a hablar de Israel?, contesto, pero para mis adentros.

R. me escribe que no consigue adelantar su trabajo sobre las mujeres guerrilleras de los 70s. "¿No quieren o no pueden hablar?" me pregunta. Contesto que para mí ocurrió algo similar con los escasos sobrevivientes de los campos de concentración; no hablaron de inmediato por un cúmulo de razones, las más graves fueron que sus contemporáneos no les creían, banalizaban, sobre todo negaban lo ocurrido. Algunos, cuando dieron todo de sí, hasta el último vocablo, la última pesadilla, se autoborraron, Primo Levi o Bettelheim, por ejemplo. Otros, como Muzic, pintaron sin tregua sus obsesiones añares más tarde, aunque ya en pleno campo habían querido testimoniar lo indecible dibujando a riesgo de la vida con fósforos quemados.

¿Los torturadores, los convencidos pilares de los regímenes de oprobio, qué escriben, qué cuentan, qué recuerdan? ¿La barbarie usa las mismas palabras que el resto de los mortales?

Almuerzo con O., especialista en la época de Vichy. Una vez me mostró documentos de puño y letra de Pétain negando que salvaran de la muerte a un militar

de su misma camada, héroe, como él, de la guerra del 14 pero judío, *helás!*

París, julio 16. Estuvo en casa J. Enseguida con él empieza a los gritos una discusión que tiene por núcleo Israel. Está ubicado a la derecha de la derecha menos ilustrada de la diáspora respecto de Sharón y su gobierno. J. viene de asistir a la mundanidad del día, la presentación del nuevo Presidente argentino en la Maison de l'Amérique Latine. Ya antes me había telefoneado la hija del sobreviviente del gueto que, última doble faz, ahora 'milita' en el sindicalismo argentino pero desde las arenas de Lutecia. Me confía que está muy emocionada porque 'nunca había tenido un presidente tan cerca'.

J. cuando está 'entre amigos' dice que a ellos, los árabes en general, 'hay que darles con todo'. Lo suyo es vociferar e imprecicar. De aquellos polvos vienen estos lodos.

Las marchas de las "Madre Coraje" llegan a Francia vía *Libération* del 15.7.03: Cuentan la odisea de las madres solteras que marchan con 40 grados a la sombra para gritarle a Bibi que con sus reducciones de subvenciones y salarios no se puede vivir, la foto muestra a Ilana Azulay y el hijo en silla de ruedas, caminando con una botella de agua mineral en mano, la mirada obcecada en el horizonte, el hijo con un megáfono gritando 'basta!'. El diario transcribe sin mayores comentarios la respuesta del ministro Meir Shitrit, las pruebas de resistencia física que da Ilana "son buenas para su salud". El periodista del *Iediot Ajaronot* contestó que cuando "uno arropa a su perrita con

chalecos de Versace, haría mejor en cerrar el pico". 75 *Libération* transcribe a Ilana: "Quiero ir a Bibi Netanyahu, mirarle en los ojos y que me diga cómo puedo vivir. Quiero ir al ministerio de Finanzas, que me digan si no nos quieren más en el país. Y si dicen sí, que nos tiren a todas en un pozo, nos rocíen de querosén y que terminen de una vez".

Mezclado al orgullo la rebelión por la frase bien racista que me trae el *Ha'aretz* de la mujer de Dimona, cólerica, que grita: "¿Y qué quieren que haga? ¿El trabajo de una filipina?"

En recuadro, "flores de un día son", los medios satisfechos dicen que Arafat y Abbas se reconciliaron y las "querellas" quedaron atrás, *sic*.

1 de agosto. R., una que funge en el trabajo de jefa de turno, caribeña, me dijo muy suelta de cuerpo: "¿Quieres que te diga? No me odies pero ayer cuando vi a Sharón en la tele, recogiendo los papeles de su discurso, tenía la misma cara que tú cuando una te da para redactar un texto horrible que no se traga ni Dios."

Insiste ante mis colegas que Sharón tiene algo idéntico a mí. A veces es así de incontenible, su agazapado antisemitismo, todos y todas las judías que tiene a mano se parecen a *Sharón*.

No hay nada que hacer, nunca puedo reaccionar en el acto. El espíritu francés '*de la escalera*' es lo mío. Ahora que dormí mal me levanto diciendo tendría que haberle dicho esto o lo otro, sobre todo cómo pero cómo no le dije. Eso, cómo dejé y dejo que me pasen las topadoras por encima. Y por qué tanto miedo, tanta

76 cobardía, por qué no dije que peor que ser parecida a Sharón es ser de la estirpe de los traidores y de la esencia de los lameculos.

A R. la excitan con increíble sobresalto —uuuy qué liiindo, aúlla— las noticias brutales de policía como el perro pitbul que se come los huevitos de un nene, el cura que hace cositas feas con las nenas en el confesionario. No, el cura no porque comulga todos los domingos.

En qué fosa de los leones me metiste Dios, a mí que no tengo un ápice de la gracia de Daniel.

En la agencia mucho papel sobre el muro, la valla, la línea de seguridad. Sobre la policía que arrojó granadas en la prisión. La licitación para ampliar construcciones en una colonia. No dejamos pasar una, ¿vieron?

Marie Trintignat en coma profundo porque el compañero rockero le rompió literalmente el alma, y al frente, paradojas de la vida y de la prensa, una sinagoga profanada, al lado de París, en Saint Denis. A más de tirar los *talitot* y los libros por el suelo, manipular la Torá, se robaron ya que estamos las alcancías. Inscripción *juif=mort* en una pared, un par de declaraciones indignadas de común administración de políticos e instituciones judías y antirracistas. La Unión de Estudiantes Judíos de Francia dice que 'el antisemitismo en Francia no debe ser analizado exclusivamente a través del prisma de Medio Oriente'.

Chocolate por la noticia.

Agosto 22. En dos semanas de agosto murieron de calor más de 14.800 personas en Francia. Dicen que

son viejitos aislados, que la sociedad no es solidaria. Que el gobierno no puede ocuparse del clima. Yo me represento el número de veces en que multiplico y apilo los cuerpos del 11 de setiembre.

Detesto la gramática instalada en la diáspora de llamar a los más queridos después de un atentado para saber si están. Me resisto a escribir la palabra 'vivos'. El escalofrío cuando no contestan rápido al teléfono. Los invariables "gracias por llamar" que te desgarran.

Leo interrumpe el email que me estaba escribiendo por el atentado de Jerusalem. Mientras, yo miro en la pantalla de mi tele, los niños, la sangre, el acero calcinado. La imaginería invariable del horror. Parafraseando a Vallejo, ¿con qué cara discutir entonces a Bourdieu o Derrida?

Suspendo porque continúa el clima aterrador. París es un horno abrasador y sofocante. La cifra podrá ascender a los 20.000 muertos. Nunca se sabrá porque hablan sólo de ancianos en asilos. Según los criterios galos, ¿quién es anciano? ¿los de 64 como yo, para arriba como cualquier padre o abuelo que podría ser nuestro o el suegro de mi colega que murió sin que consiguieran llevarle un ventilador al hospital?

Fragmento de carta a Leo. Al terrible verano, se sumó la muerte intempestiva, qué muerte, decime, no lo es, de mi amigo y traductor Louis Soler. El año pasado había tenido problemas de corazón pero para mí que fue la cola de tifón del calor surrealista que vivimos. Apenada y con la espada de Damocles que es la propia fragilidad,

me fui sin más una semana de vacaciones. Me tomé el lujo de no escribir nada. Me enteré del horrible atentado último del bus en Jerusalem (y van...) al día siguiente por los diarios. Mi texto para *Noaj* se atrasó. A mi regreso llegaron de Haifa mi sobrino y su novia y ejerzo de tía a tiempo completo. En eso estoy, pero no quiero quedar, si es posible, fuera del número, ¿me acordás un último plazo hasta el fin de semana?

Mi sobrino: "Tía, ¿cómo se puede vivir en un país que no sabés si dentro de tres años va a existir? Tía, ¿cómo puede ser que por plata israelíes de Tzáhal vendan armas del ejército a los palestinos?". Ironía feroz del destino, pensé, alguna irá parar al autobús de donde vuelven los hijos del *dealer* del colegio, espiral abisal de pérdida y tormento.

Otra contratapa de *Libération*, del 17 de setiembre, dedicada a judíos y árabes, esta vez con gran foto de Ilán Halevy, que se jacta de "endosar" ambas cosas. Lo presentan como un oxímoron, judío y palestino a la vez, allegado al círculo más cercano de Arafat y ex ministro de Abu Mazen. Diplomático palestino con nombre judío y viajando con pasaporte francés porque los israelíes "rechazaron darle un pasaporte palestino". Hace mucho que eligió ser palestino. Cita: "el antisemitismo es el socialismo de los imbéciles", frase que debería entender pero no me entra.

Padre laico, abuelo rabino. Nació en un escondite de la resistencia leonesa. Toma conocimiento de la causa palestina en la Argelia de Ben Bella. En 1966 se instala por primera vez en Israel no para hacer *aliá* sino para

combatir desde el interior. "Toda voluntad de destruir Israel no hace sino reforzarlo", admite sin embargo que es una verdadera Nación y no una creación colonial. Militó en Matzpen y vivió en Najlaot, uno de los "raros barrios de Jerusalem que no tenía una sola casa robada". Vuelve a París en 1976 y comienzan sus primeros contactos con el OLP. Compañero de ruta, es adoptado por la organización y se convierte poco a poco en un "*aparatchik*" de la superestructura palestina. Confiesa un afecto filial por Arafat que lo lleva a asumirlo todo: la alineación con Irak durante la guerra del Golfo de 1991, las negociaciones de Oslo, la autocracia, la corrupción, la militarización de la intifada.

Dice que se cruza con israelíes que lo acusan de traidor y colaboracionista. Lo enorgulleció un responsable israelí que lo apostrofó: "ustedes los palestinos...". Comprende los atentados, "son una *vendetta*, hay que ver que pasa allí", son una manera de contestar, "ustedes matan nuestras mujeres y niños, nosotros también". Dice que en abril los israelíes, durante la operación 'muralla', saquearon su casa y después los habitantes del campo palestino se llevaron el resto. "Cuando yo era chico, la guerra era simple, siempre en blanco y negro"...

La primera vez que oí hablar de Ilán Levy fue a través de O. que trabajaba en la 'orga' con él y padecían ambos de problemas de poder. Ella se autoodia en la periferia y él en el centro de la acción. Levy dice que la posteridad lo entenderá. Disiento.

Aunque la muerte de una mariposa altera el equilibrio del mundo, dice, creo, un cabalista, el Verbo,

78 especialmente a esta altura de nuestra vida, debe aspirar a llamar a las cosas por su justo nombre, y desde que en idioma melodioso si los hay un amigo me compara a Auschwitz con Jenín, dejamos por principio de frecuentarnos y me duele, todavía.

El sabe que ante mí no podrá escribir siquiera por provocación que "busca la tibieza que anida en la *kefiah*" y que "el año que viene en Jenín". Que luego haya efectuado idéntica comparación "sin querer retirar una coma" un anciano tan pero tan laureado hizo más daño en general pero a mí menos.

Me doy cuenta de que no empecé todavía a desovillar la demonización de Israel y la angelización del terrorismo palestino. O sí. Que no tengo para nada claro lo del autoodio.

En la vereda de enfrente, la cohesión de pensa-

miento del mundo árabe. Ningún poeta al menos que conozca se inflamó contra la autocracia de Assad, muy pocos lo hicieron contra la tiranía del rey Hassan; Darwish, que yo sepa, nunca aboga por dos pueblos, dos destinos. ¿Por qué tantos tráfugas, tantos vergonzantes en nuestras filas y en el mundo árabe tal envidiable espíritu de cuerpo?

Vasto programa, que con mis precarios medios pienso seguir deshilvanando.

Antes de que me olvide: Hasta Adonái se metió con Ella. Y no sólo una vez, cito: "*Y como el ángel extendió su mano sobre Jerusalem para destruirla, Jehová se arrepintió de aquel mal y dijo al ángel que destruía el pueblo: Basta ahora, detén tu mano*" (II Samuel 24).

Amén.

París, víspera de Rosh Hashaná 5764

Natalio Ohanna

Maya descansa abrazando su almohada. El silencio es casi absoluto y la ciudad como un clamor distante me adormece. Pienso. No soy el mismo que ayer, tampoco soy el que fui esta mañana o hace veinte minutos. Pienso que por alguna razón incierta que aún no logro desentrañar siento haber despertado de un letargo tan extenso como los años de mi vida, de una muerte. Siento que se cayó la piel de mi rostro y quedó desnudo. Puedo ver de pronto que soy algo más viejo, que tengo una arruga alargada debajo del pómulo izquierdo: puedo ver que como cuando era niño me ha vuelto un principio de estrabismo. Soy feo. Quiero observar la sombra de mis dedos agitándose sobre las teclas de la máquina de escribir porque soy feo. Tampoco el que fui esta mañana o hace veinte minutos. Escribo desnudo detrás de un vidrio empañado y con un cigarro que se consume solo sobre el cenicero, feo. Escribo que escribo lo que no pienso. Escribo que escribo que una familia ajena le canta a un niño el happy birthday, que aplauden y vitorean porque se han soplado las velitas de una torta de chocolate, porque descansa abrazando su almohada y el silencio es casi absoluto aunque de mi rostro se haya caído la piel. ¿Quieres azúcar o edulcorante? Nada, quiero que haya silencio. Escribo

que no escucho nada pero siempre en el fondo algo se oye, siempre se escucha el ronquido de Maya, una gata en celo perseguida, el motor del autobús que arranca detrás del semáforo, el grito de la sirena de una ambulancia, de un letargo, extenso, como los años de mi vida, de una muerte, lo escribo. Silencio otra vez. Bajo el pómulo izquierdo la arruga como cuando era niño se agita la sombra de los dedos sobre la sombra de la máquina detrás del vidrio, la escribo, empañado. Me miro en el reflejo y soy feo, bizco y feo. Alguien corre un mueble pesado, desnudo lo corre y con un cigarro que se consume solo, desnudo lo corre y también martilla, lo corre desnudo y martilla para pegar el muro de los lamentos. Silencio. Siento el silbido del aire que pasa por las aletas de mi nariz: sale, feo. El cigarrillo se ha consumido y la colilla cayó encendida sobre la alfombra, desnudo y bizco, lo corre, con gente metiendo papelitos entre las rocas. Pero el clavo no toca fondo porque hay un hueco, enorme, donde se cae Alhamagrebí y queda sin habla ni nada como en una tregua. Desde el otro lado martillan la pared para colgar un cuadro en el living o el almanaque del año del jubileo con fotos de la ciudad vieja y el muro que quedó del segundo templo, silencio, con religiosos y soldados, sólo

Argentino. Obtuvo en 2003 el B.A. en el Departamento de Estudios Españoles y Latinoamericanos de la Universidad Hebrea de Jerusalem. Este es un fragmento de su novela inédita *Tedio*.

80 soldados, verdes, azules, rojos, negros: también inmigrantes nuevos para enrolar y filipinos, azúcar o edulcorante, nada, pero no hay turistas. Corren los muebles, desnudo y bizco, se fueron porque tienen miedo, los turistas se fueron, martillan pero el clavo no toca fondo, no llega, con gente que mete papelitos entre las rocas, se apaga, porque sólo hay un hueco que se parece mucho a una tregua y en cada uno un deseo, se enciende: dejando un pequeño surco en las fibras y olor a plástico quemado, entonces lo saca, el clavo, y mira por el agujerito, espía, ronca abrazando la almohada de nuevo con los pies afuera y tiene frío, tanto frío, muchísimo frío, como cuando era niño se me cruzan los ojos porque se agita la sombra y alguien espía aunque del otro lado no hay nada, silencio, es tarde y no hay nada, se lo han llevado todo, lejos, el silbido del aire que pasa por las aletas de la nariz y la ambulancia o los gatos sin religiosos ni whisky para la guerra y los hielos, tengo hambre, el curso de nueve meses y Alhamagrebí o la máquina que escribe la torta de chocolate por el reflejo de la cara sin piel en el vidrio empañado, vacío, tampoco el que fui hace veinte minutos por una causa incierta, porque hace veinte minutos yo no existía, nadie, por el silencio casi absoluto aunque en el fondo siempre algo se oye, aunque arranca detrás del semáforo y se consume solo, silencio, del otro lado estoy yo saludando, estoy en bolas con una arruga alargada debajo del pómulo y un dedo en el cenicero, el otro, a la una y media, silencio, feo, lo corre bizco, lo corre feo y me espía por el agujerito de nuevo, con los pies afuera, de la manta, pero del otro lado no hay nada, es otro que mira por otro agujerito, el niño del happy birthday con su maestra de segundo grado, la familia ajena, vacío, silencio.

El cuerpo de Maya es tan vulnerable que me asusta.

Parece una criatura, una niñita dulce y tan linda. Duerme. Sueña quizá algo feliz porque su boca se arquea levemente como una sonrisa. Sueña con nuestra casa sobre la playa en el Mediterráneo o más lejos, en una bahía de arena blanca junto a dos palmas cargadas de cocos. Desde el porche me ve llegar con un balde y una red de pesca al hombro. Usa un vestido claro hasta los tobillos y un pañuelo de lunares atado a la cabeza. Me espera feliz. Quiere besarme en los labios, recitarme un poema, enseñarme una concha de caracol con la que se escucha el suspiro del mar. Pero su cara se transforma en un gesto de espanto al comprender que no soy quien había creído sino algo feo, bizco y feo. Una mano pesada le cubre la boca y la nariz: los ojos se abren horrorizados pero el grito no logra escapar y las piernas se sacuden con fuerza. El cuerpo se convulsiona, se retuerce, se calma y luego nada. Silencio, feo. Maya sale de la cama y viene hacia mí. Pregunta qué pasa y le digo que alguien está moviendo sus muebles, que otro intenta colgar un cuadro o el almanaque del año del jubileo. Escribo que escribo lo que me dice desnudo, silencio. Va hasta la cocina y pone agua sobre el fuego. Vuelve. Huele olor a quemado y mira la alfombra. Se sienta junto a mí. Tuve un sueño horrible, dice, y lo escribo. Me tapabas la boca. Sólo lo hice para que dejaras de roncar. Pero querías matarme. Es que me concentró mejor si hay silencio. ¿Cómo puedes ser tan feo? Regresa a la cocina y me trae un mate cocido. Gracias. ¿Quieres azúcar o edulcorante? Nada. Escurro el saquito y lo envuelvo en una servilleta de papel. Bizco. Sorbo despacio cuidando no hacer ruido, me quemo los labios. Apoyo la taza sin que se moje la mesa. A las dos y cuarto dejo de escribir y Maya se acuesta otra vez. Bizco y feo lo corre y me espía, me mira por el agujerito.



Diván de Oriente y Occidente

Palabras de recepción del Premio Príncipe de Asturias

Daniel Barenboim

En agosto de 2002, unos cien músicos jóvenes — israelíes, árabes, españoles y marroquíes— fueron invitados a participar de talleres artísticos en Sevilla, dirigidos por el director de orquesta argentino-israelí Daniel Barenboim y el intelectual palestino Edward Said, "con el propósito de generar la comprensión entre los pueblos enemistados". Barenboim y Said (recientemente fallecido) se cuentan entre los creadores del proyecto, iniciado hace cuatro años con el nombre de "Diván de Occidente y Oriente"() y auspiciado por la Fundación por la Paz de las Culturas de la Cuenca Mediterránea. En octubre de ese mismo año, el proyecto fue galardonado con el Premio Príncipe de Asturias.*

Quisiera expresar, en primer lugar, mi emoción profunda y más sincero agradecimiento por la concesión de este premio "Príncipe de Asturias" de la concordia no a unos hombres, sino a una idea, a los cientos de jóvenes de Oriente Próximo que han hecho con su valiente esfuerzo una música que es armonía, diálogo; que es, en definitiva, perfecta expresión de esa concordia que Edward Said y yo mismo nos enorgullecemos en representar esta tarde. Compartirlo con él es un honor profundo para mí, dada la admiración que le profeso desde hace muchos años.

Nuestro proyecto posiblemente no va a cambiar el mundo, pero es un paso, y son esos pasos los que todos tenemos la obligación de dar desde nuestra

Argentina, 1942. En 2002 se tradujo al castellano su libro *Reflexiones sobre Música y Sociedad*. Célebre director de orquesta y pianista de actuación internacional; es ciudadano israelí; actualmente reside en Alemania.

82 responsabilidad y nuestras posibilidades. Hemos sentido el pulso de muchos corazones que nos han acompañado a lo largo de estos años y sentimos una enorme satisfacción porque hoy la Fundación Príncipe de Asturias, los miembros de su Patronato y las gentes del principado se unan a nuestra iniciativa y nos hayan aportado el espíritu del noble proyecto que dedican a la humanidad y al humanismo desde 1980.

Edward Said y yo hemos concebido nuestro proyecto como un diálogo permanente. Este premio supone una focalización en una manifestación de la concordia como lo son el diálogo y la armonía. En el Diván de Occidente y Oriente se une un lenguaje universal y metafísico, el de la música, con el continuo diálogo que mantenemos con los jóvenes y ellos mantienen entre sí.

Averroes y Maimónides, que propugnaron en su complicitad filosófica que tiene que existir equilibrio entre la razón y lo metafísico, se negaban a ser llamados maestros y escuchaban y dialogaban con sus discípulos como nosotros lo hacemos con estos jóvenes que, creyendo aprender algún modesto conocimiento o técnica de nosotros, muchas veces nos ofrecen grandísimas lecciones.

Edward Said y yo, imitando a aquellos personajes del diálogo platónico *Ion*, el rapsoda y el filósofo que debaten sobre el conocimiento racional y la inspiración, mantenemos un diálogo permanente. Como en la obra de Platón, el diálogo es un fin para reflexionar y llegar a conclusiones, y también un medio, una forma de concebir la existencia y la amistad.

También España es un territorio de diálogo. En Asturias comienza el período histórico de la reconquista que es asimismo una aventura humana de encuentros y desencuentros. Tras el ensordecedor silencio que supone la llegada de ese "otro" mítico y desconocido, se inicia una época de intercambio que ofrece tan notables ejemplos en la literatura, en la música, en el arte.

La vida de Edward Said y la mía representan el drama que nuestros pueblos han vivido en el último siglo. Nuestra amistad y la labor que desarrollamos de consuno representan al mismo tiempo la esperanza, porque es en ese territorio en el que hemos decidido vivir dos nómadas como nosotros. También el Diván ha viajado, y ha encontrado una casa en España, en Andalucía, a cuyas gentes y cuya Junta quisiéramos también agradecer su inapreciable apoyo.

La concordia se expresa musicalmente como armonía. La orquesta exige que los músicos se escuchen, que ninguno intente tocar más alto que el otro, que se respeten y se conozcan. Es un canto al respeto, al esfuerzo de conocer y comprender al otro, clave para poder superar un conflicto que no tiene solución militar. Hoy tal vez esté lejos la solución política, y ello me fortalece en el sentimiento de que es primordial deber del individuo reflexionar, actuar de acuerdo con sus propios medios. Creo que así podría surgir un movimiento independiente entre ambos pueblos que les ayude a contar con una contribución para superar el odio que los enfrenta hoy día.

La música es imposible de definir con palabras, porque si así lo hiciéramos la reduciríamos. Su lenguaje

es universal y se halla fuera del tiempo. Es aire sonoro, como decía Ferruccio Busoni, su fuerza es la fusión entre un elemento físico —el sonido— y el contenido humano, que no han cambiado a lo largo de la historia y las civilizaciones.

Hay una reflexión sobre Séneca de la gran pensadora española María Zambrano que podemos recordar hoy: La verdadera medida del ser no puede encontrarse en un dogma, sino en un hombre concreto que percibe en su armonía interior la armonía del mundo. Es una cuestión de oído, una virtud musical del sabio. Es una actitud incesante que percibe, y es un continuo acorde. Es, en suma, un arte. La moral se ha resuelto en estética y como toda estética tiene algo de incomunicable.

Es cierto que hay algo de incomunicable, algo que va más allá de las palabras, en la música, y acaso sea este fenómeno el que hace que jóvenes israelíes y árabes se unan para vivir juntos la transformación del sonido en una experiencia musical.

Vivimos en un mundo de permanentes contrastes, entre la armonía y la disonancia, entre la sinrazón y la racionalidad, entre la privación de la palabra y el diálogo, entre la oscuridad de la violencia y la luz del humanismo. Todos los días encontramos argumentos que nos recuerdan que la historia humana ofrece permanentes

ejemplos de la parte más negativa de estas ecuaciones.

Hace muchos siglos, en el Reino de Asturias, el Beato de Liébana hizo una de las más preciosas contribuciones a la cultura de Occidente, al evocar en su obra una Jerusalén celestial en el marco de una visión apocalíptica. Al mismo tiempo, otro paraíso estaba construyéndose no lejos de aquí, con la contribución de musulmanes, cristianos y judíos.

El hecho de que dos amigos, dos hermanos, hayamos podido poner en marcha este pequeño proyecto, y el hecho de que ustedes estén hoy aquí rindiendo homenaje a este empeño, nos hace pensar en la parte más positiva del ser, y nos hace desear que tal vez entre todos, ustedes y nosotros, estemos aportando a los pueblos palestino y judío algo de aquello sin lo que un hombre no puede vivir: la esperanza de una vida mejor, que sin duda tendrá que expresarse en una Jerusalén terrenal donde los hombres convivan manteniendo sus identidades, creando un puente entre Occidente y Oriente.

Ojalá que este premio abra espacios para esa esperanza y la paz que encierra en su seno.

Oviedo, 25 de octubre de 2002

(*) Diván: Colección de poemas en árabe, persa o turco.

Los judíos y las moscas

Pilar Rahola

"Hay tres cosas que Alá no debería haber creado: los persas, los judíos y las moscas".

Leída así, la frase que Saddam Hussein obligaba a repetir a los niños de Iraq suena a grotesca y, por supuesto, a bárbara. En nuestra civilizada y arrogante Europa nunca diríamos algo así: nosotros no tenemos nada contra los persas, ni contra las moscas. Diré más: las moscas son pesadas, pero conforman de tal manera el paisaje mediterráneo, que han acabado siendo entrañables. Y, por supuesto, los persas nos caen bien. De manera que podemos respirar tranquilos: con Saddam Hussein sólo nos une el odio a los judíos. ¿Habría sido ese odio el que ha llevado a tantos manifestantes a quemar banderas con la estrella de David, mientras gritaban consignas a favor de Saddam? ¿Será la judeofobia el lugar simbólico común donde árabes y europeos nos encontramos, nos reconocemos y nos gustamos? ¿Y es esa misma judeofobia la que convierte a un

déspota corrupto y violento como Arafat, en un resistente romántico? ¿La que transforma el nihilismo terrorista palestino, en una especie de nueva épica liberadora?

Sostengo, hoy y aquí, para desgracia de nuestro dual continente, capaz de crear para el mundo las bases de la democracia y, al mismo tiempo, crear las termitas más activas que la intentaron destruir, el estalinismo y el fascismo, sostengo que estamos volviendo hacia nuestros propios demonios: hoy por hoy, sobre las bases del viejo antisemitismo exterminador que conformó nuestro pensamiento colectivo más profundo, estamos construyendo un nuevo, activo y perverso antisemitismo. "Un antisemitismo sin judíos", que diría Pual Lendvai. El fenómeno se está elaborando en paralelo con dos actitudes complementarias, las dos igualmente suicidas, el antiamericanismo, y la indiferencia ante la aparición y consolidación de un nuevo totalitarismo, el integrista islámico.

Barcelona, 1958. Se doctoró en Filología Hispánica y Filología Catalana. Es periodista de prensa escrita, radio y televisión. Ha desempeñado diversos cargos oficiales, y fue diputada por la Izquierda Republicana Catalana. Su actividad profesional y voluntaria está dedicada, entre otros, a los derechos de la mujer y el niño, y a la cuestión judía y el antisemitismo. Sus libros recientes: *Mujer liberada, hombre cabreado, Carta a mi hijo adoptado, Historia de Ada. Los derechos pisoteados de los niños.*

Tres son, pues, las flechas que disparan hacia una misma dirección preocupante: la conformación de un pensamiento único europeo, capaz de movilizar las calles y las conciencias de Europa, y que se fundamenta en pilares destructivos. Lo más grave, desde mi punto de vista y desde mi propia militancia progresista, es que este pensamiento único es de izquierdas. De izquierdas es el nuevo antisemitismo europeo, disfrazado de antisionismo; de izquierdas es el panarabismo romántico que lleva a la minimización del terrorismo; y compartido con determinada derecha, de izquierdas es el feroz antiamericanismo que estamos padeciendo. Si estamos de acuerdo en que la izquierda es quien configura las ideas con prestigio de nuestra sociedad, y que son los intelectuales de izquierda los que son reconocidos como defensores del progreso, entonces estaremos de acuerdo en que tenemos un grave problema. Hablemos de ello, del nuevo antisemitismo y de las dos patas peludas que acompañan al monstruo.

Los nuevos antisemitas no se reconocen como tales. El antisemitismo es una expresión clásica de la extrema derecha, y, por tanto, la izquierda la aborrece y la niega. El paraguas del antisionismo, sin embargo, o directamente el del antisraelismo, son mucho más cómodos de llevar, paran bien la lluvia de la crítica y permiten un disfraz intelectualmente digerible. De Martin Luther King es esta frase pronunciada en 1967, en su "Carta a un amigo antisionista": "Los tiempos han convertido en impopular la manifestación abierta del odio a los judíos. Siendo éste el caso, el antisemita busca nuevas formas y foros en donde poder instalar su veneno. Ahora lo esconde tras una nueva máscara. ¡Ahora no odia a los judíos, sólo es antisionista!". Treinta y seis años después, la frase es más vigente que nunca, de manera que el antisionismo y la

demonización feroz de Israel se han convertido en una obligación moral del pensamiento de izquierdas. Como si en el catecismo no escrito de la izquierda existiera un dogma inquebrantable: o eres antisionista, o no eres de izquierdas. Yo misma, en mi país, soy expulsada del paraíso de la izquierda, por parte de algunos gurús del dogma, cada vez que no practico el tiro intelectual al judío. Perdón, al sionista. Perdón, al israelí. ¿O no es todo lo mismo en la gramática antisemita?

El resultado es el que estamos viendo. En su plasmación más tangible, la dolorosa agresión que están sufriendo comunidades judías en diversos países. Desde vetos personalizados —podría explicar duras situaciones en España— hasta violencia física, como la que padecieron los judíos pacifistas en la ya famosa manifestación de París. Pero lo más profundo del nuevo antisemitismo se sitúa en el corazón de Tierra Santa y tiene a Israel como objetivo de tiro al plato. Israel es, hoy por hoy, una auténtica obsesión de la izquierda europea y el ejemplo más relevante de los tics fascistas que la izquierda puede presentar. Estas son mis acusaciones:

*manipulación informativa
criminalización de la legitimidad del Estado de Israel
minimización de las víctimas judías
banalización de la Shoá
e indiferencia —cuando no aplauso— ante los estragos
terroristas del integrismo.*

Primero: **Acuso a la izquierda de matar a la información a golpes de propaganda.** La manipulación informativa de lo que ocurre en Oriente Próximo es tan burda y excesiva que pasará a los anales del periodismo como ejemplo de intoxicación de masas. ¿Cuántos principios del periodismo se

quiebran en la información que la mayoría de medios europeos están dando?: *no control de las fuentes; tergiversación y manipulación de datos; burla al principio de objetividad; indiferencia ante lo que tendría que ser el anhelo de todo informador: la verdad.*

Ya sé que me dirán que la objetividad no existe, y menos en el periodismo. Pero, entre la objetividad pura y la subjetividad militante, hay un largo trecho que el periodismo serio podría recorrer. Y que, respecto a Oriente Próximo, no recorre. La gramática de este nuevo periodismo conforma el día a día de la prensa influyente de la Europa Occidental, y es tan poderosa que no se salva de ella ni la muy mitificada BBC. Una gramática con reglas precisas:

*no existen terroristas, sino milicianos;
nunca existen víctimas judías;
toda acción palestina es buena por naturaleza y, por supuesto, defensiva;
toda acción israelí es sospechosa de criminalidad;
no existen los verdugos palestinos;
no existe la ingerencia internacional;
no existe la corrupción de Arafat;
por no existir, no existe ni su pasado violento;
y, evidentemente, no existe la democracia israelí.*

El atentado diario que la información sufre en manos de la propaganda, con total impunidad, ni es casual, ni es espontáneo. Acuso, pues, a parte de la prensa europea de manipular, mentir y cambiar las pautas de la información en Oriente Próximo. Su neutralidad es, sin duda, una neutralidad pro-palestina...

Segundo: **Acuso a la izquierda de banalizar la Shoá,** tema éste que no es, en absoluto, menor. Quedará escrita, en

los murales de la vergüenza europea, la actitud de numerosos colectivos activistas, perfectamente visualizables en las manifestaciones pacifistas de estos días, y de muchos intelectuales de izquierdas, que han utilizado la tragedia del Holocausto como arma arrojadiza contra Israel. El punto culminante de este desprecio profundamente cruel —lanzar contra las víctimas de la Shoá su propio martirio, es una forma de volver a matarlas— han sido las declaraciones de Saramago en Jenín. Al respecto, digo lo siguiente: Saramago ha sido el ejemplo más relevante de una afirmación inapelable, *uno puede escribir como los ángeles y pensar como los demonios*. En 1884 Auguste Bebel ya llamó a esto “el socialismo de los imbéciles”.

Pero no es solo una imbecilidad. El azar, tan extrañamente poético a veces, hace que esté escribiendo este párrafo justo ahora, cuando aún estoy bajo el impacto del Museo del Holocausto de Washington, que acabo de visitar. Como dice ese gran constructor de la memoria que es Claude Lanzmann, la Shoá es “la muerte del alma humana”. Ante su recuerdo, ningún ciudadano del mundo puede ser indiferente. Pero, sobre todo, ningún europeo puede ser ajeno. Europa creó ese pensamiento único totalitario del cristianismo que convirtió todo un pueblo en deicida (por cierto, después de oír las sandeces de Mel Gibson, supongo que no irán a verle nunca más al cine). Europa fue la Inquisición española, fue Lutero asegurando que los judíos eran “una plaga en el corazón de la Tierra”. Europa fue la demonización, la persecución, la culpabilización y la muerte de lo mejor de su propio cuerpo, su alma judía. Europa fue el Vaticano y sus colaboraciones con los nazis. Auschwitz no es una contingencia trágica de la historia, una especie de perverso error. Auschwitz es la estación final de un largo proceso de destrucción. Por ello no es exagerado asegurar que, siendo

Europa tan profundamente judía, con la Shoá se destruyó a sí misma. Lo que queda hoy de Europa son los restos del naufragio. Un continente que, secuestrado por sus propios demonios, perdió la dignidad.

Por eso banalizar la Shoá es algo tan brutal y perverso. Hacerlo, además, desde la izquierda, la que tendría que ser la vigía más rotunda de la justicia y la libertad, es un acto de traición. De traición a la memoria trágica de Europa. ¿Es el síntoma de un nuevo antisemitismo? Sin ninguna duda: minimizando el Holocausto, se reduce la dimensión de la tragedia, se relativiza la culpa europea y lo judío vuelve a ser sospechoso, poderoso y peligroso. Ya no existe la víctima judía, existe el soldado israelí que mata niños en Belén, metáfora moderna del judío medieval que bebía la sangre de niños cristianos. Esa relación entre el judío medieval malvado y el malvado soldado israelí resulta placentera para la culpa europea. La izquierda establece esa relación incluso inconscientemente, de manera que podemos decir que la ortodoxia cristiana y la izquierda ortodoxa también cohabitan felizmente en el territorio inhóspito del antisemitismo.

Acuso, pues, a la izquierda de traición a la memoria trágica de Europa.

Tercero: **Acuso a la izquierda de minimizar, justificar e incluso elogiar un nuevo totalitarismo que amenaza seriamente a la libertad: el nihilismo terrorista islámico.** Los ejemplos son escandalosos: indiferencia ante atentados graves como la bomba de AMIA en Argentina, o el atentado contra las Torres Gemelas, considerado, por parte de la izquierda, casi como responsabilidad americana a causa de su política exterior. Por supuesto, con culpa judía incorporada. La exaltación del terrorismo palestino como fórmula de lucha

legítima, hasta el punto de considerar aceptable la inculcación, en la sociedad palestina, y globalmente, en muchas de las sociedades islámicas, de una cultura fatalista del odio y la muerte, cultura que es, sin duda, totalitaria. El buen amigo Marcos Aguinis llama a ello "un retroceso de la izquierda hacia la antimodernidad". Mientras perdona las bombas de Hamás o se manifiesta por las calles contra la intervención americana en Iraq, esa misma izquierda nunca se ha manifestado contra el integristismo que mató más de 4.000 personas en Nueva York, o contra el que ya lleva un millón de muertos en su guerra en Sudán. Tampoco he visto nunca una ONG que quiera enviar escudos humanos a las cafeterías de Tel Aviv. Hay una solidaridad selectiva, derivada de un maniqueísmo perverso que convierte a los terroristas en víctimas, y a las víctimas en culpables.

El integristismo islámico es el heredero natural de los grandes totalitarismos de la humanidad, el nazismo y el estalinismo. Como ellos es, fundacionalmente, antisemita, y, como ellos, presenta un cuerpo doctrinal basado en el terror, la anulación de todo principio de libertad y el expansionismo sangriento. También, como ellos, actúa ante la indiferencia y/o la complicidad europeas. **Acuso, pues, a la izquierda de traicionar a la democracia perdonando al nihilismo terrorista.** Nada nuevo, sin embargo, bajo el sol de una izquierda que se ha ido enamorando de muchos de los dictadores que ha dado la historia, Stalin, Pol Pot, Fidel, ahora Arafat. Huérfana de épicas propias, desconcertada con su maleta de sueños rotos, la izquierda mira hacia el mundo árabe buscando las resonancias de Lawrence de Arabia. Y se enamora de las guerras totales, de los cantos tribales de la revolución, quizás convencidos que entre el "revolución o muerte" del Che

88 y el "viva la muerte" de Hamás no hay mucha diferencia. Buscan a Lawrence de Arabia y, para desgracia de todos, aún no han descubierto que con quien se han encontrado, ha sido con Bin Laden. Y con Arafat, otro viejo autoritario, corrupto y sangriento.

Acuso, pues, **a la izquierda de no considerar a las víctimas del terrorismo**, de no entender la amenaza que representa el nihilismo, de traicionar, con su ceguera, a la democracia. **La acuso de llorar, sólo, con el ojo izquierdo...** Un ojo izquierdo que, hoy por hoy, es deliberadamente antisemita.

¿Pongo el bonito ejemplo del Forum de Porto Alegre o de Durban? Los residuos de las revoluciones frustradas del mundo hicieron allí su lindo aquelarre. ¿El objeto de deseo? Por supuesto, los judíos. Y es que la culpa judía siempre vende bien en los mercados de la demagogia.

¿Hoy es, pues, Europa más antisemita que antes? ¿Lo es en Francia? Hoy Europa y Francia están reinventando el antisemitismo. Lo reiventan algunos populismos de derecha con fuerte base católica, y lo reinventa la izquierda, dándole brillo y prestigio a lo que antes era pura retórica de extrema derecha. Ese nuevo antisemitismo trabaja adecuadamente el olvido y banaliza la Shoá sabiendo que el olvido siempre es una opción. De hecho, olvidarse es tener buena memoria. Sin duda, la izquierda europea tiene una muy buena mala memoria. Y, con el olvido bien asentado en la ideología, olvida también las causas de la creación del Estado de Israel, convierte su legitimidad en sospechosa y criminaliza sus actos. Israel es, quizás, uno de los estados cuya creación tiene más base moral de cuántos estados existen. Sin embargo, es el único estado del mundo que cada día tiene que pedir perdón por existir.

Sin ninguna duda, pues, **acuso a la izquierda de poner en cuestión la legitimidad del estado de Israel**. De ahí que sus actos sean considerados, por naturaleza, culpables. ¿No tiene que ver, con ello, la actitud ciega del Parlamento Europeo, indiferente al uso que l'ANP hace del dinero público europeo? ¿Cómo es posible, me pregunto en nombre de la democracia, que sea dinero europeo el que financie las escuelas del odio donde los niños palestinos son adoctrinados en el fatalismo suicida? Siendo indiferentes somos, inequívocamente, responsables de secuestrar la tolerancia y la modernidad, y de permitir que se encadene en una espiral de odio, impotencia y venganza, a generaciones enteras de palestinos.

Lo permitimos, lo financiamos y hasta lo justificamos. Lo cual nos retrotrae nuevamente a la historia. ¿Recuerdan a Hermann Broch?: la indiferencia, esa forma de violencia...

Y ello pasa por que el odio a los judíos no levanta ampollas en la fina piel europea. Fuera odio a los católicos, a los protestantes, a los homosexuales, a los ciudadanos negros, pero a los judíos...

ESTE ES EL NUEVO ANTISEMITISMO:

El que no se horroriza de que el *Mein Kampf* de Hitler o los abominables *Protocolos de los Sabios de Sión* sean best-sellers en el mundo árabe.

El que repite los viejos tópicos demonizadores de los judíos, especialmente desde planteamientos intelectuales.

El que se enamora de la épica totalitaria del terrorismo palestino y, llevado de un antiamericanismo patológico, se inhibe ante el peligro del integrismo islámico.

El que ha encontrado, en la excusa de Israel, un nuevo paraguas donde canalizar un viejo demonio.

Acabo, pues, con esta convicción. **El rompecabezas del antisemitismo se está armando de nuevo.** Estas son las piezas:

Primera pieza: el subconsciente europeo, resistente a las lecciones de la historia e inmune a las vacunas que intentan matar definitivamente el virus antisemita. Europa se ha librado de su piel judía, pero no lo ha hecho de su viejo odio.

Segunda pieza: un neo-catolicismo populista, más o menos extremo, que también se asienta en una base judeófoba.

Tercera pieza: un pensamiento de izquierdas que, sin haber hecho las paces con su pasado totalitario, se enamora de nuevas épicas también totalitarias. Asienta, así, las bases del antisemitismo más peligroso, porque la izquierda le da prestigio, le da cobertura intelectual y lo arma ideológicamente.

Cuarta pieza: el antiamericanismo europeo, derivado del doble complejo que arrastra Europa. Un gran complejo de superioridad, no en vano es la cuna de la modernidad; y un enorme complejo de inferioridad, puesto que es incapaz de resolver ni una sola de sus propias tragedias. Por supuesto, el antiamericanismo es, por definición, antisionista.

Quinta pieza: el integrismo islámico, ideología totalitaria y nihilista, claramente enemiga de la modernidad, y cuya base fundacional es el antisemitismo. Cabe decir que el hecho de que 1.200 millones de musulmanes vivan en tiranías teocráticas, no facilita para nada la lucha contra la judeofobia.

Territorio común, pues, de más de un dogmatismo maniqueo, la judeofobia actual encuentra nuevos camuflajes, crece y se asienta. Hoy, aquí, ante la Unesco, amparada por ese ejemplo de heroicidad, tenacidad y dignidad que es el Centro Simon Wiesenthal, **acuso a la izquierda europea, mi izquierda, de ser la cobertura intelectual del nuevo antisemitismo que existe en Europa. UNA IZQUIERDA QUE SE TRAICIONA A SÍ MISMA, TRAICIONANDO A LA DEMOCRACIA.**

Nuevamente, en Europa ser judío empieza a ser difícil. Y eso que la Europa más europea que ha existido nunca ha sido la Europa judía. Nuestra tendencia al suicidio es, desgraciadamente, patológica. Lo denuncio por que soy europea. Y, como tal, me siento judía ante el antisemitismo, única posición moral que redime a un europeo de su pasado de vergüenza.

Contra el boicot académico a Israel

Aarón Benavot

El 6 de abril de 2003, unos 90 profesores universitarios europeos (en su mayoría británicos) difundieron un comunicado de prensa que abogaba por una moratoria sobre la financiación de proyectos culturales y de investigación en Israel, "hasta que Israel acate las resoluciones de la ONU y comience serias negociaciones de paz con los palestinos según los lineamientos propuestos en muchos planes de paz, incluidos los recientemente auspiciados por los sauditas y la Liga Árabe". Ese mismo día, varios académicos emitieron documentos en oposición al pedido de moratoria. Reproducimos uno de ellos.

Estimados Profs. Hilary y Steven Rose:

Acabo de recibir una copia de la petición que circula en el Reino Unido y otros países europeos, en la que se exige una moratoria en todos los proyectos bilaterales y multilaterales de cultura e investigación entre Israel y Europa. Al mismo tiempo que estoy a favor del derecho a expresar abiertamente toda forma de opinión por crítica que sea en lo referente a las actitudes de Israel para con la dirigencia y el pueblo palestinos,

considero que esa moratoria es indefendible, inapropiada y, de hecho, contraproducente.

Permítanme llamar la atención de ustedes y de sus colegas acerca de varios proyectos de financiación europea que contribuyen a promover la paz en la región, y cuya suspensión asestaría un golpe a las aspiraciones que ustedes y sus colegas se proponen alentar.

1) Muchos proyectos bilaterales europeos y financiados por la UE han creado importantes marcos en los que judíos israelíes, palestinos y árabes de Noráfrica y Medio Oriente se encuentran en un contexto "neutral" fuera de la región, para analizar tópicos académicos de común interés y para establecer relaciones interpersonales informales que ayudan a contrarrestar años de acumuladas incomprensiones y animosidades. El año pasado, por ejemplo, participé en la II Reunión Mediterránea de Investigación Social y Política, financiada por la UE, a la que asistieron, junto con los colegas europeos, un gran número de académicos árabes e israelíes que hallaron allí un incomparable contexto para la interacción y el diálogo. Conozco también otros proyectos europeos y de la UE explícitamente creados para permitir el trabajo conjunto de israelíes y palestinos, encaminado a objetivos científicos comunes en un marco de mutuo respeto.

2) Los programas financiados por la UE brindan oportunidades a palestinos con ciudadanía israelí. Por ejemplo, en un programa destinado a investigadores jóvenes, uno de mis doctorantes, palestino, recibió la beca Marie Curie de la Universidad de Manchester, para perfeccionarse en las áreas de inclusión/exclusión social, relaciones étnicas y discriminación en el mercado laboral. Las experiencias y conexiones científicas que este estudiante adquirirá durante esos dos años no serán sólo particularmente formativas, sino beneficiarán indudablemente su carrera académica en las universidades israelíes.

Podría ofrecer ejemplos adicionales, pero creo que el punto central de mi argumento es claro: los programas financiados por naciones europeas o por la UE han desempeñado y continúan desempeñando un rol importante en el avance de la cooperación científica entre judíos israelíes, palestinos de ambas márgenes de la línea verde e investigadores de otras zonas del mundo árabe. El congelamiento de la participación israelí en dichos programas no sólo minará estas actividades, sino incluso empeorará la situación.

Los académicos israelíes que nos oponemos a las políticas del gobierno actual estamos trabajando inten-

samente para cambiarlas, utilizando todos los medios legítimos que nuestra joven y valorada democracia ha puesto a nuestra disposición. Enviamos cartas, dictamos conferencias, aparecemos en los medios de comunicación, participamos en manifestaciones públicas, apoyamos financieramente a los movimientos de oposición — en una palabra, procuramos contrarrestar la devastación causada a los palestinos por nuestro legítimo gobierno. Nuestra tarea es muy difícil debido a los efectos de la reciente ola de bombas suicidas: creciente temor, sentimientos de venganza, deshumanización.

En mi opinión, nuestro trabajo se verá directa e indirectamente debilitado por el congelamiento de todos los vínculos culturales y académicos entre Europa e Israel.

Confío en que tomen ustedes en cuenta mis comentarios y los hagan circular entre sus colegas.

Con mis mejores deseos,

Dr. Aarón Benavot,

Departamento de Sociología y Antropología
Universidad Hebrea de Jerusalem

Cuando un sueño se hace añicos...

Mario Wainstein

Este artículo apareció originalmente en la edición 2119 de Aurora, el 19 de octubre de 2000. Aclaro que no me desdigo de lo allí expuesto. Tampoco del encabezamiento, que previene y advierte que la nota es escrita en y con el dolor del momento. Y es que realmente, fue escrita a los pocos días del horrible lynch perpetrado en Ramala a dos soldados de la reserva que habían equivocado su camino.

Desde entonces, el artículo dio la vuelta al mundo por internet, muchas veces modificado, alterado, censurado u ornamentado. Lo más grave, por supuesto, es que se lo ha presentado como mi idea política definitiva, lo que no es verdad.

En algún sentido, siento que hay gente que lo ha utilizado dejándome otra vez la sensación, que menciono en él, de haber sido "usado como idiota útil" y "sorprendido en mi buena fe". Pero esta vez, por los círculos israelíes de derecha.

Antes que nada debo hacer una aclaración. Nuestros sabios dicen que no se debe juzgar lo que una persona dice en su momento de duelo o tristeza porque no son los mejores momentos de

lucidez. Lo que voy a decir en esta nota —una de las más personales y graves que recuerdo en mi dilatada carrera periodística— es producto de este momento y no sé como pensaré dentro de una semanas o meses. Pero el periódico sale todas las semanas y no puedo postergar mis sentimientos. Eludirlo sería engañar a mis lectores, algo que jamás he hecho, pese a quienes piensan lo contrario.

Toda mi vida fui muy nieto. Tan nieto como hijo y de mis dos abuelos sin incluir cónyuges. Mi abuelo materno era un judío tradicionalista que iba todos los sábados a la sinagoga. El paterno era comunista y soñaba con un mundo sin opresores ni oprimidos, sin corruptos ni corrupción. Yo heredé a ambos como con una transfusión y no sólo por genes sino por largas y añoradas horas de convivencia en la cual los roles estaban claramente definidos: ellos hablaban, yo escuchaba.

De mi vivencia infantil quedó fijado un cuadro imborrable, porque es muy impresionante para un niño ver a un abuelo llorando. Recuerdo a mi abuelo, sentado en el borde de la cama, contándome cómo, después de

Periodista argentino, residente en Israel hace más de 30 años. Es director de redacción del diario *Aurora*, cofundador del Movimiento Shalom Ajshav (Paz Ahora) y activo militante por el diálogo palestino-israelí. Es traductor de literatura al español y al hebreo.

denunciados los crímenes de Stalin por Nikita Jrushov, llegó a su casa en Mendoza la humilde cobradora del Partido Comunista, para retirar la cuota mensual. Mi abuelo, con ojos vidriosos y voz entrecortada, con una mezcla de indignación y dolor, me contaba cómo había descargado en esa pobre mujer toda la frustración de una vida entera: "Son ustedes los que deben pagarme a mí, por los daños y perjuicios que me ocasionaron por creerles y por engañarme durante toda la vida". Era inconsolable.

Vine a vivir a Israel, como nieto de un abuelo, y dediqué casi toda mi vida adulta a luchar por la reivindicación de los derechos de los postergados en general y de los palestinos en particular, como nieto del otro. Y no puedo creer cómo la historia se repite.

Yo, que en una ocasión pagué con mi lugar de trabajo mi actividad social en favor de los árabes de Lod; yo, que durante un año entero viví de mis ahorros sin trabajar para poder dedicarme, después de la Guerra del Líbano, a la actividad política en favor del diálogo con la OLP; yo, que preferí la cárcel militar durante la Intifada en lugar de reprimir a los civiles de los territorios; yo digo hoy que he desperdiciado mis energías, mis sueños, mi capacidad y gran parte de mi vida, y que he sido utilizado como idiota útil y he sido sorprendido en mi buena fe.

Mientras yo exigía el diálogo y la creación de un Estado palestino, como consecuencia natural del sentimiento de solidaridad entre los pueblos, el palestino me apoyaba como consecuencia natural de su anhelo de

quitarme a mí el derecho que yo reivindicaba para él. Estado palestino sí, Estado judío no. Mientras yo buscaba afanosamente la fórmula del *modus vivendi*, un acuerdo honorable, una solución práctica para la convivencia armónica en un plano de igualdad, él buscaba justicia. Su justicia, en forma excluyente.

Me hubieran avisado, porque para defender la justicia del sionismo y de mi presencia en este lugar podía muy bien ponerme en la primera línea de fuego. Yo entendía (y entiendo) que si la cuestión es un choque de justicias, no llegaremos jamás a ningún acuerdo, porque la justicia es inflexible, es absoluta, no se puede negociar. Con la justicia, como con la religión, se puede ir a la lucha armada hasta las últimas consecuencias, hasta que uno de los dos aniquile físicamente al otro. Porque en la justicia no hay renuncias, no hay misericordia, no hay concesiones. Sirve sólo para despertar fanatismos e ideologías totalitarias.

No soy tonto, como parecen serlo muchos de ustedes, y sé que no hay más solución que la negociada. Tanto ustedes como nosotros estamos aquí para quedarnos y tenemos la opción de hacerlo bien o mal, con vida o con muerte. Hasta hace poco estaba dispuesto a hacer mucho para que lo hagamos bien, para que vivamos en paz, para que lleguemos a un acuerdo.

Hoy no. Lo único que me interesa en este momento es que nos separemos para no verles nunca más la cara. Quiero construir una muralla invulnerable que nos separe y no los quiero ver más. No somos primos. En el mejor de los casos, vecinos que no se quieren. Yo, al menos, no los quiero.

En ese asqueroso linchamiento en Ramala participaron ustedes, todos ustedes, porque no fueron a buscar gente "especial". Participaron los que por casualidad estaban allí, lo que estadísticamente quiere decir "todos". No Hamas, no Yihad Islámico. Gente común. Embriagados de sangre. Yo con esa gente no quiero hacer ninguna paz. Sencillamente no los quiero ver más. No quiero entrar allí y no quiero que entren aquí. Y las emisiones de su estación de televisión tienen que ser codificadas, como los canales de pornografía, para evitar que perturben las mentes de menores.

Cuando aquí se cometió un pogrom en Nazaret, hasta yo, humildemente, desde esta columna, lo condené con furia. Veinte de nuestros prominentes escritores fueron a dar el pésame. Y yo todavía estoy esperando que una persona, no digo ya un intelectual, un palestino cualquiera publique en la prensa, en la radio, en la televisión su condena, su horror, su asco por lo que se hizo en Ramala.

Después de 32 años de lucha, sólo ahora se me ocurre preguntar: ¿dónde está el movimiento Paz Ahora de los palestinos? ¿Cómo puede ser que aquí estamos azuzando permanentemente a nuestros gobiernos para

que sean más flexibles y lo único que obtenemos de los palestinos es cooperación en ese mismo objetivo? ¿No se les ocurre que también allí se puede presionar al gobierno para que sea más flexible? ¿De verdad se creen que toda la culpa es nuestra y toda la justicia es de ellos?

Estamos al borde de una guerra horrorosa que puede no estallar. Pero si alguien se cree que para evitarla vamos a estar dispuestos a renunciar a nuestra razón de ser, está equivocado. Estoy ya bien cansado de entender siempre las sensibilidades palestinas, sin que nadie esté dispuesto a escuchar cuáles son las mías.

Dicen que para ellos, la cuestión del honor es cardinal. Puede ser. En cuanto a mí, por algo que también tiene que ver con mis abuelos, cada vez que dicen que me quieren exterminar se me crean serios problemas digestivos. Y más cuando se lo acompaña con un lynch. Al igual que mi abuelo de Mendoza, no creo en la trasmigración ni en la inmortalidad del alma. Sé, por lo tanto, que no me ve en esta angustia mía, copia de la suya. Hubiese querido preguntarle... qué se hace con todo el vacío que queda en el pecho cuando un gran sueño se hace añicos.

La izquierda emocional frente al terrorismo

95

Ismael Viñas

Se suele hablar del terrorismo como de algo reciente, como si se hubiera iniciado con los suicidas fundamentalistas islámicos convencidos que a través de su acto de inmolación se aseguran el paraíso.

Evidentemente no es así, y se pueden rastrear sus raíces, tan antiguas como diversas: aun en el propio Islam hubo quienes procuraban el martirio fatalista y alegre de tipo místico religioso que puebla su historia desde los remotos tiempos de la Hégira del profeta; entre los japoneses, el suicidio por honor antecedió a los kamikazes guerreros; pero también en las luchas sociales de Occidente los atentados de los anarquistas, que no incluían el suicidio de sus autores, lo encontraban con frecuencia; y las luchas de liberación nacional de los pueblos conquistados y coloniales dejaron un tendal de víctimas, mucho antes que se atisbaran sus victorias en los siglos XIX y XX. En todos los casos, a excepción de los kamikazes que se lanzaban contra blancos militares, se producían víctimas civiles indiscriminadas.

Multitudes de pueblos han usado, y algunos siguen usando, esos métodos de lucha. En Africa negra los combatientes no utilizaban explosivos, sino incursiones humanas contra los blancos. Hasta los judíos en la Palestina británica —hoy una de sus víctimas—,

combatieron a la potencia mandataria colonial en las organizaciones clandestinas *Leji* y *Etzel*. Hay quienes afirman que el terrorismo urbano "moderno" nació allí y fue luego adoptado en la guerra de liberación de Argelia, cuyos combatientes habrían aprendido de la derecha judía palestina.

Los líderes revolucionarios marxistas criticaron este tipo de acciones, específicamente los atentados anarquistas, señalando (acertadamente) que se pretendía reemplazar la violencia de masas por la individual, y que, de hecho, se dejaban marginadas y en la pasividad a quienes debían ser protagonistas de la revolución —las clases oprimidas—, trabando su toma de conciencia. Trotsky (entre otros) señaló además que el terrorismo estaba condenado a fracasar en sus objetivos (lograr la liberación de esas clases), y que provocaba inevitablemente un efecto contrario a sus propósitos al exacerbar a la reacción, tanto más cuanto más estruendosos fueran sus resultados.

Esto último exige meditarse con cuidado: el argumento es cierto en cuanto a su aplicación a la lucha de clases, pues sólo la violencia organizada de las masas ha garantizado los triunfos revolucionarios. Inversamente, los actos de terrorismo que han pretendido

Ex dirigente político de la izquierda argentina, autor de numerosos ensayos ideológicos y económicos. Exiliado en 1976, ejerció el periodismo en Israel. Actualmente reside en los EE.UU. Recientemente publicó *Lumpenburestias*.

96 acompañarla sólo dificultaron los procesos en marcha, desviando la atención de las clases en ascenso, provocando escisiones en su seno, mientras que paralelamente se reforzó la represión. Pero no ha ocurrido así en las luchas por la liberación nacional, ya que son diferentes las guerras coloniales contra un opresor extranjero representado por tropas y administradores coloniales, que la ruptura interna de hostilidades en el seno de un pueblo que enfrenta a los explotados y a algunos sectores oprimidos con la burguesía y sus aliados — lo cual puede conducir a la escisión de las propias fuerzas represivas. Y destaquemos: desde la perspectiva de las luchas sociales, no sólo el terrorismo intenta reemplazar a las masas cuando se lo ejerce como único método de lucha, y, por tanto, está condenado al fracaso; también es contraproducente cuando procura acompañar a la lucha de masas.

Sin embargo, eso no ocurre cuando se trata de luchas por la autodeterminación, aun cuando en estos casos debe estar acompañado por la participación (activa) del pueblo o de sus sectores mayoritarios.

No se trata de teorías hipotéticas, sino de lo que enseña la experiencia histórica; y, en todo caso, es posible generalizar, es decir, teorizar, a partir de ella, y también abrir una discusión. (Como es posible advertir, uso la categoría "pueblo" de un modo que quizá no sea compartido por la mayoría de quienes escriben o han escrito sobre estos temas. Considero que en las guerras de liberación nacional participan, o pueden participar, todas las clases sociales o sectores de ellas.)

Me limitaré aquí a indicar algunos hechos sobre estos dos tipos de luchas, las sociales y las de liberación nacional.

En primer lugar, la exacerbación de la represión se da en todos los casos en ambos tipos de lucha —tal como se advierte fácilmente en el examen de cualquiera de ellas—, pero que no contradice las observaciones generales apuntadas. Además, algo de suma importancia: en la última década se produjo un reflujo histórico, la "implosión" de lo que generalizando se puede llamar el "socialismo real" (la ex URSS y países del este europeo), pero que tal vez ya comenzó a anunciarse con la derrota del gobierno sandinista de Nicaragua a manos de los EE.UU. y los "Contras"; y conocimos la reversión de los triunfos de los movimientos de liberación nacional a partir de la invasión norteamericana en Afganistán y en Irak, proceso que tal vez comenzó con la invasión a dos países pequeños: Panamá y Grenada.

En todos esos países, tanto los del socialismo real como en aquellos estados invadidos por la nueva ofensiva imperialista, rigieron gobiernos dictatoriales que no se distinguieron por el respeto a los derechos humanos, cometiendo crímenes y horrores que merecen una discusión aparte; sin embargo, esto no es óbice para negar el hecho incontestable de que estamos asistiendo a un reflujo de la historia, el cual muy posiblemente sea de larga duración.

Una tercera observación, mucho más específica que las anteriores: el terrorismo islámico fundamentalista ha sido dirigido contra el imperialismo norteamericano con efectos devastadores durante los atentados a las

Torres Gemelas de New York y el Pentágono, y se ha convertido en el eje de la lucha palestina durante la segunda Intifada y la respuesta al contra-terrorismo de estado israelí. Ambos casos presentan rasgos peculiares, ya que el primero fue perpetrado como un terrorismo a distancia contra un país extensísimo de numerosa población, mientras que el segundo se lanza contra un país pequeño y de población mínima, que vive en el territorio adyacente al pueblo palestino, en una geografía totalmente relacionada y compartida.

Además, en este último caso, las organizaciones terroristas, aunque no lo digan expresamente en sus declaraciones, procuran la aniquilación del estado ocupante y no sólo luchan por su propia liberación nacional.

Estas circunstancias han conducido al terrorismo a causar mucho daño material y moral a ambos países, y en el caso israelo-palestino, a desaprovechar las oportunidades de lograr el objetivo de un estado palestino, o al menos dar pasos en esa dirección.

En ambos casos el terrorismo ha favorecido a los sectores más reaccionarios del espectro político, y alentó una reacción negativa de ambos pueblos, los cuales dan apoyo a las medidas de represalia adoptadas, fortaleciendo a la vez el espíritu militarista de conquista. No parecen, por lo demás, contar siquiera con perspectivas mínimas para lograr la victoria, tal como la anhela este tipo particular de terrorismo: erradicar al estado de Israel, en un caso, y, en el otro, dar impulso a la derrota del imperialismo mediante la expansión del Islam en el mundo.

Como se puede constatar, en mi análisis político no tomo en cuenta consideración moral alguna: ni por las muertes causadas por el terrorismo (niños o adultos civiles no combatientes), ni por las víctimas ocasionadas por la represión estatal, con sus consecuencias hipócritamente llamadas "daños colaterales" (eufemismo que encubre víctimas tan inocentes como las del terrorismo). Mi análisis de la violencia intenta un abordaje absolutamente "neutral", para no entrar en esa compleja y difícil discusión sobre si existe o no justificación para ella, salvo para decir que, según creo, es más entendible cualquier tipo de violencia de parte de los oprimidos — aunque sea políticamente inútil y aun contraproducente. La violencia es contraproducente cuando no surge del odio que crea el explotador y el opresor en la masa del pueblo, y ese odio no se torna políticamente activo.

Las izquierdas occidentales y la violencia

El terrorismo árabe y palestino, principalmente de signo y contenido religioso islámico, ha ganado la simpatía de parte de la izquierda occidental, a pesar que ésta rechaza otros tipos de terror.

Ocurre que los atentados terroristas fueron dirigidos casi exclusivamente contra los judíos israelíes y judíos de otros países (los más graves de todos fueron perpetrados en Argentina), además de elegir como blanco a la población norteamericana.

La simple enumeración de los hechos indica que, en sí mismos, dichos atentados tienen características algo más que repudiables: al emanar de un trasfondo

98 religioso están cargados de irracionalismo, aunque fuese comprensible la rabia contra el imperialismo y el odio al contra-terrorismo del estado israelí. Desde la perspectiva de los palestinos, puede entenderse su visión del pueblo israelí como un solo bloque indiferenciado entre pobres y ricos, explotadores y explotados, sin tener en cuenta que la opresión estatal afecta también a las clases judías explotadas.

Desde la perspectiva del pueblo palestino oprimido, todos y cada uno de los judíos israelíes son percibidos como ocupantes y como colonos extranjeros. La compleja historia de las relaciones entre los dos pueblos y de su conflicto nacional —distinto de otros enfrentamientos coloniales— dan base a dicha visión monolítica, aunque al mismo tiempo delata cierto primitivismo en la formación de esa conciencia anti-israelí.

¿Pero cómo justificar los atentados dirigidos contra el pueblo en general en el caso (doble, pues hubo otro antes) del 11 de setiembre de 2001? Se pone en un mismo pie de igualdad a la burguesía norteamericana y a los obreros explotados por ella, a sus gobiernos y corporaciones que dictan su conducta histórica junto al resto de la sociedad.

¿Y en el caso de los judíos en el mundo? Si sólo un antinorteamericanismo ciego puede justificar esos atentados indiscriminados, ¿cómo se denomina el odio que rige los actos antijudíos? ¿Antisemitismo? Pues es sólo el hecho de ser judíos lo que convierte a sus víctimas en tales. Agréguese que ese antisemitismo es alimentado por la propaganda árabe.

Pregunto: ¿ése puede ser un pensamiento de izquierda? ¿Un pensamiento regido por las emociones y pasiones — y una de la peor calaña: el antisemitismo?

Pero aun descontado esto, pues puedo ser acusado de mala fe el introducir en la discusión tal estigma, ¿qué quedaría? Un pensamiento igualmente regido por las emociones, pues suprime las clases sociales en su visión de los pueblos, ya que sólo quedaría un tipo de pueblo, el opresor, el cual debe ser aniquilado, o que no nos importe si fuese aniquilado.

Doy un paso más: aun suprimiendo de este mapa siniestro los atentados contra los judíos en países fuera de Israel, ¿qué restaría? Lo mismo. Y vuelvo a preguntar: ¿ése puede ser llamado un pensamiento de izquierda? ¿Un pensamiento que aplaude actos de terror indiscriminados contra dos pueblos: el israelí y el norteamericano?

Desde la izquierda, desde una izquierda que merezca ser llamada tal, se puede entender las motivaciones de esos atentados (religiosos o no): jamás justificarlos, mucho menos simpatizar con ellos, aplaudirlos y apoyarlos. Pues un pensamiento de izquierda no puede olvidar que en cualquier pueblo (en cualquiera, aun en el seno de un estado opresor de un pueblo ajeno, aun en el seno mismo de un estado imperialista) existen clases sociales, existe la vida cotidiana marcada por la explotación de sus obreros y las contradicciones de clases, aunque las masas explotadas tengan su conciencia adormecida.

Un pensamiento de izquierda debe ser racional. O no es de izquierda.

Profetas de paz, profetas de guerra

99

Enrique Krauze

"Escucha y atestigua contra la casa de Israel" dijo Dios a Amós. Acaso ningún pueblo ha producido profetas más implacables contra sus propios errores, contra sus propios pecados, como el pueblo judío. En 1980 publicamos en la revista *Vuelta* el testamento estremecedor de un moderno Amós. Era una carta abierta al primer ministro Begin titulada "La patria peligra", escrita semanas antes de morir por el eminente historiador israelí Jacob Talmon. La política de asentamientos y la ocupación de los territorios palestinos en el Margen Occidental y Gaza —sostenía Talmon— constituían "un error fatal": "El deseo de dominar e incluso gobernar una población extranjera hostil que difiere de nosotros en idioma, historia, economía, cultura, religión, conciencia y aspiraciones nacionales, es una tentativa de revivir el feudalismo (...) La combinación de sometimiento político y opresión nacional y social, es una bomba de tiempo". De sus estudios sobre nacionalismo europeo, Talmon extraía lecciones claras: la anexión de territorios y la confiscación de tierras, lejos de contribuir a la seguridad interna de

Israel, la socavaría por entero; la "autonomía administrativa" propuesta para los territorios era tan ilusoria como la que a principio de siglo privaba en los dominios del Imperio Austrohúngaro, un orden artificial que estalló en pedazos y condujo a la Primera Guerra Mundial. Ningún conflicto "tan complicado y teñido de emoción, irracionalidad, temores y sentimientos de venganza" se había resuelto en la historia sin el consejo, la mediación y hasta la participación directa de las potencias de su tiempo, pero la familia internacional se mostraba reacia a intervenir constructivamente, e Israel —que en su momento había contado con la comprensión de muchas naciones— se volvía cada vez más un país aislado.

Más ominoso aún que esos problemas era el resurgimiento de una variante peligrosa del mesianismo judío que había interpretado la victoria en la Guerra de los Seis Días de 1967 como una especie de compensación metahistórica a la tragedia del Holocausto. Muchos colonos de los asentamientos, como la secta mesiánica de Gush Emunim, lo creían así y reclamaban

Historiador e intelectual mexicano. Entre sus libros recientes: *México: Biografía del poder* (2000). Dirige la revista *Letras Libres*.

100 derechos no sólo históricos sino místicos sobre las tierras bíblicas en el Margen Occidental. "Nada hay más despreciable ni dañino que usar sanciones religiosas en un conflicto entre naciones", advertía Talmon, coincidiendo con Gershom Scholem, la mayor autoridad del siglo XX en misticismo judío. Esta mezcla maligna de la esfera religiosa con la política corría el riesgo de "provocar en los musulmanes una *yijad*" y desvirtuaba por completo el sentido espiritual de Israel y el legado moral del pueblo judío. A los sionistas originales—recordaba Talmon, aportando un dato central que a menudo se olvida, desconoce o distorsiona—no los inspiraban expectativas religiosas sino un proyecto socialista de liberación nacional, la búsqueda de un espacio de dignidad para un pueblo paria e inerme, perseguido por dos milenios. A diferencia de aquellos primeros colonos provenientes de Rusia o Europa del Este, que habían llegado a la tierra de sus remotos antepasados a sembrar y arar, a erigir una sociedad justa e igualitaria en convivencia pacífica con los árabes, los nuevos colonos, protegidos por tanques y helicópteros, venían a subyugar, a imperar. Talmon no vivió para ver cumplidas sus profecías. En la implacable dialéctica de la historia, la ocupación y los asentamientos exacerbaban vertiginosamente la conciencia nacional palestina. A partir de la primera Intifada (1989) hubo una esperanzadora sucesión de momentos plásticos en los que la historia parecía dúctil (Madrid, Oslo y la Casa Blanca), pero la situación se deterioró hasta desembocar en el infierno actual. Aunque las razones de ese deterioro son muy complejas, a 35 años de la Guerra de los Seis

Días puede afirmarse con total certeza que una parte de la responsabilidad en el fracaso —sólo una parte— es atribuible a los gobiernos de Israel. Aquel profeta, como Amós, tenía razón.

En Israel —país democrático dotado de una prensa libre y un poder judicial independiente— nunca han faltado, aun en estos tiempos aciagos, voces y corrientes políticas críticas, liberales y seculares que piensen como Talmon y busquen a toda costa la paz y la seguridad a cambio del retiro integral de los territorios ocupados (David Ben Gurion la propuso, de hecho, en 1967), el desmantelamiento de los asentamientos, el apoyo a la creación del Estado palestino e incluso —cosa inimaginable hace unos años— la conversión de Jerusalén en la capital separada de ambos pueblos. Esa fue, en esencia, la postura del laborismo de Rabin y Peres, la que privó en las conferencias de Madrid en 1991 y la Casa Blanca en 1993 (donde a partir de los principios de Oslo, se creó la Autoridad Palestina). Ese fue, sobre todo, el espíritu que Ehud Barak llevó a Camp David y la propuesta que los representantes de ambos bandos estaban a punto de consolidar en las negociaciones de Taba, Egipto, en el año 2001. (En ellas se había pactado la devolución de 96% de los territorios ocupados). ¿Por qué fracasaron? En lo sustancial, por obra y gracia de Yasser Arafat. Fue Arafat quien inexplicablemente frustró esa solución política que habría llevado al establecimiento inmediato del Estado palestino. Fue él quien —en otro giro cruel de la dialéctica histórica— provocaría la caída estrepitosa del laborismo y prepararía el ascenso de su enemigo

histórico, el torvo general Sharon. Esa decisión de Arafat evitó que lo rebasara su ala radical pero implicó necesariamente la apuesta definitiva por el terrorismo martiroológico de su propio pueblo. Esa es la otra parte de la verdad. Por desgracia, no hay profetas palestinos o árabes que (viviendo en esos países) la admitan, critiquen o condenen. Tampoco parece haber profetas árabes que señalen la responsabilidad histórica de sus autocráticos gobiernos en la tragedia actual. A menos de que se objete, a estas alturas, el derecho de Israel a existir (derecho que Egipto y Jordania aceptaron hace tiempo y que ahora los otros países árabes han comenzado a considerar), esa responsabilidad es mayúscula. Desde un principio, en 1948, Jordania, Egipto, Siria, Líbano, Irak y Arabia Saudita rechazaron la resolución 181 de la ONU que ordenaba el establecimiento de dos Estados, uno judío y otro palestino. Su propósito declarado era "echar a los judíos al mar", no apoyar a sus hermanos palestinos. Los territorios que ahora son el centro de la querella (Gaza y Cisjordania, incluida Jerusalén) permanecieron en manos egipcias y jordanas por 19 años —con cientos de miles de palestinos hacinados en campos de refugiados— sin que a esos gobiernos se les hubiese ocurrido jamás establecer en ellos el Estado palestino. En 54 años de existencia, Israel ha vivido como un país sitiado, sin fronteras seguras (caso único en el mundo), ha librado cinco guerras, soportado amenazas nucleares de la antigua Unión Soviética y misiles de Irak. Cuando Anuar Sadat se atrevió a negociar la paz por la tierra, lo consiguió: a cambio de las fronteras seguras y definidas,

Israel retiró sus asentamientos y devolvió la península del Sinaí. El orden logrado por Sadat ha perdurado hasta ahora, pero su ejemplo de realismo político parece cada día más remoto. Murió asesinado por fanáticos poseídos de una fe más incendiaria e irreductible que todas las pasiones nacionalistas juntas: el fundamentalismo islámico, que después de siglos de rumiar sus agravios en la penumbra volvería al escenario mundial (primero con Jomeini, ahora con Al Queda y otras organizaciones) ondeando la bandera de la guerra santa contra Occidente. En medio de la dantesca confrontación de nuestros días, suenan en Israel nuevas voces proféticas como las reunidas alrededor del diario *Ha'aretz* (ejemplo de objetividad a contracorriente): el periodista Gedeon Levy, que pedía una respuesta pacifista, casi gandhiana, a su propio pueblo; o el escritor Amos Oz, que condena la operación militar ordenada por Sharon igual que el terrorismo suicida auspiciado por Arafat. Pero del lado árabe se escuchan pocas voces similares (una excepción es el escritor Sari Nussebeih). Por desgracia, las voces que predominan son otras, muy distintas, voces que recuerdan el mensaje sangriento del profeta fundador: "Quien no busque el martirio en estos días debe despertar a la mitad de la noche y preguntarse: ¡Dios mío! ¿por qué me has despojado de la posibilidad del martirio en tu nombre? El mártir vive cerca de Alá... ¡Alá, acepta a los mártires en tus altos cielos, muestra a los judíos un oscuro día, aniquílalos, eleva la bandera de la *yijad* en toda esta tierra!" (Sermón del Iman Sheikh Ibrahim Madhi en la mezquita Sheikh 'Ijlin de Gaza, transmitido en vivo por la televisión de la Autoridad

102 Palestina el 12 de abril de 2002). ¿Y dónde están, a todo esto, los profetas seculares, los intelectuales europeos, los herederos de Sartre, Camus, Aron, Orwell, Bertrand Russell y Ortega y Gasset? Casi todos reprueban, con razón plena, la ofensiva de Sharon. Pero esos mismos escritores han mostrado mucho menor sensibilidad hacia los ataques suicidas contra civiles indefensos, de todas las edades, en los cafés, autobuses, mercados y calles de Israel. Esas escenas de terrorismo no alcanzan las mismas primeras planas que las fotografías de Ramala. La acción militar de Sharon (a mi juicio inadmisibles y contraproducentes) no es equiparable con los genocidios serbios contra la población musulmana en Bosnia, donde murieron cientos de miles de personas. No obstante, las palabras terribles se usan con ligereza y mala fe: "genocidio", "limpieza étnica". Según el autor británico Ian Buruma, hay una evidente doble moral en la visión de Europa ante el conflicto, y su raíz está en el miedo y la culpa. Miedo de verse involucrada en una situación que recuerde su propio pasado colonial, y oportunidad de liberarse de esa culpa deslindándose del nuevo "eje del mal": Estados Unidos e Israel. Buruma podía haber agregado tres datos más: la demografía (el peso de los 20 millones de musulmanes europeos), la dependencia del petróleo árabe y el nuevo antisemitismo. En la "corrección política" frente a las tiranías árabes y al terrorismo fundamentalista Europa puede estar repitiendo la ingenua historia de Chamberlain en 1938:

creyendo firmar la "paz para nuestro tiempo", dio tiempo a la maquinaria de guerra hitleriana. Y algo más: Europa, que a través de los siglos discriminó, persiguió, expulsó y, en no pocas instancias, exterminó a sus judíos (a millones de ellos), tiene el deber de equilibrar y ponderar, con responsabilidad histórica y moral, sus posturas ante el conflicto. Hay un país europeo que podría modificar levemente su postura, no para variar su rechazo a Sharon, pero sí para señalar con claridad la responsabilidad de Arafat. España, que sufre agudamente el azote terrorista. España, que fue el escenario histórico de la convergencia espiritual entre árabes y judíos. España, a la cual los niños árabes recuerdan como el idílico "Al Andalus" y los niños judíos estudian en sus escuelas como la "Era dorada de Sefarad". España, la de Averroes y Maimónides, la de Ibn Jazim de Córdoba y Yehuda Ha-Levy, podría jugar, como lo ha hecho ya alguna vez, un papel central en una reconciliación histórica que ahora se ve imposible. Pero para atenuar los odios teológicos se requieren profetas de paz, no de guerra. Escuchas que alcen la voz contra los errores de ambas partes. Testigos de la verdad, no de la propaganda.

Publicado en El Nacional, México, 12 de mayo de 2002
www.cambiocubano.com/junio2002pag9.html
<http://128.241.247.116/ediciones/2002/05/12/f-en.asp?pv=pA8htm&st=pA8s1.htm>

Leonardo Senkman

Desde el estallido de la Intifada Al-Aqsa se libra en los medios una campaña de delegitimación de Israel. Gran responsabilidad les cabe a los fundamentalistas islámicos que diseminan un peligroso discurso demonizador a escala mundial que ataca por igual a sionistas, judíos e israelíes. A pesar de que el dramático conflicto que enluta a israelíes y palestinos es uno más de las decenas de conflictos étnico-nacionales de los cuales es parte el Islam, los medios masivos compiten por cubrir casi exclusivamente la violencia del Medio Oriente. Muchos de ellos se hacen eco del discurso islámico que procura epitomizar la Intifada como el ejemplo paradigmático del pretendido carácter civilizatorio del enfrentamiento del Islam contra Occidente. Pero en esta batalla mediática ellos omiten informar que desde el fin de la era bipolar son más numerosas las sangrientas luchas de movimientos islámicos contra etnias *no* occidentales, pertenecientes a civilizaciones, religiones y pueblos del Tercer Mundo: africanos, serbios ortodoxos, hindúes, chinos confucionistas. Como si fuera poco, bastardean las causas históricas, exhumando viejos mitos. Así, a diferencia de los factores políticos que los medios destacan cuando informan sobre estos últimos conflictos no-occidentales en los que el Islam esta involucrado, en el caso de la

violencia palestino-israelí algunos intelectuales destacan argumentaciones de pretendidos antagonismos raciales, culturales y religiosos. En efecto, el repertorio de la vieja judeofobia y del nazismo, obsesionados con el mito de la conspiración judía mundial, fue *aggiornado* por el nuevo antisemitismo musulmán en su discurso antioccidental. Esta campaña no es nueva: desde la conferencia internacional de Durban que auspició la ONU contra la discriminación racial y la xenofobia, una extraña coalición de la derecha radical europea y de la nueva izquierda anti-globalización viene propagando el discurso delegitimador acerca del "enemigo sionista" como mito movilizador contra el imperialismo. La gravedad de los ataques físicos antijudíos en Europa occidental, a partir del estallido de la intifada, generó reacciones sin precedentes de algunos estados y organismos internacionales.

Por primera vez la Organización para la Seguridad y Cooperación en Europa (OSCE) fue convocada en Viena en junio 2003 para alertar a sus 55 miembros sobre el peligro del recrudecimiento del antisemitismo en los países donde actúa: el Viejo Continente, las repúblicas de Asia central que eran parte de la ex URSS, además de EE.UU. y Canadá.

Argentina, 1941; reside en Jerusalem desde 1978. Es historiador y crítico literario, docente e investigador de la Universidad Hebrea de Jerusalem, y director de NOAJ.

Los actos antisemitas violentos durante 2002 comprendieron desacralización de cementerios, vandalismo y ataques a sinagogas. También se utilizó el correo electrónico e internet para la difusión de propaganda antijudía. El vicepresidente de turno de la OSCE, el holandés Daan Everts, criticó los intentos justificatorios de esa ola judeofóbica, y especialmente salió al cruce de quienes la vincularon a la actuación de Tzáhal en los territorios palestinos. El ex canciller polaco, W. Bartoszewski, advirtió contra lo que llamó el antisemitismo furtivo de los amigos de los judíos, y apeló a la prensa y medios de comunicación para prevenir la propagación del discurso judeofóbico. La importancia de la conferencia en Austria surge del hecho que por primera vez un organismo internacional no judío se comprometió a monitorear los actos y propaganda antisemitas de un modo permanente, como parte del esfuerzo internacional para la lucha contra la judeofobia mediante instrumentos legales, preventivos y represivos.

Sin embargo, esa acción a nivel continental y estatal no es suficiente para frenar la campaña difamatoria antijudía que procura alimentarse discursivamente de la represión israelí contra el terrorismo palestino. Una vez más, es menester que los intelectuales se pronuncien con responsabilidad ante la opinión pública, discerniendo entre la crítica política e ideológica y la mitología y la difamación.

Una cosa es percibir cómo hoy los judíos europeos —al igual que la embajada de Israel y la AMIA en Argentina, que sufrieron masacres en 1992 y 1994— son transformados en rehenes del nuevo antisemitismo so

pretexto de la represión israelí al terrorismo palestino y shiíta; otra cosa es criticar sólo la violación de los derechos humanos de palestinos y silenciar la que sufren los israelíes. Una cosa es denunciar violaciones de los derechos humanos y nacionales de los palestinos en la cruenta guerra de desgaste, y otra es justificar el uso del antisemitismo árabe o europeo para criticar la lucha antiterrorista de Tzáhal, comparándola con los métodos nazis.

Recíprocamente, los intelectuales judíos deben diferenciar la judeofobia popular del nuevo fundamentalismo islámico, de aquel tradicional discurso estatal anti-Israel en los países árabes, especialmente Egipto, principal centro de diseminación de la retórica anti-sionista. Además, una cosa es alinearse críticamente con los impugnadores de la globalización y el neoliberalismo, y otra muy distinta es satanizar a Israel por su alianza estratégica con el Imperio norteamericano. A nivel retórico, es alarmante la inclusión del siniestro y fantasmal enemigo, el judaísmo internacional, en el discurso antinorteamericano de la izquierda, antes, durante y después de la invasión anglo-americana a Irak.

Probablemente el fin del conflicto árabe-israelí no pondrá fin al sentimiento judeofóbico de las sociedades árabes, así como la creación del estado judío no puso fin al antisemitismo de las sociedades cristianas de Occidente. Pero si es deber de todo intelectual honesto combatir el maniqueísmo y salir al paso a la campaña de difamación contra Israel, la indulgencia de numerosos intelectuales hacia los terroristas suicidas resulta inmoral.

La mayoría ha mostrado comprensión y cautela en su condena. Y solamente a fines de 2002 y comienzos de 2003, dos organizaciones internacionales de derechos humanos insospechables de parcialidad, Human Rights Watch (HRW, Nueva York) y Médecins Sans Frontières International (MSF, París), decidieron pronunciarse contra el terror palestino luego de haber condenado a Tzáhal por violaciones de derechos humanos.

En el informe de noviembre de 2002, Human Rights Watch condenó inequívocamente las acciones de los terroristas suicidas palestinos como crímenes de guerra y lesa humanidad. En mayo de 2002 HRW había condenado a Tzáhal por supuestos crímenes de guerra perpetrados en el campamento de refugiados de Jenín y exigió una investigación. Luego de comprobada la falsedad de la "masacre de Jenín", HRW volvió a recordar que el derecho internacional condena el terrorismo contra objetivos civiles.

Por su parte, la ONG francesa MSF, que también había acusado a Tzáhal, condenó a las organizaciones palestinas terroristas de violaciones de los convenios de Ginebra sobre crímenes de guerra y derechos humanos. En colaboración con la Federación Internacional de Derechos Humanos, el MSF produjo en julio 2003 un informe según el cual "cientos de civiles israelíes han muerto, miles han resultado heridos y muchos más traumatizados por culpa de los ataques de grupos armados palestinos, en especial, ataques suicidas." MSF tipifica esos atentados como *democidas*. El informe consigna que el 70% de las víctimas israelíes del democidio son civiles de todas las edades, en su mayoría

personas de sectores populares y trabajadores que utilizan el transporte público.

El informe, además, recuerda que los convenios de Ginebra obligan a los combatientes a distinguir entre objetivos militares y civiles; el incumplimiento de esa norma es una violación del Derecho Internacional Humanitario, que compromete moral y políticamente también a la Autoridad Palestina (AP) aunque no sea un estado formalmente reconocido como tal: "Ninguna justificación política, como 'luchar contra la ocupación', o militar, como no tener 'tanques ni aviones', permite legitimar la violencia contra civiles", añade el informe del MSF. Consecuentemente, acusa a la AP de crear un clima de impunidad que estimula la continuidad de esos ataques, y niega su carácter esporádico o ser frutos de la desesperación, ya que "están planificados y organizados".

El informe denuncia que los objetivos de los atentados suicidas se fijan lejos de los objetivos militares, en sitios como "mercados, universidades, locales de esparcimiento o autobuses. Las víctimas se encuentran entre los más vulnerables de la población civil israelí". Para MSF, no sólo los ejecutores son responsables, sino también sus cómplices, organizadores y la cadena de mando de estos movimientos (*Libération*, París, 22/7/2003 y *Aurora*, Tel Aviv, 24/7/2003.)

Por cierto, no sorprende la respuesta palestina a las graves acusaciones de MSF. En su total rechazo, la AP reitera el argumento de que el único crimen imperdonable es "la ocupación de los territorios y la conquista israelí". Lamentablemente, tal argumento cada

106 vez más es compartido por la opinión pública mundial de la izquierda.

Terrorismo suicida: ¿acto revolucionario?

Fácil es constatar el doble discurso de esta lógica que sólo condena la violencia de la represión israelí antiterrorista y justifica la violencia palestina como acto de legítima resistencia nacional contra la ocupación militar y civil israelí. Por un lado, la AP exige de Israel el cumplimiento de las resoluciones de la legalidad internacional que condenan los asentamientos en territorios ocupados; pero por el otro, se desentiende de los acuerdos israelo-palestinos firmados con garantía internacional (sobre todo Oslo I y Oslo II), que prohíben inequívocamente el uso del terror como arma para alcanzar la meta de la autodeterminación nacional.

Las organizaciones rivales y disidentes de la AP utilizaron esta lógica para secuestrar la política en el proceso de paz y reemplazarla con una lógica de guerra. El principal argumento esgrimido por organizaciones como el FPLP (Frente Popular de Liberación de Palestina) para rechazar la actual tregua (*Hudna*) suscripta por la AP, es que el Mapa de Rutas fue impuesto con el aval internacional de la ONU, EE.UU., la Comunidad Europea y Rusia con el propósito de "liquidar la intifada para satisfacer necesidades de seguridad de Israel". Ahmad Saadat, secretario general del FPLP, no discrimina entre objetivos militares y civiles, entre resistencia armada y terrorismo contra civiles, tal y como obligan a distinguir

en conflictos armados los convenios de Ginebra. "La tregua ha sido concebida en base a la condena de la lucha y resistencia de nuestro pueblo contra la ocupación, invirtiendo la lógica, presentando la ocupación, su continuidad y su violencia como efecto de la resistencia (en el lenguaje del Mapa de Rutas: terrorismo) y no como causa de la misma" (entrevista a Ahmad Saadat difundida en internet por sodepazadministrador, 5/8/2003).

Si la violencia es únicamente un efecto de la ocupación, entonces toda acción estaría permitida para la resistencia palestina. Esta lógica armada por quienes luchan contra la ocupación, simplificando el enfrentamiento nacional israelo-palestino a una relación de causa (ocupación) y efecto (opresión), se niega a diferenciar entre las acciones militares y las acciones terroristas, entre combatientes y meros criminales. La sacralización de la intifada como resistencia armada contra la ocupación israelí no sólo desalojó violentamente la política cuando las negociaciones para un arreglo israelo-palestino habían llegado al punto más cercano jamás alcanzado; también la Intifada Al-Aqsa legitimaría todas las acciones cualquiera fuese su naturaleza, por el hecho de provenir de gente "oprimida y débil": serían inevitables desde los ataques criminales más aberrantes a los chantajes morales.

Es necesario recordar la circunstancia histórica en la que irrumpió la intifada: la actual violencia fue desatada cuando ambas partes en conflicto estaban negociando políticamente, y se hallaban más próximas que nunca a un acuerdo. Otros conflictos internacionales

también conocieron la lógica de los movimientos de liberación nacional que negociaban la paz mientras hacían la guerra, e interrumpían las treguas para luego retomar las negociaciones. Pero nunca perdían de vista la vía política para obtener los resultados de la descolonización. En cambio, la contumaz estrategia de la intifada de hegemonizar las negociaciones políticas desde posiciones de fuerza *terrorista* vuelve a retrotraer el conflicto nacional israelo-palestino a los viejos términos: o un problema de seguridad israelí contra el terror, o su posible internacionalización. Los responsables de la Intifada han acallado a las fuerzas pacifistas en ambos lados de la línea verde, y están consiguiendo transformar a Palestina en el nuevo Kossovo, para que fuerzas de la OTAN o la ONU intervengan con el fin de imponer un nuevo orden de seguridad, en lugar de un proyecto de descolonización negociado por ambos pueblos. Pero en la actual era post-Afganistán y post-Irak, la Autonomía Palestina, nacida gracias a los acuerdos bilaterales de paz Oslo I y II y por tanto de reciente existencia, corre el imperdonable riesgo histórico de ser liquidada a consecuencia de su estrategia suicida de secuestrar la anterior política hacia un acuerdo bi-estatal alcanzada en 1993. Muy lamentablemente, si los acuerdos de paz israelo-palestino nacieron en la era del fin de la bipolaridad, su anulación coincidiría con la era de la hegemonía bélica por parte del Imperio gendarme que sólo procura guerras preventivas en su lucha global contra el terrorismo mundial.

La lógica despolitizada del terrorismo palestino habla como un ventrílocuo *amateur*: prorrumpe su

consigna de combate *Al Akhbar* como si pidiera auxilio desesperado, pero simultáneamente el otro grito es el del fundamentalismo islámico que llama a la violencia antioccidental y antijudía para librar batalla contra el Satán grande (EE.UU.) y el Satán pequeño (Israel). Precisamente esa es la voz que quieren oír los enemigos de la autodeterminación nacional palestina para delegitimarla y equiparar a la AP con Al-Qaida y con los talibanes fundamentalistas, enemigos a muerte de Occidente.

Otros conflictos al interior de grupos étnicos y nacionales en países del Medio Oriente, Africa y los Balcanes, que pertenecen a culturas y civilizaciones distintas, se cuidan mucho de enunciar ese tipo de discurso. En cambio, el discurso terrorista fundamentalista palestino, propalado cada vez más a nivel popular en mezquitas y periódicos, se delata a sí mismo para que el Imperio lo asocie no sólo con el antisemitismo islámico, sino con los presuntos enunciados de guerra entre las civilizaciones, en el sentido que le otorga Huntington.

Es menester recordar que el cambio en la diseminación del antisemitismo árabe estatal empezó luego de la primera intifada, cuando la judeofobia de carácter social y popular reemplazó al antisionismo propalado desde arriba. Según algunos orientalistas, esta judeofobia de abajo expresaría la frustración por no haber alcanzado las metas internas de modernización, acusando a enemigos externos. Desde la radicalización de la segunda intifada, la no discriminación entre judaísmo, sionismo e Israel forma parte discursiva

108 aceptada del fundamentalismo islámico para luchar contra todo Occidente, y no sólo para combatir a Israel.

Pero parecería que el liderazgo palestino no reparase en que, en la era de la actual hegemonía imperial que impuso la guerra antiterrorista a escala global, ya no hay más lugar para la impunidad de la violencia física y discursiva palestina, ni la de los países musulmanes que históricamente le dieron apoyo. La presente lógica imperial es una lógica de guerra que sólo diferencia en el Tercer Mundo entre estados vasallos subrogados de aquellos estados-nación "canallas" que deberían ser invadidos y/o fragmentados como Batustanes impotentes: este último es el escenario más plausible al que conducirá la estrategia de violencia incontrolable de los palestinos.

En el fondo, y a pesar de profundas diferencias ideológicas y religiosas entre los líderes del FPLP, el Jihad y Hammas, todos aquellos impugnadores del actual Mapa de Rutas impuesto por el Imperio comparten una misma concepción sacrificial de la resistencia que los conduce a justificar el terrorismo suicida contra objetivos civiles israelíes.

Esta aberración de la resistencia anticolonial tiene sus raíces ideológicas y psicológicas en concepciones tercermundistas del terrorismo que reemplazaron las estrategias políticas basadas en la movilización de masas y en la negociación política.

Si el foquismo guerrillero de los años '60 y '70 constituyó un mito revolucionario para algunos movimientos nacionalistas de países semicoloniales y dependientes del Tercer Mundo que se alienaron del

apoyo de las masas obreras y campesinas, en el fin de siglo y comienzos del nuevo milenio el terrorismo fundamentalista construye un nuevo mito movilizador al reemplazar la derrota del sujeto colectivo revolucionario por el acto desesperado —pero expiatorio— de la violencia suicida de los oprimidos.

He aquí la primera contradicción ideológica de los *Sha'idim* suicidas: debuta un sujeto expiatorio premoderno en la era posmoderna de la globalización, procurando abrir un nuevo rumbo a la revolución palestina. Ante el colapso del proceso de paz, la violencia suicida palestina no sólo secuestra la política para estrangular una salida pacífica sino que, además, intenta radicalizar la intifada reemplazando la participación de los sujetos colectivos de su pueblo por un nuevo sujeto individual y "pospolítico": el suicida. Para esta concepción escatológica de la causa de los excluidos, las fuerzas motrices y estrategias de liberación nacional y social del siglo pasado en el Tercer Mundo hoy constituyen proyectos acabados. La violencia armada es ejercida como violencia pospolítica en el sentido que sólo procura la guerra santa antisionista: el *Jihad*. Pero no como la continuación de la política (en los ortodoxos términos de Clausewitz) sino para terminar definitivamente con ella. Muy probablemente sin conocerlo, el concepto de "acontecimiento", según la teoría de Alain Badiou interpretada por S. Zizek, juegue un rol central en esta concepción expiatoria: porque la irrupción del terrorismo suicida descansa en el deseo imaginario de provocar una conmoción radical del dominio israelí. Este "acontecimiento" irrumpiría de modo contingente e impredecible,

y se parecería más a un acto escatológico religioso que a la culminación de un proceso histórico determinado por la correlación de fuerzas previas de la lucha política, internacional y armada del pueblo palestino. El *shock* que provocaría semejante "acontecimiento" en la sociedad civil israelí sería para sus mentores del mismo registro sísmico que el que sacudió el 11 de setiembre a la sociedad norteamericana.

Sorprende cómo el ícono del *sha'id* irradia un aura de popularidad e incluso admiración en sectores progresistas de Europa, EE.UU. y América Latina. Ya en las décadas del 60 y 70, los fedayines suicidas suscitaron la admiración del escritor francés Jean Genet, quien visitó varias veces campamentos de refugiados palestinos. En su libro póstumo *Un cautivo apasionado*, describe su admiración por el "heroísmo de las mujeres-bombas", a pesar que desconfiaba de las ideas de heroísmo, martirio, coraje y patria. Genet estaba enamorado de las acciones violentas e irracionales de los oprimidos, e incluso le fascinaba la "belleza del crimen de la mujer-bomba palestina"; el escritor de los marginados se imaginaba que después de tomar la decisión, incluso ella era capaz de llegar "a la alegría de lo transexual, la idea de un sexo nuevo" (Jean Genet, *Um Cativo apaixonado*, biografía de Edmund White, São Paulo, 2003).

Muy probablemente hoy, varios simpatizantes de la causa palestina (filiados además en la teoría de Rancière sobre la rebelión espontánea de los excluidos) van a consagrarle a las nuevas *sh'aid* páginas tan desconcertante como las escritas por Genet en 1985.

Porque el nuevo sujeto que perpetraría este acontecimiento "democida" ya fue instalado en el imaginario popular de muchos excluidos, y los exime de pensar en términos histórico-políticos el flujo, reflujo, derrotas y perversiones de la resistencia palestina y la intifada. Muy probablemente existiría otra razón por tal fascinación: tamaña belleza de crimen involucraría a un supuesto altercado religioso-ontológico que desea oponer el ser islámico de la mayoría de los palestinos contra el no-ser de los judíos israelíes. Como me dijo un periodista español para explicar el afán por cubrir la violencia palestina a pesar que existen decenas de conflictos interétnicos en el mundo: "Hay gran interés en la prensa cada vez que los que matan palestinos son *judíos*" (mi subrayado).

Sin entrar a analizar aquí el lugar de la judeofobia en la constitución de los nuevos sujetos suicidas, el *sha'id* cree encarnar la verdad de un nuevo "acontecimiento" que abriría una tal negatividad radical de la "causa palestina" que ello, en el mejor de los escenarios, obligaría a Israel a hacer concesiones en la mesa de negociaciones.

¿Pero quiénes son estos nuevos sujetos movidos por la pulsión de muerte, herederos pospolíticos de los antiguos fedayines irredentistas de los años '60 y '70, y que ahora reemplazan a los viejos actores colectivos de los campos de refugiados? ¿Y qué consecuencias tiene este acontecimiento siniestramente "novedoso" de reducir procesos históricos de larga duración a la mera conducta contingente de sujetos individuales que encarnarían la pura negatividad al autoexcluirse de la

110 política, única senda capaz de aproximar la paz y reconciliación con el enemigo?

El perfil de la mayoría de los suicidas corresponde a jóvenes, hombres y mujeres, motivados por un acto contingente de desagravio nacional palestino, venganza familiar y deseo de reparación religiosa. En términos psicológicos, es conocido el rol de la violencia sacrificial entre pueblos fragmentados y oprimidos que redirigen hacia el opresor la violencia interna y el odio. En el caso de las condiciones de frustración y fracaso de la autodeterminación de la sociedad palestina oprimida bajo años de ocupación israelí, las fantasías expiatorias religiosas cumplirían una función compensatoria en términos de terrorismo suicida antiisraelí "as sacrificial behavior", según Louis René Beres, profesor de ciencia política en Purdue University. La incitación antijudía desde los sermones de los viernes en las mezquitas, en libros escolares y en los numerosos discursos propalados en la sociedad civil palestina a través de diarios y *websites* dominados por el fundamentalismo islámico, han preparado el terreno para el reclutamiento de centenares de candidatos dispuestos a matar y morir como *sha'îd* (remito al lúcido estudio de Meir Litvak "Features of Arab Antisemitism", en *Annual Report*, Vidal Sassoon International Center for the Study of Antisemitism, The Hebrew University of Jerusalem, 2002, pp. 14-17).

Esta violencia sacrificial indiscriminada contra israelíes se cobra dos tipos opuestos de víctimas: una es "el vil, infiel judío" (nótese que siempre es el judío, no el israelí); la otra es el "glorioso mártir" que elimina al

enemigo judío opresor, "muriendo por la causa de Allah". Aquí yace el secreto de la función expiatoria del nuevo sujeto terrorista: no sólo no teme morir, tal como solía ocurrir entre los fedayines, sino que su acto sacrificial personal lo transforma en un mártir que le libera incluso del miedo humano de la muerte al imaginar que tiene asegurada la vida en el otro mundo. Como dice el Corán: "No consideréis que los masacrados por la causa de Allah están muertos. Están vivos por su Señor". Una serie de artículos en el diario *Al Istiqlal* sobre los *sha'îd* palestinos repiten el mismo tópico: "Strife for death, and you will receive life". Tal insistencia en los beneficios del terrorismo expiatorio constituye el núcleo que alimenta la nueva subjetividad "revolucionaria" palestina, ese punto ciego del sujeto ausente de la política, en tanto agente catalizador del "acontecimiento" contingente de la intifada. No sólo en la Carta Orgánica del Hammas es posible leer el desviacionismo religioso de la lucha palestina por su liberación nacional al afirmar la lucha por la causa sagrada de Allah, y exigir de sus miembros el juramento de participar en la guerra santa para morir y ser matado. Aun las mismas madres de los *sha'îd* bendicen a sus hijos mártires que eligieron el camino de la violencia sacrificial, cerrando así el círculo a esta lógica de guerra de religion que desplaza a la política y la negociación (véase Louis René Neres, "On Palestinian Terrorism as Sacrificial Behavior", <http://www.tzemach.org/ty1/palsac.htm>, 24/7/2000).

El proceso de fundamentalización, paralelo a la despolitización que radicaliza violentamente la intifada, no sólo galvaniza un peligroso discurso antisemita que

atraviesa la sociedad civil palestina, sino que obnubila el discernimiento para descubrir simpatizantes aliados de la causa palestina al interior mismo de la sociedad israelí. Es el caso de los impugnadores de conciencia y pacifistas que prefieren la cárcel antes que cumplir el servicio militar en los territorios. La actitud de resistencia civil de jóvenes como Yonatán Ben Artzí, quien fue encarcelado durante 200 días luego de haber sido procesado seis veces consecutivas por un tribunal militar israelí, pasa desapercibida a ojos palestinos. Los dilemas morales y de conciencia individual de varios cientos de jóvenes como Ben Artzí, el impacto de sus concepciones pacifistas y la resistencia de la sociedad civil ante la violación de derechos humanos en los territorios, no interesan a la resistencia palestina. Por el contrario, debilita la acción de estos centenares de jóvenes que lograron conmocionar a la sociedad civil israelí y a su Parlamento, planteando cuestiones filosóficas y éticas suscitadas por la ocupación militar (véase *Ha'aretz Magazine*, 18/7/2003, pp. 6-11; la prensa israelí se hizo eco en junio de 2003 de la sesión de la Comisión Parlamentaria de Asuntos Constitucionales donde el fiscal general de Tzáhal presentó un informe sobre 360 casos investigados de violación de los derechos humanos en los territorios ocupados, y fue criticado por diputados del partido izquierdista Meretz).

De modo similar, la acción criminal del fundamentalismo desalienta completamente a los jóvenes lectores israelíes de conocer el discurso lírico y humanista de grandes poetas palestinos traducidos al hebreo, como es el caso de Mahmoud Darwish.

Muy significativamente, el poeta Jaim Guri, 111 insospechable de parcialidad, en su reciente comentario al poemario *Estado de sitio* de Darwish traducido al hebreo, le envidia que sea un "poeta nacional", posición de la que la literatura israelí carece desde hace tiempo. Y a pesar de que critica la idealización de ciertos poemas elegíacos dedicados a los *sha'id*, Guri recomienda leer a Darwish para que los judíos israelíes osen reconocerse en la soledad y la opresión de los palestinos, y puedan ser capaces de hallar en algunos poemas ambiguos del poeta nacional intentos desesperados para el diálogo y la reconciliación con el enemigo: "It is not easy for us to be revealed as besieging others. But it would be excessive self-righteousness, in the name of undeniable necessity, to dispute the fact that we have been ruling for some time now over another people, a rule that frequently also leads to destruction, humiliation and harassment, and we have still found an answer to the continuing terror and the final weapon of the *shaheed* in our streets and in our homes" (Haim Gouri, "Blood and Lapislazuli", *Ha'aretz*, 18/7/2003).

En verdad, es muy difícil entablar un diálogo para un pueblo que vive en "estado de sitio" permanente. Pero no menos difícil es para los israelíes poder dialogar aun con un poeta humanista como Darwish, quien confiesa sin reservas en un verso: "The shaheed teaches me: There is no beauty apart from my liberty".

(Jerusalem, 8 agosto 2003)

Identidades personales e incertidumbres colectivas

Luis Roniger

Vivimos en una era de incertidumbres, de transición e inestabilidad a nivel mundial. Certitudes que teníamos se volvieron interrogantes. Las esperanzas de un mundo que supuestamente se movía en pos de la convergencia política, económica y cultural se mostraron como una falsa quimera tan pronto como el mundo observó los ataques terroristas a las Torres Gemelas en Nueva York.

La ausencia de certezas centraliza el ángulo de las identidades colectivas como fundamental para enmarcar nuestro tiempo, como el ángulo a partir del cual se reformulan compromisos y lealtades y se redefinen la pertenencia, participación y ciudadanía. Es a partir de las identidades colectivas que se reelaboran criterios de inclusión y exclusión, se estructuran en nuevas formas las visiones del pasado y se sueñan proyectos de futuro, que pueden ser compatibles o chocar con tales visiones.

Un modo de reformulación de identidades, típica de situaciones de conflicto, es su aglutinación. La aglutinación en torno a viejas y nuevas banderas, puede ser vista como una forma de ablandar la sensación de

incomodidad generada por la creciente dilución de nuestras certezas y nuestra noción de la identidad personal.

En todo conflicto, las identidades colectivas se aglutinan; los rasgos individuales se borran y asimilan, dando lugar a atributos colectivos; las identidades múltiples que todos poseemos se condensan bajo la identidad en conflicto, que se torna bandera de movilización de quienes se encuentran a cada lado de un conflicto. Más aún, los sectores marginales extremos suelen tomar en tales situaciones la ofensiva. Quienes sugieren mesura no consiguen convencer; a veces ni siquiera encuentran audiencia para evitar la demonización del Otro. La cotidianeidad y la experiencia que genera una pluralidad de identidades en cada individuo son exteriormente obviadas cuando comunidades o estados entran en la vía del conflicto.

En Israel, la intifada actual ha contribuido a redefinir en tales términos la identidades de israelíes y palestinos. Encuestas representativas de opinión pública muestran que en 1995, durante el proceso de paz, bajo

Argentina. Profesor de sociología y antropología en la Universidad Hebrea de Jerusalem. Es autor de numerosos artículos sobre identidades colectivas, derechos humanos y sociedad civil.

el gobierno de Itzjak Rabin, un 63,2% de los ciudadanos árabes de Israel encuestados se definían como israelíes y un 49,6% afirmaba sentir afinidad con los ciudadanos judíos de Israel. Sólo un 6,8% negaba la existencia del Estado de Israel, mientras que un 35,3% rechazaba el carácter judío del Estado. En 1999, bajo el gobierno de Netanyahu, el porcentaje de quienes se definían como israelíes había caído al 32,8% y de aquellos que afirmaban sentir afinidad con los ciudadanos judíos de Israel, a un 31,8%; quienes negaba la existencia del Estado de Israel eran el 18,4% y un 45,3% rechazaba su carácter. En 2001, bajo la intifada, un 33% de los ciudadanos árabes de Israel se definían como israelíes y un 35% afirmaba sentir afinidad con los ciudadanos judíos de Israel, un 16% negaba la existencia de Israel, y que un 46% rechazaba su carácter judío.

Hacia 2002, las encuestas representativas mostraban a un 42% de los ciudadanos judíos de Israel convencidos de que los árabes desean aniquilar a la población judía de Israel y un 26% adicional creía que el objetivo de los árabes es conquistar Israel, totalizando un 68%, frente a un 47% que sostenía tales posturas en 1999. En forma paralela, los ciudadanos palestinos de Israel son vistos en forma creciente por sus pares judíos como desleales al Estado: en las últimas encuestas de opinión pública más del 50% de los israelíes judíos se decían partidarios de no dar lugar a los parlamentarios palestinos en decisiones cruciales sobre el futuro de las fronteras del Estado.

El conflicto desborda de ser una confrontación entre Israel y la Autoridad Palestina para tornarse en un

boomerang que aglutina las identidades de israelíes y palestinos dentro del Estado de Israel y dentro de la Autoridad Palestina. Como bien muestran las ciencias sociales, la violencia es constitutiva de comunidad, el lenguaje de violencia contra otros puede estabilizar la identidad colectiva y la política de identidades marca límites de pertenencia, a través de los cuales al definir al Otro uno se define a sí mismo y en la cual comunidades pueden responder violentamente a la violencia efectiva o anticipada del Otro, creándose ciclos negativos y espirales de creciente violencia. Lamentablemente, palestinos e israelíes han entrado en esa espiral, al menos a nivel popular, mientras que, en círculos intelectuales, el debate se ha polarizado dentro de cada comunidad. Sin ser optimista, diré que así como la actual fase del conflicto ha aglutinado las identidades en una forma corrosiva de la diversidad tanto de unos como de otros, los datos que he traído arriba indican en forma paralela que tal proceso puede ser reversible, por supuesto si se crean las condiciones objetivas para reanudar el proceso de negociaciones en pos de la paz.

Por otra parte, deseo enfatizar que el peligro es que la aglutinación de identidades erosione la posibilidad de convivencia que ha prevalecido hasta ahora en la cotidianeidad. Una de las tareas que, por ejemplo tras el atentado en la Universidad Hebrea, debieron asumirse es el tratar de evitar que alumnos árabes y judíos de la universidad se vieran sumidos en una dinámica erosiva de sus identidades, donde sólo existieran víctimas y victimarios, donde la alteridad domina la interacción y donde el Otro se percibe como una amenaza vital. En

114 situaciones como las que son secuela de un atentado terrorista, las tensiones entre el componente judío y el componente democrático –ambos base de la auto-definición del Estado de Israel– surgen en toda su radicalidad. Quienes quieran leer en tales situaciones algo xenofóbico encontrarán sin duda elementos para fundamentar sus argumentos. Sin embargo, lo que no deja de asombrarme es, a nivel social, la voluntad de tratar de no proyectar un odio genérico y, a nivel institucional, la voluntad de rechazar tales tendencias. En forma aún más amplia, el conflicto del Medio Oriente no se reduce a los límites de la región, sino que reverbera a un nivel global, por ejemplo a través y en el seno de las diásporas de judíos y árabes. Remitiéndome a lo judío, lo que sucede hoy en Israel y el Medio Oriente es doblemente conflictivo para los judíos de la diáspora. Por un lado, afecta a los judíos fuera de Israel, al reflejarse sobre su capacidad de actuar y ser evaluados en el plano individual, y no en forma plural, en términos que pueden llegar a demonizarlos o transformarlos en víctimas de odios foráneos, como sucedió con el ataque a la sede de la Asociación Mutual Israelita Argentina (AMIA) en 1994. Por el otro lado, lo que sucede en Medio Oriente abre un debate sobre cuestiones relativas a nuestra convicciones más profundas respecto de la humanidad, lo universal y lo particular, los derechos humanos, la convergencia entre las sociedades humanas en torno de una visión compartida de la realidad, etc.

Nuestro tiempo sugiere compartir la confusión e incertidumbre o, para algunos, buscar reencontrarse en nuevas y viejas certezas, entre ellas de índole religiosa o

en torno a identidades colectivas primordiales, como en el caso de las nuevas derechas que resisten el impacto multicultural, poblacional y de pérdida de idiosincrasia nacional dentro de la Comunidad Europea. Uno podría anhelar que identidades democráticas, basadas en el respeto de los derechos humanos, profundizaran su alcance y permitieran superar las tendencias que he analizado aquí. Es posible que el proceso de violencia creciente de la región se retraiga hacia vías más pacíficas de convivencia y negociación. Habiendo vivido en Israel por casi tres décadas, debo recordar que desde la destrucción del Segundo Templo sólo los pobres de espíritu pueden suponer que heredaron el don de los profetas. Pero, si nuestra mirada se fija en el presente y no se expande hacia escenarios ideales, deberemos reconocer que para aquellos judíos que viven en entornos hostiles hacia Israel y sus políticas, la identidad colectiva que el verse alineado con Israel implica, representa una fuente de sensibilidad y tensión. Algunos reaccionan ante tal situación cortando sus lazos con Israel y aun con el judaísmo. Otros, en términos de aglutinación política en torno a la línea que Israel lleva a cabo. Mi opinión es que los judíos deben mantener y proyectar su pluralidad, sin alinearse ni enmudecer, sino como interlocutores autónomos con voz y posiciones propias. Ello, a mi entender, es importante tanto para su autoestima como individuos en la diáspora como para sus correligionarios en Israel.

Publicado en Revista 18, São Paulo, oct.-dic. 2002

O Oriente Médio: "O caminho da paz não passa pelo maniqueísmo"

115

Bernardo Sorj

Compreender sem simplificar

O conflito no Oriente Médio é complexo. Aqueles que procuram transformá-lo num filme de Hollywood no qual o mocinho e o bandido são claramente identificáveis e em que um lado representa o bem e o outro lado o mal estão fazendo um desserviço à verdade e à causa da paz.

Como em geral acontece com os dramas históricos, o conflito no Oriente Médio é a consequência não-intencional de projetos humanos em que cada ator social procura realizar seus próprios objetivos, que terminam colidindo com os de outro ator. Tendo como base o drama de dois povos reivindicando a mesma terra, as lideranças políticas de ambos lados acumularam erros que alimentaram a desconfiança e o extremismo no interior de cada povo, dificultando ainda mais o caminho da paz.

Que erros foram esses? Sem entrar em detalhes históricos que fugiriam aos limites deste curto artigo, podemos indicar, nas últimas décadas, do lado dos governos israelenses, a ocupação militar e a expansão constante das colônias na Cisjordânia e em Gaza e, do lado das lideranças palestinas, a conivência com o terrorismo e a ambigüidade em relação à plena aceitação da existência do Estado de Israel.

Criticar sem ofender nem mentir

O caminho da paz exige a comunicação e o reconhecimento da humanidade de todos. Quem quer a guerra vê o demônio no outro. Desumanizar o adversário, em algum momento, justifica a sua destruição. Durante os cinco anos que morei em Israel e lutei com meus colegas árabes pela paz, enfrentei os políticos israelenses que procuravam assimilar Arafat a

Sociólogo brasileiro, professor en la la Universidad Federal de Río de Janeiro. Publicó recientemente los ensayos *Judaísmo para o Seculo XXI* (en colaboración) y *A construção intelectual do Brasil contemporâneo*.

116 Hitler e o movimento palestino, ao nazismo. Hoje sofro quando vejo grupos pró-palestinos fazerem o mesmo em relação a Sharon e ao sionismo. Dizer que Sharon é um Hitler e o sionismo equivale ao nazismo é uma mentira deslavada, uma agressão moral. E, como tal, produzdo lado israelense e judeu uma reação defensiva que alimenta o sentimento de incompreensão e a incomunicação. Sejam claros: Hitler exterminou sistematicamente todos os judeus que se encontravam nos territórios ocupados pela Alemanha nazista.

Acontece que, no Estado de Israel, em 1949, viviam 120.000 árabes. Hoje, hoje eles são mais de um milhão. Calcula-se em torno de 500.000 os refugiados árabes da guerra de 1948. Eles e seus descendentes somam de 4 a 5 milhões. Não houve, em nenhum sentido possível do conceito, um genocídio. Não se trata de negar o sofrimento pelo qual passou e passa o povo palestino. Mas não desvalorizemos as palavras e mantenhamos uma preocupação com a verdade histórica, respeitando os sentimentos daqueles que passaram pela experiência do holocausto.

Direitos humanos ou instrumentalização política?

Entendo a simpatia e solidariedade com a causa palestina, seja do mundo árabe, de descendentes de árabes e muçulmanos e de toda pessoa de boa vontade identificada com o sofrimento palestino. É natural, assim como é a preocupação de judeus e não-judeus com a segurança de Israel. Inclusive, porque ambos os lados, apreensivos sinceramente com o futuro e o bem-estar de israelenses e palestinos, terminarão confluindo para um

caminho de diálogo e de paz. Mas preocupa-me e dói a manipulação política do conflito por intelectuais e organizações que, no Brasil e no exterior, assumem uma posição antiisraelense primária, em geral ignorante da história da região que, por momentos, beira o anti-semitismo e cuja única motivação é uma ideologia política que associa Israel aos Estados Unidos. Para tais grupos, os Estados Unidos são o grande inimigo. Ergo, quem está associado com o diabo, diabo é. Preocupa e dói porque esses indivíduos e grupos manipulam a bandeira dos direitos humanos, porém não têm nenhum compromisso real com o sofrimento humano. Porque, se tal sentimento existisse, estariam também fazendo panfletos e circulando com as bandeiras do povo checheno, curdo ou tibetano, ou mostrar-se-iam preocupados com os massacres na África, que custaram a vida de milhões de pessoas. Mas a agenda não é a dos direitos humanos nem a da paz do Oriente Médio.

É uma agenda política que quer ver o circo pegar fogo para confirmar os preconceitos ideológicos. É, portanto, uma agenda perigosa, irresponsável e desumana.

O povo palestino e o mundo árabe, Israel e o povo judeu não são homogêneos

No ardor da luta contra o ataque militar israelense, parte da mídia e de grupos pró-palestinos e pró-Israel transmite a imagem de que a causa palestina e o mundo árabe e muçulmano, assim como Israel e o povo judeu, constituem uma unidade. Transformam um conflito político nacional no qual estão em jogo interesses

e estratégias terrenas em um conflito religioso. Nada mais longe da realidade. O mundo árabe está — e sempre esteve — dividido. Para cada governo árabe, a causa palestina ocupa um lugar específico no seu projeto político interno e externo. Afinal, não podemos esquecer que o território reivindicado pelo povo palestino para a criação de seu Estado nacional esteve, entre 1948 e 1967, nas mãos da Jordânia e do Egito, não de Israel. No lado israelense, a divisão política interna sempre foi explícita e, embora as relações entre boa parte da diáspora judaica e Israel sejam de solidariedade, isso não significa nenhum alinhamento ou co-responsabilidade com os governos eleitos pelos cidadãos de Israel (inclusive pelos 20% de árabes israelenses).

Lembrar que não vivemos em mundos culturais formados por blocos coesos é fundamental. O fanatismo e o extremismo de cada lado se alimentam mutuamente. Falemos claro: nem o extremismo palestino nem o israelense têm interesse em negociações políticas, pois nenhum deles está disposto a abrir mão de seus sonhos maximalistas. O caso do assassinato de Rabin é exemplar: morto por um extremista israelense, sua obra de pacificação não pôde ser completada por Shimon Peres, pois, apesar de sua enorme vantagem inicial na campanha eleitoral, a onda de atentados palestinos levou

ao poder um primeiro-ministro da extrema direita.

O que será?

Quem quiser procurar na história fatos favoráveis à versão de cada lado os encontrará em quantidades monumentais. O caminho da paz exige um doloroso esforço de abandono dos mitos e ilusões que cada parte elaborou sobre si mesmo e o outro. O passado não pode ser esquecido, todavia será em torno de uma visão do futuro que um novo presente poderá ser construído.

Se Sharon ou Arafat conseguirem levar seus povos para a terra prometida, o futuro dirá. No momento, são os líderes democraticamente eleitos de ambos os povos e só devem mudar por meios democráticos. Penso que nós, que não participamos diretamente da vida política dos países da região devemos lutar pelo essencial: apoiar a abertura de todos os canais de comunicação, de toda iniciativa de paz. Nós, que temos a sorte de viver no Brasil, um país que, apesar dos imensos problemas sociais, é um exemplo para o mundo de convivência prazerosa entre as diversas religiões, devemos nos esforçar por alimentar o diálogo, a esperança e a abertura de espírito, não permitindo que a intolerância e o ódio nos contaminem.

El cubano Pablo Armando Fernández en el VI Festival Internacional de Poesía en Jerusalem

El cubano Pablo Armando Fernández acaba de participar en el VI Festival Internacional de Poesía en Jerusalem (19-23 octubre 2003), junto con otros destacados poetas de 15 países que no dudaron en aceptar la invitación de Mishkenot Sha'ananim.

Sorprendió la heterogeneidad y diversidad de los invitados. Entre otros: Mario Lunetta (Italia), Jenaro Talens (España), Yolanda Pantin (Venezuela), Fernando Pinto do Amaral (Portugal); Sigita Geda (Lituania); María Stepanova (Rusia); Aleksandar Petrov (Serbia); Bei Dao (China); Desmond O'Grady (Irlanda); Kama Sywor Kamanda (Congo); Elaine Feinstein (Gran Bretaña), Ishmael Reed (EE.UU.), el yemenita exiliado Abdullah al-Udhari, el hindú Ayyappa Paniker.

La presencia en el festival de Pablo Armando Fernández, conocido como "El Poeta" en toda la isla, fue significativa: de todos los países representados, Cuba es el único cuyas relaciones diplomáticas con Israel siguen interrumpidas.

Sin embargo, el Premio Nacional de Poesía de Cuba, ex jefe de redacción de la revista Casa de las Américas y director de Unión aceptó la invitación extendida por Natan Zaj, director artístico del VI Festival Internacional de Poesía, quien subrayó su valor en un momento en que otros intelectuales de izquierda critican a Israel.

El director de NOAJ tuvo ocasión de dialogar con el poeta, novelista y editor cubano, quien dijo, entre otras cosas:

Al gran poeta israelí Natán Zaj lo conocí personalmente en un festival internacional de poesía en Grecia. Inmediatamente le confesé que siempre soñé poder conocer Israel. En 1999 acepté un viaje a Egipto, pero no pude entonces viajar también a Israel debido a un problema de visa. El viejo sueño que he alimentado con todo mi alma, sólo ahora pude concretarlo gracias a Natán y a Gabi Hadar, directora de Mishkenot Sha'ananim. Me ayudaron a conseguir la visa en Ottawa. Soy consciente de que, a pesar que no existen relaciones diplomáticas, hay intensas relaciones con israelíes que viajan a Cuba por razones económicas, culturales, sociales. La preocupación actual de los escritores cubanos es la asimilación del legado cultural de América, África y Europa en la cultura cubana. Casualmente, había un grupo numeroso de israelíes que visitaron Cuba, y tomaron el mismo avión que me trajo a Tel Aviv. Israel es una tierra de reencuentros. Por empezar, en el Festival volví a encontrarme con viejos amigos como Natan, y también con el norteamericano Ishmael Reed, el congolés Kama Sywor Kamanda, el italiano Mario Lunetta... Pero además, Israel para mí es la tierra de la Biblia. Mis primeras imágenes provienen del Antiguo Testamento. Mi madre, de apellido Peres, era descendiente de sefarditas que se afincaron en el campo en la zona de Oriente, provincia de Olguín, en el siglo XVIII. Ella me transmitió el amor por los Diez Mandamientos, el único texto del legado religioso del Viejo Testamento que recordaban en mi casa, porque en mi hogar no se practicaba ninguna religión. En mi familia nunca hubo conflictos religiosos, a pesar que mi padre provenía de una familia católica y mi madre era sefardita. Yo me crié en el seno de un hogar que veneraba la máxima de Isaías, "Amarás al prójimo como a tí mismo". La doctrina de Jesús, "Amaos los unos a los otros", se nutrió de esta sabiduría de los profetas bíblicos. Todo lo demás, fueron para mí imágenes de la gran poesía de los Salmos, los héroes bíblicos, Salomón, David, Isaías, y la historia bíblica.

Sumario

- | | |
|---|--|
| <p>1 Editorial: La demonización de Israel: Un desafío intelectual</p> <p>2 Arie Fainstein: La tarea de los intelectuales</p> <p>3 Elías Scherbacovsky: Su piel de todos los colores</p> <p>6 Jacques Derrida: "Yo soy un extranjero de la filosofía occidental"</p> <p>11 Natán Ofek: Derrida ante la Ley, la escritura y la diferencia</p> <p>16 Susan Sontag: En nombre de la paz y la reconciliación</p> <p>23 Graciela Spector: Susan Sontag y el honor de la soledad</p> <p>28 Arthur Miller: El país de los judíos</p> <p>30 Saúl Sosnowski: Arthur Miller, "Premio Jerusalem"</p> <p>33 Reflejos: Saramago y la deslegitimación de Israel</p> <p>37 Juan J. Nudel: Saramago y la perversión de las palabras</p> <p>44 Alberto Szpunberg: ¿El año que viene en Jenín?</p> <p>50 Mario Sznajder: ¿Jenín y Auschwitz? La deslegitimación por el absurdo</p> <p>54 Eliahu Toker: Un toro y seres de odio</p> <p>61 Abraham B. Yeoshúa: ¿Paz o Justicia?</p> <p>64 Rubén A. Chababo: Las flores y las piedras: una respuesta a A.B. Yeoshúa</p> | <p>68 Esther Seligson: Expiación</p> <p>71 Edith Goel: Poemas</p> <p>72 Tal Nitzán-Keren: Poemas</p> <p>73 Luisa Futoransky: París, diario a modo mío de un verano violento</p> <p>79 Natalio Ohanna: Por la noche</p> <p>81 Daniel Barenboim: Palabras de recepción del Premio Príncipe de Asturias</p> <p>84 Pilar Rahola: Los judíos y las moscas</p> <p>90 Aarón Benavot: Contra el boicot académico a Israel</p> <p>92 Mario Wainstein: Cuando un sueño se hace añicos</p> <p>95 Ismael Viñas: La izquierda emocional frente al terrorismo</p> <p>99 Enrique Krauze: Profetas de paz, profetas de guerra</p> <p>103 Leonardo Senkman: Terror y estado de sitio</p> <p>112 Luis Roniger: Identidades personales e incertidumbres colectivas</p> <p>115 Bernardo Sorj: Oriente Médio: O caminho da paz não passa pelo maniqueísmo</p> <p>118 Pablo Armando Fernández: Diálogo en el VI Festival Internacional de Poesía en Jerusalem</p> |
|---|--|
- 